

Patricia de Souza
Vergüenza





Vergüenza

© Patricia de Souza
© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición

Deisa Tremarias

Corrección

Milagros Carvajal

Diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de portada

Muchacha de per il (s/f) por Virgilio Trómpiz

Lápiz y acuarela sobre papel 28.5 x 22 cm

Arte Venezolano del Siglo XX - Colección: PDVSA

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5176-1

DI: DC2022001624

Patricia de Souza

Vergüenza

María llena de gracia

Una mañana tuve el siguiente sueño: estaba en una habitación en la que se encontraban el que debía ser mi esposo o amante, su madre y mi padre. Todos llevábamos alguna prenda negra. Mi padre, en cambio, estaba completamente vestido de negro, como algunos conductores de los buses en París. Se ponía unos guantes de ese mismo color y me decía que debía partir a manejar su bus. Mi padre es ingeniero y nunca ha manejado un autobús. Yo he vivido en París y él no conoce esa ciudad, salvo por fotografías, y tampoco estoy segura de que sea así. En este sueño, mi esposo es hijo del dueño de un periódico muy importante. Un hombre directo, de tez pálida y cuerpo macizo con venas azules. Su madre era en la realidad su abuela, un personaje de la historia nacional en mi país, una mujer independiente que fundó una de las primeras revistas de opinión. Mi primer trabajo como periodista es en esa revista, una de las razones por las que pensé que ese sueño podría simbolizar la entrada en una realidad que hay que construir, donde las imágenes no son solo huellas sino textos hablantes, donde debo pasar de la contemplación a la acción. Enseguida yo bajaba de la cama, me ponía unas chinelas muy ligeras y me dirigía hacia un baño. Al caminar sentía la tela vaporosa de la falda rozarme la piel: me sentía fresca, nueva, llena de confianza, como cuando era niña y me impacientaba por entrar en la vida. Más tarde, este sueño me ha parecido el anuncio de lo que significa escribir: entrar en la vida con confianza, sin retroceder, avanzar hasta el centro de la experiencia, abandonarse y dejar que las palabras construyan otra realidad, lejos de esta, perturbada hasta la neurosis, que me da una imagen borrosa de mí misma en la que no me reconozco, no me veo. Hace tiempo que no escribo nada

con una intención de narrar, contar. Era imposible que siguiese las huellas con un sentido ordenado, no podía reconstruir el pasado, imposible cualquier trabajo lógico con la memoria. La realidad me parece fragmentada, arbitraria y absurda, sus huellas arden y tienen un olor intenso. A cada fragmento, se ha impuesto una frase que se resiste a la lógica narrada, quizás porque en esa resistencia a ser castrada, o “colonizada”, como me gusta decir, esté en juego la libertad de esa otra mujer que espera. Tal vez sea eso, no lo sé, solo sé que es una obsesión que me ha empujado a ver a través de esos vacíos, esos huecos. ¿Y qué veo? Rostros, experiencias dispersas y una persona que las registra para colocarlas dentro de una falsa continuidad siguiendo el ritmo de una especie de cinematografía personal. Luego de este sueño tuve esta intuición: no se puede decidir abandonar la narración, es un líquido caliente que brota desde el centro exigiendo cavar surcos con las manos, marcar rutas para que su contenido no se extravíe y se seque. Encontrar el hilo y salir del laberinto.

Pero el laberinto siempre han sido los otros.

2004: estoy viviendo en México, no tengo hijos, nunca he hablado de eso seriamente con ninguno de los hombres que he conocido. Ni de los abortos, ni de la culpa, ni del miedo a ser una mala madre. Conozco a muchos niños solitarios que avanzan con los brazos extendidos pidiendo lo mínimo, y siempre me ha parecido imposible no ceder a la tentación de adoptar uno de ellos, quitárselo a la calle, calentar sus sueños. Si hubiese sentido la necesidad de ser madre habría adoptado para sentir que cumplo con un rol social, con un esquema. La maternidad ha estado siempre ligada a la imagen de una mujer sometida, a aquellos rostros de mujeres agotadas por el trabajo y el maltrato. Es esta imagen devaluada, de mujeres solas, en medio de un silencio cada vez más grande, la que más me ha marcado. No he podido verlas fuera de esa comodidad vergonzosa que la sociedad les ofrece, ninguna ha brillado en esa noche, ningún grito de niño las ha devuelto enteras a la vida, ni confirmado la importancia de su libertad, es por eso que no siento haber renunciado a nada que me pertenezca de verdad.

Siempre me he visto, me veo, como la hija de mi madre, como la hija preferida de ella, pero no como la madre de nadie. Creo que esa

primera intuición (de que no sería madre) la tuve muy pronto, cuando llego a esa revista donde empiezo a trabajar como periodista. Llego vestida como una parisina, llego de París, con una minifalda, una vincha negra que me aprieta la cabeza y me deja la frente descubierta, mocasines negros, una blusa blanca. Decidida a mentir, entro en la oficina del director, le digo que he trabajado en la revista *Paris Match*, que he hecho muchas entrevistas, todo eso es mentira. Pero solo yo lo sé. Me alejo de la realidad a través de la ficción, no quiero que sea una imposición parir, criar, controlar a una familia.

Antes, se trataba siempre de inventar una historia personal, es decir, he falseado los modelos y he cambiado los hechos a tal punto, que me cuesta establecer la diferencia entre ficción y realidad. Ahora siento que debo intentar desmontarlos para ver qué hay dentro, sin miedo, sin pretextos, con un completo impudor.

Cada vez que me decido a escribir, sé que tendré que soportar el silencio para dejar que otras voces hablen en el interior, escuchar ese tumulto y elegir... por mucho tiempo, le he temido al silencio, le he huido y lo he llenado de ruidos externos con un miedo endémico que viene de mi familia, de mi cultura, de mi país. Pero, hay un silencio más terrible, el que nos obliga a aceptar un mundo sin respuestas que hay que justificar en su forma más absoluta: escribir.

O perder las experiencias, dejarlas pasar y que se absorban con el tiempo. De ahí también un gusto marcado por la pintura y la fotografía, todo lo que fija, todo lo que paraliza el tiempo. ¿Se salva algo del olvido cuando se inscribe, qué permanece y cómo facilitar esa Némesis? A veces he pasado horas tratando de reconstruir una escena, colocarme en el centro de ella, percibir su olor, su latido lento y sangre hirviendo.

El desarraigo produce siempre una combustión interior que me empuja a buscar la aceptación de los demás, de niña estoy dispuesta a todo por una mirada de apego, una sonrisa clara, extendida. Los baños son un remedio a esa sensación de marginalidad, baños bajo agua tibia en una pieza clara donde una ventana abierta recorta un paisaje inmenso y árido, con un viento que se golpea contra las ventanas,

como un animal que busca algo que conoce y luego se va. Caminaba durante horas por las calles, miraba las hojas que caían de los árboles, las altas crestas de la cordillera, pensaba que llenaba mi vacío con esa presencia, las preguntas se peleaban en mi cabeza, intentando un ejercicio de coherencia, sabía que no escaparía de esa necesidad de saber, de explicar, a lo mejor supe desde el comienzo que no me iban a preguntar nada y que tendría que levantar la voz, golpear la carne para que brote savia, oliendo siempre esa promesa de inercia, de parálisis. Esta intuición solo me abandona cuando me quedo dormida, después de mirar durante horas la ventana que se queda abierta todo el año por el calor, las extremidades, el vientre, libres, sin entrar en conflicto con el cuerpo ni el tiempo. Recostada sobre la hierba cortada del jardín miraba las lenguas rosadas del cielo, en una espera inquieta y silenciosa, llenándome de escenas como lo hago en plena clase en el colegio, con las piernas endurecidas por el frío, al borde del estupor. A veces es el cuerpo delgado de mi hermano Sebastián, frente a la puerta abierta hacia la calle vacía que me inspira una ternura enorme: ¿qué hacemos, qué esperamos?

después de horas de vagar por mi ignorancia, termino aceptando esas preguntas que se yerguen directas hacia un cielo inmenso; no sangro, y puedo abrir mi ventana hacia otras vidas, entrar en simbiosis con ellas hasta perder cualquier sensación de aislamiento. Terminamos por amar nuestra ignorancia, nos rendimos, entonces, veo cómo corro hacia los bajos del edificio donde vivo, dando brincos y agitando una cartera que mi abuela ha comprado en la tienda Sears, balanceándola con la mano, antes de detenerme en la entrada: ahí está el olor a humedad pegado en las juntas y en los muros, alguien ha hecho la limpieza, a lo mejor mi vecino que recita poemas de Vallejo en la madrugada y que escucho desde mi ventana siempre abierta, respirando su aliento pagano, febril y abundante. Imagino su pelo largo, su leve forma de caminar cuando lo veo pasar con sus hijos, dos niños un poco menores que yo, delgados y con ojeras, temo que estén enfermos y me da miedo pensar que nosotros también podemos volvernos así de flacos, así de pálidos. Empiezo inmediatamente a soñar con ese padre en casaca de cuero negro y bluyín, imaginando que me espera en

alguna parte con una mirada de sorpresa, los ojos un poco achinados, húmedos de curiosidad, sé que mi abuela fue también periodista, “una mujer de carácter”, como dice mi madre. Ella ahora camina apoyándose sobre las paredes encaladas, un pesado moño blanco sobre la nuca, la mirada alta y determinada, la misma que he visto rodar por el vestíbulo de mi casa imaginando su historia con varios hombres a los que les ofreció su cuerpo, su tiempo y su juventud, el rostro ahora casi destrozado por la edad. Esos han sido algunos modelos de mujer, mujeres fuertes, gitanas y apasionadas, que deciden sobre su cabeza y su sexo. Sin embargo yo nunca he dejado de sentirme responsable de una falla en mi lenguaje, de no saber actuar, hablar, ser una mujer como todas. Me lo he prometido muy pronto: dejar de aspirar a una norma, inventar mi propio modelo.

durante la infancia mi madre nos obligaba a asistir a la misa los domingos. Aceptábamos ir para no aburrirnos porque no teníamos dinero y la iglesia se convertía en uno de los raros acontecimientos sociales. Yo observaba a las demás chicas de mi edad vestidas con vestidos cortos, de algodón, siempre elegantes, con cabelleras largas y sedosas sacudiéndose sobre sus hombros. Sus cuerpos eran sólidos y gráciles, bailarinas que desfilaban lentamente en la fila para la comunión mientras me quedaba quieta, envuelta en mis pantalones vaqueros que sentía deslizarse por mis caderas, haciéndome consciente de mi extrema delgadez. A los dieciséis años tuve mi primer regalo de la parte de un hombre que me gustaba mucho, me fascinaban su edad, su altura y su rostro de pájaro. Salía de prisión por haberse metido en tráfico de drogas y no me importó saberlo, a lo mejor el hecho de que fuese rico le daba un valor irreductible, porque soy como todas las chicas de mi edad: me seduce la transgresión, me impresiona el dinero y la belleza de un hombre. El gusto por el dinero como un símbolo de fuerza, de poder masculino, en pleno estreno de *Scarface*, es algo inocente y aceptado por todas las clases sociales. En su encierro, había fabricado una gorra de cuero que llevaba inscrita sus iniciales, un nombre totalmente extranjero que me costaba pronunciar. Me rendía ante la idea de que hubiese estudiado en un internado en Suiza, lo imaginaba en un patio, reclinado sobre un libro, las manos largas volteando las hojas.

En un narco yo veía un poeta. Es la primera vez que comprendo que la ausencia de los otros será mi perdición, que no puedo soportar la desaparición de un solo cuerpo, de ningún cuerpo, en especial de personas queridas. Un día me dice: *ya no nos veremos más*, y no le creo, me quedo pegada a la gorra que me ha regalado; duermo con ella bajo la almohada, miro las iniciales grabadas en el cuero y repito su nombre en silencio para que no desaparezca de mi vida. Termino el colegio y vivimos en el más completo desorden. Hemos dejado de ser católicos para convertirnos a una secta religiosa, que es la única cosa que nos estructura y nos da un poco de confianza en el futuro. La persona que nos había convencido de que era la mejor opción para no desposeernos completamente había sentido la vulnerabilidad de mi madre, su necesidad de protección y se ofreció como asistenta voluntaria, era ella quien nos llevaba al cine a ver las películas de Kung Fu, a los parques de diversiones, o a su casa, donde organizaba veladas en las que uno de sus hijos, un hombre alto y medio sombrío, tocaba al piano explicándonos quiénes eran Chopin o Mozart. Él decía Mooozart, poniendo énfasis en la “o”, y nosotras, las hermanas, nos reímos mucho con ello, la risa en ese tiempo se hace oro, es algo vital.

El gobierno militar había terminado, empezaba el periodo de un partido de centro derecha, Acción Popular. Las imágenes de la televisión son en blanco y negro, el sonido es malo, el discurso indescifrable y las frases de mi madre alertan contra una nueva forma de dictadura: la pobreza. Hasta entonces era una realidad abstracta que mordía los riñones obligando a caminar sin mirar esos espacios de castigo, de prisión en forma de casas endebles, sin baños, sin ventanas, donde la rudeza de las voces reclaman a gritos un futuro. Me pesaba la pobreza como única promesa y buscaba guías, parejas, modelos, bebía de las frases del hombre narco como de una fuente, le creía todo. Como era alto, lo miraba como a un Dios, pero sabía que no quería que sintiese ese miedo esperando su turno dentro, no quería que leyese el temor, la vergüenza, ejercitada para disfrazar las cosas, llamándolas de otra manera, inventando situaciones, tal vez un inicio en la ficción. A veces él me llevaba a fiestas de amigos también ricos que ocupaban casas con grandes jardines y piscinas, consumían coca y alardeaban con hacer

un “pase”, una venta fenomenal de cocaína a un país europeo, una manera fácil de ganar dinero y no tener necesidad de trabajar ni de integrarse a la sociedad, ser un apátrida, un soberano idiota. Un día, este hombre me dice que debemos separarnos, que soy muy joven para salir con alguien de su edad, que tiene miedo de dejarme embarazada y me está protegiendo. Calculo que está a punto de hacer algo que lo afirme en esa anarquía, que terminará encerrado por muchos años, que su vida se ha alienado con la locura de la ambición y el dinero. Sentados en el muro de la entrada de mi casa, con el cuerpo helado por el frío, sus palabras demolieron la vanidad de mis dieciséis años, borraron cualquier representación de felicidad compartida y me aseguraron la desaparición de su cuerpo, pesadilla que se me presentaba en ráfagas de imágenes suyas en yates lujosos, con mujeres hermosas en la cubierta, noches rociadas de alcohol y cocaína, a las que se ofrecía como un inconsciente, casi un alienado. Él miraba largamente al vacío, sin idea de la conmoción que producía en mí que apenas podía contener las lágrimas y pronunciar una frase de adiós, corriendo más tarde a contárselo a mi madre.

ella me miró y me dijo: no me digas que...

en esas situaciones nunca he podido hablar, mis frases han sido más un balbuceo, una pérdida de identidad que mi madre trataba de calmar con caricias en el pelo y promesas de un falso avenir: ya verás, con tanta gracia, lo olvidarás pronto...

yo no me creía supersticiosa y pensaba comprender que esas rupturas disimulaban una forma de autocastigo latente en la elección de hombres frívolos, indolentes, poco valientes para afrontar la realidad, la primera pista para empezar un trabajo de etnóloga en mi historia que verá en estas repeticiones, documentos, textos y cartas sin destinatario, señas biográficas.

nunca conocimos realmente las razones de la separación de nuestros padres aunque entendimos que eran incompatibles, la “incompatibilidad de caracteres” que resaltaba el lenguaje judicial que empezamos a conocer durante la *separación*, otra palabra familiar que marcará mi tendencia a aislarlas con un cuidado casi quirúrgico, a desear algunas y a ignorar otras. Tal vez la primera vez que tomo conciencia del poder

afectivo del lenguaje empiece con mi primer contrato de edición. Escribo frente a una ventana que da a la rue Matabiau, en Toulouse, escribo un libro como si me fuese dictado, hay algo que se va inscribiendo mientras lo hago, la historia de una renuncia al cuerpo, esa es mi impresión... suena el teléfono y escucho una voz de hombre que me pregunta si soy yo, si tengo algo listo para publicar, alguien que dice conocerme desde hace años, alguien que ha tardado mucho en dar conmigo, pero que al fin me habla en el teléfono. Me ofrece un viaje a Barcelona. No hay entusiasmo de mi parte, la vida siempre me ha parecido tramposa con los momentos de bienestar, como si tuviese que pagar una deuda, dar una justificación a mi existencia.

además comprendo que hay un alto riesgo cuando se trata de inscribir esas experiencias en el límite de la conciencia, como si fuésemos la respiración de las quejas, los males y los sufrimientos del mundo. A fuerza de olvidarme de mí misma ya no sé si soy yo. Me doy cuenta de que, si tenemos el valor de recorrer esos estados alterados, estos se aproximan a la locura en su insistencia por lograr hacer emerger una escritura.

...un día llego a París, es invierno y nunca he sentido tanto frío. Estoy exhausta pero sé que me repondré. No puedo respirar bien cuando pienso en mi madre y en mis hermanos. Siento su desarraigo interior, de ellos, de sus voces. Deambulo por las calles del Barrio Latino, entre cafés que revientan de gente entre la que se oye la voz de Laura Pausini. Cuando entro, un olor a tabaco me golpea en el rostro, parejas de jóvenes se recuestan sobre las mesas con manchas de café y ceniceros llenos, me siento bien ahí dentro, sigo envuelta en la música, en el timbre de voz del italiano, dramatizo mi historia, la veo moverse, me seduce... Me siento cerca de mi casa cuando ocupo mi lugar, cerca de la ventana, una nubosidad blanca, licuada, circulando por las calles, adquiero inmediatamente un cierto sentimiento de seguridad, imaginando el rostro de italiana del sur de mi madre, o el de mi padre, con un nombre lejano, casi extranjero. Hay una necesidad de volver a la simbiosis familiar, de creer en el mito protector de la familia, en su cura, y la certeza de haberlos ignorado es intensa, creo que no podré

deshacerme de esa responsabilidad de haberme ido, de haber huido sin argumentar, abandonándolos a la incertidumbre y a la tristeza de verme partir. Soy consciente además de que no podré transformar casi nada, que tengo que despegarme la culpa que se ha adherido a mis entrañas, a mis pulmones, y si escribir no me protege, por lo menos me hará la existencia menos asfixiante.

sin embargo, esto hace que tenga una imagen grave de mí misma (la de la mujer contrariada, siempre insatisfecha y desubicada) en la que me cuesta reconocermé y que nunca me ha agradado. Gustar, gustarse, podría ser muy simple, pero es más complicado, es un muro alto, cubierto de aceite, por donde resbalan las imágenes de un ser completo.

los veranos acostumbramos partir a la hacienda de mi abuelo en la sierra del Perú. Preparábamos maletas con disgusto, lamentando dejar el sol lánguido de Lima, sus playas, su olor intenso a mar, las comidas frente a ese mismo mar con los labios saturados de sal. Nuestro trayecto era rudo y largo, primero por la Panamericana sur hasta la ciudad de Nazca, luego por carreteras escarpadas, tortuosas y sin asfaltar, hasta alcanzar la cordillera de los Andes, entrando en paisajes austeros que se iban cubriendo de tonos verdes cada vez más oscuros, mientras continuábamos subiendo y el cielo se hacía nítido, sin nubes, de un aire puro, un poco picante.

estoy pegada a la ventana del bus, las maletas van sobre el techo y rebotan con cada bache en esa ruta de arena y piedra, mientras avanzamos en medio de un remolino de polvo, nadando en esa inmensidad, a la espera de algo extraordinario. En realidad, en cada viaje me invade un sentimiento exótico, de extranjera, aunque me prometa que me reconciliaré con mis padres, con mi impaciencia por dejar de ser una niña, sin dejar de rozar el sueño de la belleza pura, de las esencias. Quiero conocer de verdad, respirarla como una religión, comprender qué ha sucedido con nuestra alegría y por qué ya no reímos con tanta facilidad. Debí de hablar de esto con una de mis hermanas, tal vez Julia, que me miraba intrigada apoyando el mentón en el respaldar del asiento, o con Sebastián, apurado en encender un cigarrillo a escondidas en las paradas del bus. Cuando vivo en México, siento que esa

espera regresa con la misma intensidad. Tengo que volver a juntar las piezas para poder leer en ellas. Vivo en una calle de la Colonia Condesa, en un departamento amplio, con vista al cielo. Son las mismas guerras antiguas las que permanecen en México y Perú, un sol negro que señala: sometimiento, miedo, la imposibilidad de ver nacer un país sin cicatrices sociales, ofreciéndose al futuro, un país donde el lenguaje no sea siempre una utopía, nadie lo habla de verdad, solo se dice, se comenta, siempre es así en las casas, las fiestas, nadie sabe por qué está diciendo lo que dice. Es una locura. Durante un tiempo hablaré de mi “México fantasma”, alimentado de mitos y leyendas infantiles que ahora me mostraban lo contrario: un pasado indiferente con su presente, aplastado por la proximidad de otro país económicamente fuerte, una vida socialmente rutinaria y relaciones fosilizadas por un modelo que había logrado imponerse con sus leyes híbridas, poco humanas. Y sin embargo, la belleza espléndida de ese paisaje, mezcla de sangre y de tierra, no dejaban de prometer una vida diferente.

aunque no, en el fondo no estoy segura de nada de lo que digo.

los letreros anuncian marcas de todo tipo con rostros sonrientes a esa vida, a esa desigualdad.

mientras estoy en suelo mexicano, siento que puedo descubrir la secuencia de imágenes que hacen falta para comprender qué había sucedido con esas promesas de un futuro radiante. Cuando las palabras desaparezcan, las imágenes, ellas, quedarán y no habrá ninguna imaginación que explique qué pasó. Tantos rostros que pasarán sin memoria y sin reconocimiento, es la cara del miedo, ese miedo que yo identifico con una falta de confianza en lo que somos, en lo que sentimos y creemos. Esa *cirugía síquica* que dibuja un rostro que no es el tuyo, casi una efigie. Con el tiempo, siempre me miro en el espejo tratando de reconocermme, de aceptar mi sexo, mi historia, sin confiar. El mundo entero me dice que no soy la que se refleja en la imagen, debo, pienso, tener otro rostro, uno que nadie conoce, que es invisible.

Las marcas de champú en los envases muestran otros modelos de mujer, los concursos de miss universo, los cuerpos anoréxicos de las modelos en las revistas de moda, rubias y de ojos claros. Nunca aparece una mujer como las que veo caminar por la calle y a las que me

debo parecer. Un detalle que me conmueve en México es la atención que dedican algunas mujeres a su apariencia; a veces, una de ellas se detiene al volante en un semáforo y aprovecha para rizarse las pestañas o ponerse polvo en la cara. Ningún hombre las mira, todos pasan, es una costumbre que sean esas mujeres objeto. A mí, la atención obsesiva al cuerpo me da miedo, no sé dónde poner la cabeza.

A Diego lo conozco un día en la biblioteca de La Condesa mientras revisa una biografía de Juan Rulfo. Es biólogo, le fascinan las plantas raras, los árboles, exhala un olor intenso, invasivo, como las flores salvajes de México. Una luz oblicua, quemada, hacía brillar su piel mate, tensa, de un tenor espléndido, aunque severo. Mientras buscaba otro libro de Jean Meyer que se apresuró en encontrar en uno de los anaqueles, me saludaba, le sonreía, luego bebía café en la mesa de una esquina de La Condesa, con movimientos lentos y la promesa de tener una compañía. Ese cuerpo envuelto en una piel delgada dejaba transpirar una personalidad porosa, de gestos lentos, acompañados de caricias leves en los hombros y en los cabellos al aproximar la cabeza para hablar, siempre mirando de frente, dispuesto a alienarse con una presencia. Esa tarde, antes de cruzar una calle, recuerdo que Diego me abrazó con fuerza, involucrando todo el cuerpo, pegándose al mío con un abandono casi completo, como un hermano gemelo. Pégate a mí, pégate, dijo con un tono de voz tan íntimo que no pude negarme.

Hasta entonces yo no me había permitido demasiados placeres pensando que tenía una deuda con otro hombre del pasado, alguien a quien había visto como una necesidad, una suerte de justificación moral de mi existencia. Ese hombre también escribía, había publicado varios libros, y me había llenado de reproches antes de perderse una mañana para siempre. La imagen de la reconciliación entonces venía de esa persona, del escritor RB que tenía que mandar algún mensaje de perdón, pero ese mensaje nunca llegó, y el tiempo cumplía con su duelo, ese mismo hombre, su tiempo mitológico. Una canción de Lila Downs dice: “hombre, cumple tu tiempo”.

Había llegado a México tratando de olvidar al escritor RB, a su cuerpo elevado y moreno, medio inclinado al andar.

Diego y yo frecuentamos bares, cafés, siempre son cafés llenos, casi a punto de reventar de gente, vemos exposiciones que nunca ha visto por falta de tiempo, invadido por el trabajo y las obligaciones familiares. Las tardes son cálidas, aunque llueve mucho. En ocasiones lo acompaño hasta su casa, donde siempre me arregla el cabello sobre los hombros antes de que me vaya, sin invitarme a pasar, esperando que le haga adiós y me aleje. Entonces no tengo trabajo sino que vivo de una beca para escritoras extranjeras del Conaculta, cuento cada peso que gasto, pero mi noción del dinero es tan desordenada y abstracta, que siempre me pierdo en las cuentas y llego con las justas a finales de mes. Las salidas con Diego me organizan, empiezan a borrar la imagen del escritor RB, allá en España. A veces su voz suena en el teléfono en medio de una calle tatuada de autos, descuelgo, casi no lo reconozco.

Me acostumbro al olor de Diego, a tener su nombre inscrito en una hoja de mi agenda, a saber que comía con él, contaba con él, o a sus llamadas en medio de la madrugada que anuncian que se marchará por varios días del D.F., sin precisar cuándo volverá, a ver la puerta de su estudio cerrada por varios días, sin luz, como si nunca hubiese vivido allí. Empiezo a inventar con esas continuas desapariciones, o con alguna frase que deja grabada en el teléfono en medio de la urgencia: que regresa en unos días, o que necesita que le llame urgente. Algunos de sus términos y expresiones, frases, me parecen códigos de un lenguaje críptico, una piedra pesada que no logro remover. Me acomoda pensar en un hombre espiritual que no necesita expresarse con frases claras sino con silencios, y sin embargo, sé que nunca me acostumbraré a vivir en esa pobreza del idioma. Un día, durante uno de nuestros encuentros, él me había mostrado una marca de nacimiento en la espalda, una de color ocre que parecía una huella de pata de tigre. Me explicó que su madre lo interpretaba como un signo de distinción, él también pensaba que era así, por lo que creí comprender que significaba un vínculo exclusivo entre los dos, pero solo sonreí sin tomarlo en serio. Más tarde, me confesó que estaba muy enferma y que no pensaba alejarse de ella, adelantando la insignificancia de nuestra relación que inmediatamente inscribí en una constelación lejana que, en esos instantes, como la cola de un tigre, azotaba el cielo de México. Ahora que el teléfono había sonado,

podría tratarse de ella, ¿cómo no lo había intuido? Empezaba a lamentar no haber sospechado antes de colgarle y pasaba frente a su estudio pensando en dejar una nota explicándole mi distracción. Paso varias veces por la misma calle como si persiguiese esos remordimientos, tratando de expulsarlos en la repetición del gesto, a veces, con resonancias de mi vida en Francia, caminatas en las calles desiertas de la rue Mozart, en las que imaginaba una y otra vez mi infancia pensando que así no me perdería, que así no perdería a la persona que había soñado un día con llegar a otro país, sin pasos ciegos hacia esa tierra, aunque avance silenciosa sobre el pavimento, en una búsqueda, una espera de encuentro con mi pasado para mirarlo de frente, decirle sin miedo: ahí estás. Como cuando era niña y creía que iba a sorprender a una especie de monstruo al entrar a oscuras en la sala, escondiéndome detrás de la puerta antes de saltar y decirle: ¡vade retro!

Rue Ranelagh.

Rue de la Pompe.

Sola.

Los pirineos, mi bicicleta, los pirineos, mi bicicleta...

Sola...

buscar a Diego, recostarme sobre su espalda, sentirla respirar. Su piel se adelgaza cuando se pega a los huesos, es casi transparente, una duna por la que puedo rodar con la imaginación. A veces, me mira sorprendido cuando se da cuenta de que lo observo dormir: un ojo alerta se voltea y descubre que lo miro, su boca abandonada a ese placer egoísta y solitario, sabio y sin deseo que contiene el sueño.

De pequeña me gustaba saber que todos mis hermanos estaban en casa para ir a acostarme y dormir tranquila. Cuando esto sucedía, mi sosiego era absoluto y podía abandonarme al sueño sin ninguna aprensión. Primero rezaba frente a la imagen de la virgen de Fátima, hincada sobre mis rodillas, rogándole por ellos, mis hermanos, por mi madre, que no sé cómo proteger, invadida por la frustración de no volver a verla sonreír. Mi madre nos había matriculado en un colegio

religioso donde nos obligaban a asistir a misa por las mañanas, el pelo aún mojado, el sueño acumulado en los párpados, antes de entrar a clases. Nos obligaban a mantenernos erguidas, como chicas burguesas que saben mantener una postura considerada decente, ocultando el malestar y el aburrimiento. Pienso que debo hacerlo por mis hermanos, por mis padres, que entonces anunciaban con peleas, gritos y ofensas una pronta separación. Debo vencer el aburrimiento y el hartazgo de la adolescencia.

tarareo *Girl You'll Be a Woman Soon*, sobre el asiento de la bicicleta que conduce mi hermana Beatriz, voy vestida de mujer, con falda de seda y zapatos de tacón alto.

por la noches mi madre llega del trabajo cargada de regalos, historietas, juguetes de plástico que son la novedad y despiden un olor a nuevo, de época que promete borrar la enfermedad y luchar contra la vejez, juegos sociales: Scrabble y Monopoly.

en el colegio soy una buena estudiante, consigo notas altas con pocos esfuerzos y casi no asisto a las clases que no me interesan, me apoyo en la complicidad de mi madre que me inventa excusas, citas con el dentista, y una lista de enfermedades, siempre dispuesta a ser mi aliada. Mis hermanas y mi hermano salen apurados para llegar a la hora, cogen sus maletines, sus loncheras de aluminio que no tardo en alcanzárselas, despidiéndome con un gesto de la mano en la entrada, antes de ponerme a leer los libros que mi padre ha olvidado en la biblioteca, ediciones canónicas que mi madre me iba autorizando a leer a medida que los iba devolviendo a su lugar. Sentada en una silla, a la sombra de algún árbol, devoro los libros de Shakespeare, Dickens, Miguel de Unamuno, navego por la vida menospreciando el colegio, faltando cada vez más, pensando que en lugar de aprender, lo que hago asistiendo a clases es fijarme dentro una categoría social, ser un estereotipo, una caricatura de mí misma. Tengo entonces el cuerpo de una adolescente, los senos han crecido y los hombres me miran por las calles. Mi hermano Sebastián me exige que use sostén para salir a la

calle, me dice que le da vergüenza que sus amigos me miren. Yo me siento demasiado delgada para atraer la mirada de sus amigos. Mis hermanas son torneadas, fuertes, mucho más atractivas que yo. Mi imaginación fantasea con una vida libre, a través de los cerros pelados que rodean nuestro barrio, trascendiéndolos, inventando itinerarios, pueblos distintos, sin ninguna frontera para una imaginación que empieza a morder la ficción.

a veces, bajo una luz invernal y melancólica que hace latir más fuerte nuestras soledades, nos encontramos en una calle con Sebastián, nos evitamos y seguimos nuestro camino. Nuestro vínculo de hermanos se hace más desesperado, más endémico. Al alejarnos nos hacemos conscientes de que no podremos nada contra eso, es algo sellado, secreto. Empiezo a ser la madre de mis hermanos, la que guía, la que protege. La mirada de Sebastián recorta en ese instante en que se aleja prometiéndome que no tardará, una mujer más vieja, más sólida, que acepta saltarse la infancia.

en general mis compañeras de colegio interpretaban mis faltas como una forma de desprecio hacia ellas, un sentimiento de superioridad, convencidas de que evitaba su compañía. De pronto, es una de ellas quien decide preguntarme por qué tengo esa mueca de fastidio siempre dibujada en la boca. ¿Qué me disgusta?, ¿por qué me aburro?, ¿siento que soy superior?, ¿me creo una reina? Empieza la necesidad de refugiarse en el sueño para ignorar la realidad, renegaba de mi cuerpo, no quería hacerme cargo de él y nadie me podía exigir lo contrario. Dejo mis cabellos sueltos, y si me dicen que debo ponerlos en orden, como una chica educada, decido atarlos en dos colas de caballo que rebotan sobre mis hombros. Luego, me miro en el espejo y saco la lengua a la imagen alargada del reflejo, decido que es solo una concesión momentánea, volveré a mis cabellos sueltos y enredados, me muevo con precisión, doy pasos fuertes, militares, me siento en guerra y acepto ir así al colegio donde mis compañeras me ametrallan con más preguntas, ¿por qué no llevo el pelo como todo el mundo, por qué uso esas faldas tan largas, las medias hasta las rodillas, por qué no me abro la camisa hasta el nacimiento de los senos, me rizo las pestañas, por qué, por qué?

Frente a esa necesidad de gustar a las jóvenes estudiantes se impone la educación militar, masculina y castradora, creo que jamás he asistido a un abominable desfile de fiestas patrias, programado entonces por el gobierno militar; rogaba a mi madre que hiciera todo lo posible para no dejarme ir y sufrir la humillación de ser un soldado uniformado, levantando piernas y brazos, robotizada, industrializada, esperando bajo el sol, muerta de cansancio y de aburrimiento. Mi madre aceptaba exonerarme después de protestar, alzando la voz, *vas a tener problemas con la directora, la nota de conducta*, y luego se las arreglaba para pedirle a algún amigo médico que inventase otra gripe, otra infección urinaria.

Para mí, que sentía el fuego de la rebelión, los desfiles militares, las imposiciones no concertadas, prometían recortar más libertades en el futuro, una de las razones por las que sentía la necesidad de evitarlas. Nuestras pocas salidas las hacemos entonces con nuestro padre al circo y a las ferias internacionales que se hacen en la avenida La Marina, camino al aeropuerto de Lima. Entonces el aeropuerto es muy pequeño, con una torre que sobresale como un hongo visible desde la carretera. Otras veces vamos hasta el aeropuerto a recibir a algunos tíos, hermanos de mi madre que viven en los Estados Unidos, adonde huyeron después de la crisis. En las radios se oye a Silvana di Lorenzo, a Jeanette, combinadas con algunas otras canciones de *rock* en castellano. Nosotros tenemos la oreja sensible para el *rock* en inglés, el *reggae*, el *punk* de los Sex Pistols o las canciones de Kiss.

las calles todavía no están suficientemente iluminadas, el urbanismo no es la prioridad aunque existan talleres y empresas que conciben una ciudad con jardines y veredas sombreadas de árboles. Lo importante es construir en alto en una ciudad que tiene una demanda creciente de vivienda. Entonces se normaliza el abandono de la sierra por la ciudad, las poblaciones huyen deprimidas por una vida monótona y sin posibilidades de mejorar. Son poblaciones más mestizas, arraigadas en la cultura andina que pronto se unirán a la criolla de la costa. En las colinas de arena y sal de Lima aparecen anuncios teñidos de nacionalismo, de bebidas gaseosas y compañías mineras, se busca un “alma nacional”, pero nadie sabe a qué corresponde, no tenemos narración, no tenemos casi nada escrito sobre el pasado.

cuando regresamos de nuestras vacaciones en la sierra, nuestras compañeras nos dicen que tenemos el acento de esa región, que es horrible, que no sabemos hablar castellano, que hablamos como “indias”.

Una tarde Diego me encuentra sentada en una escalinata, a la entrada de su estudio, vestida con un *jogging*, el pelo peinado en dos trenzas que he hecho inconscientemente frente al espejo esa mañana. Me dice “pareces una niña-india”, al acercarse a darme varios besos en la boca, murmurando en la oreja, “una peruanita perfecta”.

de alguna manera Diego me devuelve a las arenas tibias de mi infancia, encarnada en el hablar directo, casi desnudo, con pocas figuras de lenguaje, austeridad que lo mantenía en conflicto con su amor incondicional por la biología que no lograba transmitir a sus alumnos sin un vocabulario, jóvenes llenos de necesidades y de frustraciones. Incluso, percibía una amargura en él por no poseer la facilidad de un lenguaje para convencer. Cuando paseamos por las calles burguesas de Polanco, Diego circula a toda prisa, como evitando detenerse ante ese mundo que no le pertenece y que no desea. Me gustaba que Diego fuese indiferente a ese mundo del dinero y la ostentación, libre del deseo de tener una casa, un patrimonio o una familia, sin poder evitar ver en esa renuncia una cierta rabia, una herida encubierta. Cuando entre por primera vez en su casa, esa certeza de un posible desalojo (como un lenguaje que separa, diseca), de una posible partida, me oprimirá el pecho. De alguna forma soy una garantía de entrada en ese mundo de privilegios con mi forma cuidada de hablar y mis expresiones, lo que él llamaba, “excen-tricidades”, sin darse cuenta del verdadero significado de esta palabra, inspirándome un sentimiento de ternura. Diego es el niño en el fondo de la clase que quiero proteger. Él me dice que mi lenguaje le hace soñar, pensar, mientras intercambia cuidados, masajes, recetas de comida que escribe en trozos de papel que deja pegados en la puerta del refrigerador, antes de irse a dar clases. Mi presencia lo seduce, mi manera de hablar le parece mágica, sofisticada, y me siento a descansar en esa imagen confortable de mí misma, no me da vergüenza. La primera vez que se acerca a besarme los senos, a devorarlos con hambre, siento que se come mis

frases y se apodera de mi lenguaje. Prometo que le enseñaré a hablar, es muy fácil acercarse a las palabras, “ya verás, no hay que tenerles miedo”. Le digo que no es una cuestión de clase, yo también he sido una “ignorante”, digo que en mi casa había pocos libros, miento, que no tenía muchos juguetes, que faltaba dinero para completar el “diario”, que jugábamos con niños que nos despreciaban desde que caímos en la pobreza, intento convencerlo de que nuestros desfases no significan nada.

en países donde la estabilidad no existe, nadie desconoce lo que es la fragilidad de una mala educación.

¿Te imaginas? Tanto tiempo estudiando para nada. No aprendemos nada.

bebemos vino en un restaurante de una calle muy animada, en México el vino no es caro, tampoco es bueno, pero es bebible, lo tomamos por copas, casi nunca bebemos botellas enteras. Diego, con una cierta fobia de la luz, transformado en una criatura de la penumbra, alejándose de las bombillas y las lámparas demasiado potentes, igual a un animal paralizado en medio de una autopista por los faros de un carro, escondiendo el rostro que yo quiero aprender de memoria y rescatar esa mirada de la noche a la que lo habían condenado, bajo el cielo inmóvil de su ciudad. Se lo digo mientras sus ojos negros se vuelven para mirar a las mujeres que entran alborotadas por la lluvia al restaurante, inventándose una historia con cada una de ellas, una historia imposible que no tardo en imaginar. Me conmovía la manera en cómo se entregaba a su deseo y aceptaba ser la cómplice, contenta de mi falta de celos y de posesión. Esa imagen de animal aterrizado en medio de una autopista hacía que me compadeciera de mi propia necesidad de querer siempre gustar, ser aceptada sin falla y sin condiciones. Empezaba a ser su hermana, su cómplice, y poco a poco, la amante.

fuera de esas noches en que no hablamos mucho, vamos a bailar a lugares de salsa y música retro. Aunque me parecen lugares de mal gusto, me conmueve verlo dar un salto para ubicarse en medio de la sala, extendiendo el cuerpo, colgado de un eje invisible en el espacio, diciéndome que ya veré cómo sabe bailar, desplazando su cuerpo de un lado

al otro, con movimientos firmes que mueven piernas y brazos en compases coordinados, bajando la cabeza para pedirle perdón a una autoridad desconocida, como si temblara ante la idea de un castigo, preso de ligeros espasmos que tensan sus músculos como si fuesen a estallar, seguido de otro movimiento de cabeza lánguido, en caídas verticales, mientras una música electrónica suena hueca, casi desesperada, en esa misma sala, donde descubro que necesitaba de él, de su baile alocado y sin respuestas. Lo único que me puede ofrecer, ahí, en el centro, el príncipe Cuauhtémoc.

también leo en él los rasgos de algunos hombres del pasado en el Perú, trazos delicados, huidizos, separados de los gestos que buscan señales de identidad en el exterior, una aprobación, una explicación a esa vida que no tiene nombre, que no sabe para quién vive. Es un profesor que me sigue en mis movimientos torpes en la escuela, que me perdona excesos y me deja soñar con ser una mujer. El colegio llevaba el nombre de un desconocido y ocupaba una antigua casona de gente caída en desgracia, de grandes jardines, terrazas, cancha de tenis, y piscina. Estaba acostado al pie del cerro rocoso, en medio de ese paisaje mineral y desértico que rodea Lima, envuelto en cipreses que arranco de prisa cuando paso delante para sentir su olor a bosque. Vivimos solo a tres cuadras del colegio, lo que nos permite levantarnos más tarde y prepararnos a última hora. Yo soy siempre la más demorona, me quedo pegada a la almohada esperando que el sol me pegue de lleno en la cara, mientras mis hermanas se turnan el baño, dejándole siempre el último puesto a mi hermano Sebastián que se ve obligado a hacer cola, quejándose de que llegará tarde a sus clases de matemáticas. Mi madre me observaba balancearme sobre mi tazón de avena Quaker, que leyese las etiquetas medio hipnotizada, casi sin peinarme, con el uniforme gris apenas planchado, antes de salir corriendo a la escuela. El profesor se llamaba Pablo y tenía la misma piel dura y cobriza de Diego, su cuerpo parecía temblar cuando se acercaba a dibujar con tiza sobre mi carpeta una ecuación de geometría que no había entendido, agachado para ocultar de la mirada acusadora de mis compañeras de clase, el dibujo que yo lograba proteger con mi brazo plegado, leer el contenido y terminar el examen. Cuando su cabeza se inclinaba, podía

contemplar su nuca lisa y suave, parecida también a la de Diego, tentada de estirar la mano para acariciarla, pero sin atreverme; ignorando lo que es el cuerpo de un hombre, estremecida por la idea de terminar por ver un hombre desnudo. Una tarde mi madre me lleva a un museo de cera en el centro de la ciudad y allí me enseña lo que es un sexo masculino. Creo que mi madre se sintió inmediatamente obligada a darme una explicación sobre el embarazo, cómo se concebían los niños, las pruebas de amor que los hombres pedían a cambio, los riesgos y todo lo que una niña de trece años necesitaba saber a esa edad, mientras nos deteníamos a una carretilla a comer las entrañas asadas de res, sin interpretar cómo ese gesto nos va acercando a nuestra situación de verdadera precariedad. Entonces esa realidad no me parecía violenta, sino feliz, eran los únicos momentos en que mi madre y yo parecíamos estar muy cerca, como dos amigas íntimas. Pensaba a lo mejor que le hablaría de Pablo, a quien imaginaba siempre fragmentado, sin atreverme a pensar en un cuerpo completo, luego llegará una nueva estudiante rubia a mi clase, de ojos color miel, de familia rica, dueños de unas minas de oro en el sur del Perú. Suponía que el oro ella lo llevaba en los cabellos largos que se sacudían cuando caminaba como una sirena en medio de la clase. Empezaban las expropiaciones del gobierno del general Velasco Alvarado, la “revolución peruana” que terminaría con las diferencias entre ricos y pobres, la mayoría de gente dice que les van a quitar todo, que las tierras, las empresas, los bancos, irán a parar a manos del gobierno y del pueblo.

“el pueblo” es la gente que tiene la piel cobriza y marcada por el sol, es la gente de rasgos indígenas, la que huele mal, la que no necesita estudiar, ni vivir mejor. Esta teoría neo-darwiniana ejercía un efecto hipnótico en una parte de la población de clase media, también mestiza o de origen europeo. El origen es una obsesión, los apellidos, las genealogías. Imposible reconocer un antepasado indígena, oh, la vergüenza...

Se aproxima la primavera, aunque sin estaciones muy diferenciadas, todo el mundo festeja la llegada de esa idea de cambio que nunca sucede del todo. El gobierno impone la enseñanza del quechua como idioma obligatorio, Pablo dice que es normal, es nuestro idioma

y empieza a ocuparse de la nueva estudiante, le escribe también cosas en la carpeta, cuida sus tareas y le sonríe cuando ella le hace una pregunta mientras yo me consumo de celos, sobre mi asiento de clase, fulminada por la humillación, perdiéndome en la cola de brillo azul que atraviesa el cielo, esa fusión fría del espacio, más allá de toda realidad que pudiera aparecer en una ventana, refugiada en esa impresión estética. Empezaba a representar, a oponer la imagen a la realidad. Aunque supiese que seguía teniendo una relación privilegiada con él, que era rápida componiendo sonetos y alejandrinos que impresionaban a Pablo, que me vestirían de Blancanieves para la fiesta principal del colegio, ya no me basta. Tendré que mostrarme en público, hablar, durante la lectura de un cuento que Pablo me había preparado con algunas modificaciones, para que pueda sentir que vuelvo a tener un valor ante sus ojos. Cuando bajo del estrado a zancadas, lanzando los brazos hacia delante como signo de libertad, en una atmósfera que empieza a ser asfixiante, siento que dejo de oír a mi madre que solo habla del miedo al gobierno militar, de su falta de respeto por los derechos civiles, de nuestra situación como clase social en peligro.

No me esperaba que, al verme llegar disfrazada, Pablo exclamase *qué linda*. Enrojecí tanto, que una de mis hermanas comprendió enseguida mi turbación y se lo dijo a mi madre: está enamorada de su profesor, mamá.

el enamoramiento del profesor coincide con nuestro empobrecimiento. Primero fueron los refrigerios más austeros, pan con jamón, jugo de papaya, una manzana, y, a veces, chocolate; luego siguieron los panes con mantequilla que empecé a disfrutar cuando decidí que debía comer con la boca abierta, mostrando el contenido y los dientes, como una forma de mimetizarme con lo que estaba pasando, un marcado deterioro que nos conduciría directamente a una forma de existencia vulgar y sin dignidad social; ni usurpadoras ni usurpadas, solo clase flotante en ese marasmo de la no-historia, de un pasado que no se concibe ni se narra. Me convenzo de que los panes con mantequilla son deliciosos, de que puedo saborearlos al sol hasta que la luz se consuma en el espacio entero. Cada sabor representaba un paso en dirección al desarraigo: la avena un poco rancia, las galletas de vainilla que mi

madre empieza a comprar por costales que se acumulaban en la sala, cerca de la biblioteca. Empiezo a dar paseos sola, a acostumbrarme a la soledad y el silencio, renunciando a mis hermanos, a quedarme dormida en el sillón de la sala mientras escucho el arrastre de los tachos de basura, muy tarde por la noche.

es un ruido seco, como si un ser desconocido hiciera girar una rueda gigante de piedra.

entonces nuestra madre empezó a leernos novelas sobre la extensa cama que había quedado vacía desde la partida de nuestro padre. Nos leía la vida de Genoveva de Brabante hasta quedar agotada con el libro entre las manos mientras suplicábamos que siguiera con la lectura, al borde del llanto. Yo era Genoveva, igual para Sebastián, Beatriz y Julia, creo que nos intercambiábamos los roles, aprendíamos, sin querer, a actuar. También nos lee *Colmillo Blanco* y *Oliver Twist*, duramos en nuestro silencio, somos atentos, empezamos a encontrar una justificación moral a nuestra historia y darle un valor ejemplar que nos distinguirá de los demás niños de nuestra edad. Trágicos y singulares por esa situación, nos refugiábamos en esas historias para salir a la calle cubiertos de esa ficción, poseídos, casi despersonalizados, convencidos de que nuestra vida es distinta. Fascinación por la ficción que nos viene también por parte de mis abuelos maternos. Un abuelo devorador de novelas, y una abuela extrovertida que había despertado mi curiosidad por la narración en primera persona cuando me hablaba de su vida de joven, de cómo conoció a mi abuelo y su viaje al pueblo donde se instalaron, en plena sierra. La travesía había sido a caballo, viajando a través de tierras frías, escarpadas y altas, imágenes que yo mantenía nítidas en la memoria de aquella abuela recostada sobre una cama, envuelta en una chompa de tejido rosa y pantalones de gabardina, el cabello rojo, con fuerte olor a laca, una Greta Garbo. Esa abuela que se fue doblando con los años, devorada por la artrosis, hasta convertirse en otra persona de rostro siempre iluminado y de mirada brillante, con largas pestañas cubiertas de rímel negro.

en mi última visita a Lima, la había visto más encorvada pero todavía sana.

Un día llamo a mi madre y me anuncia que mi abuela ha tenido un infarto. La habían internado y se encontraba muy mal. Mi madre no parecía triste, ni siquiera sabía si iba a morir, era honesta. Otra mañana me desperté de un sueño alarmada: había perdido una muela. Sonó enseguida el teléfono y era mi tía: mi abuela acababa de morir. Freud decía que la pérdida de un diente o una muela significaba el miedo a perder a un ser querido. La desaparición de mi abuela me dejó varios días sin habla, acostumbrada a oír su voz hablando de mi madre, haciéndola visible y entera, existiendo no solo como madre, sino también como hija, lo que me daba una imagen más clara de mí misma. ¿Cómo iba a hacer de ahí en adelante?

Vivo en la calle Beaubourg, en el centro de París. Salí a caminar por París y llamé a un amigo. Le dije lo que había pasado, me contestó: reza, anda a la iglesia y reza. Caminé hasta la iglesia de Saint Eustache, entré a respirar dentro de esa bóveda con olor a lirios donde nadie me conocía, oyendo mis pasos deslizarse sobre la superficie fría del suelo, sin acostumbrarme al silencio. Las iglesias siempre me han parecido un lugar de recogimiento al margen de mi falta de fe, me devuelven a mi infancia, a esos instantes en que rezo en la iglesia de mi ciudad para evitar que mis padres se separen, rezo enloquecida, sorbiendo las lágrimas, medio asfixiada. Caminé entre los arcos góticos, en palmera, miré las efigies, olí el incienso, sentí el silencio, cada segundo de silencio como una gota densa que me recorría la espina dorsal anunciando una forma de madurez y luego regresé más serena a mi departamento en el Marais.

con el tiempo, Diego siempre desaparece por periodos cada vez más largos, sin avisar, lo que me hace buscar su olor, el mismo perfume, en otros hombres, un rasgo suyo en cualquier anónimo que ha comprado la misma marca, sentado con un periódico en un café o un restaurante. Esos abandonos me recuerdan demasiado a mi padre, aunque los recorra orgullosa de ser valiente, esperando encontrarme al final con Diego. Esta vez decidí llamar a casa de su madre. Me explicó que Diego no había salido de su casa durante varios días. Pregunté la dirección y decidí ir a buscarlo. Cuando le increpé a su madre por qué no contestaba al teléfono, pareció sorprendida y sentí un poco de celos.

Diego era su único hijo. Hacía cinco años había regresado de Chicago y pasaba mucho tiempo en casa de ella, mucho más que en el estudio, me precisó con un tono displicente, casi colérico, dándome a entender que la guerra entre ella y yo había empezado, que no dejaría que su hijo viviese conmigo, confirmando mis temores de soledad y la obligación de evitar el apego. Me indicó enseguida cómo tomar un “camión”, como llaman en México a los autobuses, me explicaba cómo bajar en una plaza, *en la mera plaza*, y luego caminar hasta encontrar su calle. Desde el autobús observé que la ciudad se transformaba lentamente en un pequeño caos que parecía poseer una fuerza mimética con la naturaleza, ciclos, tiempos distintos al mío, superpuestos en un equilibrio frágil; empezaba a llover y eso daba un aire dramático a la atmósfera regada de buganvillas que fueron desapareciendo a medida que me alejaba del lugar donde vivía y entraba en el de Diego, Iztapalapa. Allí la gente se paseaba con baldes llenos de agua, meneando las caderas para impedir que el contenido rebalsara, los niños jugaban al fútbol y algunas mujeres parecían observarlos conversando en las esquinas. Imaginaba el perfil de Diego, la mirada medio dormida mientras le reclamaba explicaciones. Tenía la misma impresión de niña, de alcanzar algo nuevo con los dedos, empujándome sobre mis pies, hasta lograr ver del otro lado la huella de alguna marca conocida en el pasado, algo que dejaría de ser virtual al entrar en contacto con la realidad y con un cuerpo concreto.

veloz, me encuentro de nuevo en plena infancia, avanzando sobre el balcón hacia la casa de mis vecinos italianos, siguiendo el olor a pasta fresca que flota en el aire, el cuerpo ardiendo por el calor empolvado del verano, allá en la ciudad de cuatro mil habitantes, doy saltitos sobre el piso rojo y recién encerado, dejando atrás las rejas verdes, de barrotes delgados, con el espacio suficiente para que asome la cabeza y respire todo el aire que puede entrar en los pulmones, otras veces salir a ese parque con un lago en el medio, los botes, las ganas de quedarse allí, Helena, maquillada y delgada tomándome por la mano para convencerme de su amistad, y estar juntas para protegernos contra cualquier peligro, el pecho latiendo, la idea de que algo extraordinario puede suceder, como si corriera al mismo ritmo que esa idea y una verdad

rotunda, como un dedo que señala el futuro, me dejase saber por qué he nacido y se me fuese a entregar de pronto, y estoy al lado de Helena, pero en realidad no me he movido. Abren la puerta y veo el rostro sonriente de Diego. Lo abracé con todas mis fuerzas.

soy también aquella que corre a lo largo del balcón de su casa para alcanzar a ver ese parque donde está sentada la madre, la madre joven de vestido a cuadros y los cabellos largos, la madre que camina sobre la hierba húmeda del jardín en ese mismo lugar fijo en el tiempo. Voy de lila, llevo un vestido de algodón que se sacude con el viento, como todo el cuerpo que un día está colocado frente al del hombre fuerte y alto como una nube, el hombre pálido, de manos largas que se enredaban en mis cabellos, mientras trata de explicarme que él, de treinta años, no puede seguir saliendo con una niña de dieciséis años, *saliendo*, dice cuando ella siente que no va comprender nunca más el mundo, que su lenguaje desaparecerá, que ya no sabrá quién es, que no soportará ese rechazo. Entonces pasa el auto de un amigo y él le hace adiós con la mano, sin detenerse, como si hubiese comprendido que la dejaban sola, allí, envuelta en su vestido lila, sobre la hierba fresca del parque, igual que a su madre. Ignora qué podrá ofrecerle a un hombre más tarde, cuando ya no tenga esa edad. ¿Su cuerpo, su inteligencia? Podría tener cien años.

poco importa que fuese lo que se decía un “narco”, esos signos desaparecen y se disimulan detrás de una clase social, una categoría, su cuerpo entonces representa la seguridad, la osadía, el sosiego. Es un cuerpo valiente, piensa, que se eleva bajo un cielo amenazante y lleno de signos indescifrables, es un cuerpo de hombre y la seguridad viene de ellos, si no su madre no estaría tan sola.

en el presente, esa realidad parece dispuesta a celebrar una especie de rito antiguo, evocando una memoria enterrada entre mis huesos, mi carne, mi cuerpo, sin importarme nada, o casi nada, antes de que se produzca un verdadero encuentro y ofrecerme a Diego.

No sé por qué siempre he tenido esa sensación heurística de la vida, por qué espero obtener una forma de sabiduría sin necesidad de historia.

Tocar la piel de Diego es recorrer una parte del pasado de México, es unir su vida como mito y la mía, inventar una fábula, sedienta de moral, de un rostro y de un cuerpo. Empieza la necesidad de devorar la boca, en besos, en palabras, en comida, comer si no está su cuerpo cerca, hablar demasiado si se ha ido de viaje, o si desaparece durante varios días y no soy capaz de preguntarle qué hace ni adónde va. En realidad acepto dócilmente esa debilidad suya por el dinero y las mujeres pensando que ese gusto dominante tiene que ver con su propia sumisión, con una historia colectiva que, histórica, desea todo lo que se le impone. Una vocación masoquista, gozosa. Y quiero ver hasta dónde llega ese deseo, lo sigo a veces en las noches en un taxi hasta su departamento, intento descubrir si llega acompañado de una mujer, y espero durante horas sentada en las gradas de la entrada de su edificio.

una noche entro sin avisar, la puerta está entreabierta, percibo cuerpos que se deslizan en silencio. Sobre una mesa está abandonada una cajetilla de Marlboro, es la marca que Diego fuma, hay también un encendedor. Escucho los ruidos que vienen del baño, imagino que está dentro, bañándose, pero el agua corre sin dar señales de un cuerpo presente. Espero a que salga. Aparece él, todo húmedo, el cabello lacio desordenado, sacude la cabeza y me pregunta: ah, estabas aquí, pero en esa frase yo leo otro mensaje: pensé que eras la Otra. Cualquiera de esas mujeres de rostro sonriente y de carnes abundantes que Diego seguía con la mirada por la calle. Mi imagen entonces tiembla en medio de esa penumbra, solo me quiero ir, pero él me retiene por el brazo, me jala hasta la habitación y me asfixia a besos murmurando frases a media voz, mi niña es una celosa. Muchas veces Diego me contemplaba desnuda mientras iba enumerando las partes que le gustaban, tus piernas, tus senos, tus caderas, tus hombros, los omóplatos de huesos largos y finos, tus ojos, tu boca, tus cejas. ¿Todo? Sí, me gusta casi todo de ti... frase que en Diego sonaba tan natural que era imposible no creerle.

siempre espero que alguien nuevo llegue a nuestra casa, que aparezca la silueta delgada de mi padre, la de un pariente, que esa espera se justifique en un encuentro, una celebración, pienso que la vida me

tiene reservada una sorpresa y me siento a esperar. Cuando la espera no ofrece nada, no revela nada, comprendo que no puedo seguir así, que debo moverme, dejar de ser una mujer pasiva y adoptar la acción como una moral de por vida, no esperar a que me elijan, elegir yo, hacer que me reconozcan. No hay dedo divino que me señale, aunque intuyo una vergüenza social por haber cambiado de clase, por haber caído en la desprotección, una responsabilidad de género y de miedo a ser castrada. Estoy incompleta, siempre me faltará ese “halo” que nos dicen que no tenemos las mujeres, y sé que ningún hombre podrá ofrecermé una identidad limpia y brillante sobre la palma de su mano. Si antes espero que el amor de alguien me devuelva la posibilidad de aceptar que tengo un cuerpo distinto, ahora estoy segura de que solo yo puedo justificarme, de que no puedo retroceder en esa lucha por imponerse y empiezan las peleas, las rebeliones por tratar de tener una mirada propia, en el colegio, en la calle, en la familia. Empiezo por vestirme de manera distinta, llevo gorros estrafalarios, pantalones de hombre, necesito desesperadamente distinguirme de todas las chicas de mi clase... empiezo a escribir...

¿con quién, con quién hablar de estas cosas, de mi pasado, de la historia de mi país que no existe si no es a medias, de un padre que apenas he conocido, de esa piedra negra en el camino de mi infancia, de esa meseta alta que nadie ha visto, con quién hablar de la vida de estos países donde se respira con miedo si no es contigo, Diego?

si la imagen que tenemos de nosotras mismas tiene que ver con una memoria de los momentos cruciales en la vida, la niñez, la adolescencia, la borrosidad tiene que ver también con la aceptación de esa propia historia narrada en primera persona que espera ser aceptada por los otros, esa mirada exterior, primero el colegio, luego la universidad, ¿qué imagen clara podía tener de mí misma con tantos fragmentos de vida perdidos en un mar de situaciones, sin frases, sin explicaciones, sin narración?

cuando llego a Francia no me imagino lo que me espera y siento que mi identidad está congelada, detenida al borde un abismo, no me veo, no existo sino en esa imagen nublada que me han dado en mi país, ni blanca, ni totalmente mestiza, ni paria, ni burguesa, ni hermosa ni

desagradable, aunque empezase a gustarme ese rostro largo, los ojos pardos, el pelo fino y los pómulos altos, un día que me miro en un espejo en la rue de Passy, cerca de la casa de Balzac. A mi lado aparecerá Ernes y sus ojos empezarán a iluminar esos días de exilio parisino, la imagen sin contornos definidos, sin promesa y sin futuro. Me sorprendió que al llegar a París una de las cosas que me identificasen como burguesa fuese la blancura de mis dientes, que me digan constantemente que *j'étais belle*. La gente miraba extasiada mi sonrisa de dientes blancos, y luego descubrían que mis pies estaban igualmente poco maltratados, *son impeccables, suaves*, como me dice una amiga de la Escuela de Sciences Po. Sin embargo no puedo describirlo sin apoyarme en las frases oídas durante la infancia que no son reconfortantes: *demasiado delgada, por qué no lleva el pelo de otra forma, por qué no es más alta*. Floto y leo el exilio, el exilio civil, porque estoy convencida a mis dieciocho años de que abandonaba mi país por obligación, huyendo a lo mejor de la exclusión rotunda a la que me condenaba mi clase, ser mujer y orgullosa. Huyo de todo...

Vas a tener problemas, me decía mi abuela cuando me peinaba furiosa frente al espejo lo que llamaba “greñas”, o quizás esa palabra la he tomado del mexicano, ya no lo sé. Si hubiese renunciado al viaje, tal vez tendría que ocuparme de cocinas y de niños ignorando mi deseo por estar completa, por escribir. No se me pasaba por la cabeza una realidad más escandalosa e ingrata que aquella de renunciar a mirar las vitrinas de las tiendas de Saint-Germain o recorrer con la mirada los cuerpos ataviados con ropas sofisticadas de las mujeres libres, directas, que pasaban por aquellas avenidas. Empiezo a soñar con esa libertad no bien llegada. Se bebe mucho whisky. Mi primera cena es en un restaurante árabe donde como por primera vez *couscous*. Son los tiempos de la reelección de François Mitterrand, la gente vuelve a votar por un futuro, la justicia social, temas todos nuevos para mí, recién llegada del Perú. Una noche estoy con Ernes en una cena regada con vino, se recuesta sobre mi espalda, más tarde, me pide que lo acompañe a casa de sus padres, sin explicaciones, dormimos en su habitación, duerme aferrado a mi cintura, sin intentar nada. Cuando me despierto me atrapa por las piernas, me ruega que no me vaya, mientras ignoro

todavía lo que es el verdadero coito con un hombre, solo tengo imágenes vagas de una noche en un hotel bajo el efecto de la marihuana, el alcohol, una vehemencia de edad que no reconoce el goce sino como la anécdota que después contará a las compañeras del colegio escandalizándolas, mientras la monja superiora nos espía desde la ventana y promete un castigo por tanto alboroto. Todas buscábamos modelos, yo me aferraba a una Mafalda esmaltada que dejaba colgar entre mis senos pequeños, regalo de mi abuela paterna en un viaje a la Argentina. Las otras estudiantes soñaban con ser mises, secretarias, madres; yo, acariciar la estepa del África, ser periodista, conocer gente, ganar el derecho a opinar, vomitar mi rabia, hincharme de orgullo.

Ernes no sabía nada de mí, ni siquiera hablaba mi idioma, no me entendía, y menos podía descifrar códigos culturales y desfases que se revelan como nóminas de olvido, negativos de lo vivido, como si fuésemos una imagen fija y caducada. Ernes llevaba el pelo largo, negro, tirado hacia atrás, enmarcando unos ojos de un azul petróleo. Caminaba por las calles elevado y ligero, con un aire muy estoico, medio desesperado, buscaba libros en ediciones agotadas en librerías del Barrio Latino, el mercado de las pulgas, hablándome de ellos mientras entonces, yo, la que ahora escribe, los ignoraba.

dormimos sobre una cama muy estrecha, como me sucede después con todos los hombres que me han importado. Siempre han sido camas estrechísimas donde he empezado una relación, como si la vida no me diese el espacio vital necesario para decidir... es extraño, siempre he necesitado darle una justificación poética a todo ese escándalo de ser mujer.

Oh, esas promesas de amores imposibles, estoy casi segura de que si me acerco demasiado, por torpeza se destruirá. Diego, ¿recuerdas cuando conocí tu casa? Me llamaste por teléfono, me lo pediste a media voz, con miedo, y yo salí disparada en un taxi. No lo dudé mucho, necesitaba vivir para escribir, o estaba más dispuesta a vivir que a escribir. Y atravesé en el taxi grandes avenidas húmedas, saturadas de agua, que obligan a remangarse los pantalones hasta los tobillos, Cuauhtémoc, Barranca del Muerto... Avenidas cargadas de lluvia, recorridas por

autos, carretillas, personas que buscaban a alguien o esperaban también un taxi, el cielo bajo, tórrido, de la ciudad de México, alguien rasgaba una música triste en una guitarra, y luego, el soberbio espectáculo de verte. *Jeans* y un polo blanco que caía por encima de los bolsillos, salías de tu casa para darme el alcance. Me miraste con la sorpresa de un adolescente que se descubre a sí mismo en ese estado de espera y se siente feliz, quise abrazarte y no pude, no podía. Observaba cómo te temblaban un poco las orejas, las pestañas estaban cargadas y lánguidas por la luz, mientras una fuerza subterránea nos jalaba al centro de su eje y no nos dejaba movernos sino lentamente. Caminamos por la avenida, vi la farmacia con la marquesina de madera en el interior donde alguien se apoyaba, te hablé de un posible viaje a Nueva York, entré a otra tienda, había un ropón para bebé, te dije que sería buena idea comprárselo a una amiga que acaba de tener un niño e inmediatamente pensé en ti, en el niño que nunca tendría contigo. De alguna manera era una niña perdida en medio de una guerra que había encontrado a un aliado y todos esos relatos, esas historias que nunca viviríamos, Diego, las frases que se quedaban atoradas en la garganta, sin salir, confirmaban esta relación en su estado adámico, de relato mitológico, sin nombre, sin necesidad de ser contada. Avanzábamos uno al lado del otro, en línea horizontal, casi rozándonos, yo miraba tus músculos estirarse en una combustión de miedo y ausencia, quería tocarte, pero era imposible, solo percibía el volumen de tu cuerpo, sin poder poseerlo, ajeno, en la distancia. Esa promesa... y de pronto, apareció ella, tu madre, decidida a actuar como una vigilante, ordenándote regresar a tu estudio porque estabas en cuarentena, la barba crecida como la prueba de que no estabas bien y ese aire de desengaño, de no saber qué hacer con tu vida mientras ella caminó durante unos metros a mi lado para indicarme la parada del bus y asegurarse de que me marchaba, recuperando a su hijo con la fuerza de una neurosis y una vehemencia sorda. Permanecimos unos minutos junto a ella, que marcaba la línea de retorno, mientras tú imponías tu cuerpo entre las dos, protegiéndome pero sin poder hacer nada para impedirle que me obligase a marcharme. Ella fue diciendo cosas que no entendía, acusaciones, reclamos, y nosotros mirábamos el suelo, o más bien, mi mano buscaba tu mano sin alcanzarla, la mano de hombre y

de hermano, gesto confuso porque las distancias sociales, los códigos lingüísticos, no los habíamos saltado, al menos, no yo. Era cobarde y lo estaba probando yéndome sin protestar bajo el cielo del D.F. que abría su boca hambrienta sobre nuestras cabezas, sobre tus hombros que se encogían. Qué importaba, al fin, una pérdida más, debí pensar.

como en esa época, Diego, de cuerpo erguidos, desnudos y pintados de colores, armados de flechas, lanzas, escudos de plumas, esos hombres que a veces he sentido respirar en sueños, bajo el calor de los ponchos, la mirada interrogante y silenciosa mientras encendía la lámpara con una mano nerviosa; ese pasado que no conocemos y que leo en tus trazos, en medio de la mañana clara, en tu cuerpo, moreno y liso, promesa de encuentro que no se realiza, promesa de pasado limpio, sin violencia, como si de pronto, bajo ese sol rojo de México, de Perú, apareciera una población sin miedo y sin hambre. Una mañana que desperté a tu lado, en tu estudio, dormías con un abandono tan absoluto, tan solitario, que no me sentí autorizada a interrumpir ese sueño. Ambos hemos acariciado la idea de que vamos a olvidar un día nuestro pasado para regresar al presente, cumpliendo con ese relato. He soñado con conocer algo de ese tiempo en ti, lo he tocado con la punta de los dedos, los párpados cargados de emoción cuando despierto en una mañana luminosa, y me sonríes callado, dejándome existir. La idea de que es posible una forma de memoria colectiva no me abandona, aunque quiero ahondar en esa intuición, ir hasta el final de ella. Decir: Un día, Diego, hombres a caballo, cubiertos de armaduras, vieron un reino sin entender su belleza. Perdidos en el laberinto de significados que encontraron, se desconocieron, el miedo anidó en ellos y caminaron sobre él sepultando su esplendor. De eso te quería hablar, de la belleza trágica de esa historia. Y de la nuestra, ahora, en nuestro presente.

hemos crecido sin historia, con fragmentos de ella, con la angustia de ese vacío de sentido, pero también con la angustia del futuro que no se dibujaba, de ese caos económico y familiar que borra el verdadero rostro y nos da una imagen distorsionada de lo que somos. Crecemos en la ansiedad, en ese miedo del mañana, oyendo hablar a nuestros padres de deudas enormes con el Fondo Monetario Internacional, de nuestro subdesarrollo y de nuestra pobreza, incapaces de salir de esa crisis en la ignorancia de quiénes somos, en una adolescencia perpetua, con la necesidad de creer en dios, en categorías rígidas que nos permitan actuar sin pensar, buenos y malos, indios y blancos, dominantes y oprimidos, mujeres buenas y mujeres de mala vida, mujeres deseables y mujeres parias, las que ningún hombre desea, con las cuales ningún hombre se casa.

la idea de la deuda económica nos va creando con el tiempo una deuda moral que nunca sabremos pagar, y una deuda metafísica: la de no poder justificar nuestra existencia y darle un valor humano definido.

Y un día la veo, ella Panceta, la sobrina de Diego. Las mismas manos delicadas, un poco curvadas, como si estuviesen dispuestas a apropiarse del objeto que manipulaba apretándolo contra su pecho, los mismos ojos cargados de noche, los senos pesados que cuelgan a pesar de su poca edad parecen cargados de leche, con la promesa de la maternidad. Tenía familia en Francia, una de sus tías se había casado con un francés de Alsacia y estaba de visita en México, había salido de compras con su esposo y sus hijos, y regresarían para almorzar. La casa esperaba esa visita en sus más pequeños detalles: presentación de platos, acomodo de muebles, flores en jarrones, guirnaldas que mostraban una vida ordenada, limpia y clara, y no la pobreza a la que no se quiere nadie acostumbrar.

intento abarcar la totalidad de Panceta, las piernas bien plantadas, de rodillas redondas que te dicen aquí estoy, reconozco su pavor a la pobreza y el aburrimiento que transpira una vida sin alteraciones y sin elección. La veo crecer en presencia cuando me dice que irá con su tía a Acapulco, bajo ese sol rojo que arde sobre rocas y montañas, dorándolas, inclinándose más tarde en el mar, cuando

lleva, ofreciendo un espectáculo de fuego. Panceta, con su cuerpo demasiado joven, transformada en una guerrera, una Antígona que sabe cómo debe enterrar, honrar a sus muertos y hablarle al Rey. No sé cómo puedo saber tan poco de Diego, de esa paternidad secreta, disimulada tal vez en sus continuas desapariciones. Panceta parece determinada a esconder su pobreza, ocupando la casa de su tío, lista para recibir, después de comer, debía ir a esperarlos en un paradero, en pleno centro del D.F. y acompañarlos al aeropuerto. Al llegar le había pedido prestado el baño, que ella había llamado delicadamente “servicios higiénicos”, lo que me había hecho sonreír recordando que una vez Diego me había preguntado sorprendido qué era el “surrealismo”, sin ser capaz de explicarle, pensando inmediatamente que no era tan importante saber qué significaba ni la explicación que me colocaría en una posición de facto aparentemente superior. Cuando salí, me preguntó si deseaba esperar a Diego, dándome a entender que sabía quién era, de pronto consciente de que tal vez Diego me había dicho que tenía una sobrina a quien le había hablado de mí y de mis libros. Yo me había sentido feliz. ¿Por qué no lo recordaba?

Después de cerrar la puerta, la imaginé dando vueltas en la sala del estudio de su tío, removiendo objetos, esmerándose en parecer natural cuando los invitados estén a punto de llegar, vestidos de ropa de marca, el esposo de su tía y las dos niñas que eran sus primas, como me había confiado ella. Todo en ellos transpiraba armonía, incluso su forma de hablar, que le parecía muy suave, casi como una caricia en las orejas. Para ella se trataba de la vida mostrando su rostro más terso, más luminoso, luego regresé a buscarte, Diego, y te encontré echado sobre tu cama. Al verme, te levantaste de un salto, un guerrero en vigilia y sin abandono, los gestos rápidos que querían ganarle a la sorpresa, obligándote a voltear el rostro de vergüenza y turbación: sabías que había conocido a Panceta, imaginabas que me había contado que le habías hablado de mí, debilitando tu soledad. Tenías los ojos muy abiertos, la boca de labios gruesos húmeda, un poco teñida del vino que habías bebido, mientras me recibías como a una intrusa y yo te sentía tambalear sobre tu centro, inclinado sobre mí, sin que pudiera despegar los ojos de tu cuerpo tenso, y me ordenabas, ésa fue la palabra que usaste,

“ordenó”, beber, y como yo no te hacía caso, hiciste correr el vino tinto sobre las sábanas y entre tus piernas diciendo: *soy un río de sangre*. Y yo, sin entender, no sé por qué, hice que ese gesto se volviera simbólico, lo convertí en representación de esa división que aceptábamos como natural, una marca, un uso del mundo y sus significados que nos mantenía siempre separados, porque sé que no puedo hablar de nuestra relación con mucha gente, menos con mi madre a quien no me atrevo a decirle quién eres creyendo que tengo que parecerme a ella, esperar que un hombre me reconozca, ser dócil en esa espera, sin sentido de realidad y sin reconocer que siento vergüenza, vergüenza de ser querida por un hombre que no es culto, que no tiene dinero, que solo es un hombre.

quise hablarte de Panceta, de toda la fuerza que necesitaba para ubicarse entre un pasado y un presente que la obligaban seguramente a elegir entre señas de identidad confusas, la imaginaba bailando con sus parientes franceses, envuelta en un huipil de Oaxaca, o quizás queriendo parecerse a su tía, desapareciendo detrás de un vestido. Panceta hacía lo mismo que yo y mis hermanas para maquillar el miedo que sentimos ante el caos instalado en nuestras vidas: en las fiestas bailábamos solas, demostrando que no necesitábamos de nadie, menos a los hombres. A veces, en la calle cantamos canciones de ACDC, Pink Floyd o The Clash, queremos ser como ellos, actuar como ellos, los hombres, no queremos estar marginadas, estamos dispuestas a pelear. También se empieza a oír la música andina, en quechua, o la música criolla de la costa, los vales y los landós. A mí toda esa música me parece ajena, de un país que está lleno de divisiones, de extranjeros, y de castas que no logran entenderse. Una torre de Babel.

basta un zumbido de moscardón para recordarme ese desarraigo de género compartido con mis hermanas, frente a nuestras tazas de leche durante el desayuno, mientras nos interrogábamos con la mirada, o en ese pueblo adonde vamos todos los veranos. La vida allá es dura, austera, árida, la ciudad la siento en la debilidad de mis piernas que resbalan sobre las piedras de la calle de ese pueblo de nuestro abuelo, Cora-Cora, con ganas de preguntar qué significaba toda esa pobreza, esas calles enredadas y de superficie inestable, con caballos atados a la entrada de una casa con olor a alfalfa, a lana de oveja regada por

el suelo, o a leche agria en mañanas heladas, leche que no queríamos tomar en lugar de la industrial, pasteurizada, dispuestas a ser las hijas de nuestra época, soñando con el brillo del metal y nadando en esas imágenes del mundo urbano. Extrañábamos la televisión, las camas tibias, el agua caliente, la facilidad de la vida en la ciudad. La vida rural y pobre era el rostro oculto de una transformación social veloz a nuestro alrededor: un retroceso en el tiempo que nuestra madre interpretaba como un gesto simbólico, una sabiduría de la precariedad, y tal vez como una forma de castigo por haber abandonado aquellas tierras que la habían visto crecer. Algo en ella la empujaba a integrarnos en esa historia con una moral de origen que idealizaba la niñez, creyendo que ese retorno detendría también el tiempo y la haría más sólida. Si ella soñó tanto con regresar a ese lugar fue porque sabía que esa forma de vida, rural, colectiva, socialmente más solidaria con las mujeres, era más libre que la otra, la de la de ciudad con sus divisiones sociales marcadas que la excluían de la vida. No sé si volvemos siempre a esos instantes primitivos que hemos vivido, pero sé que igual que mi madre, busco esas sensaciones iniciales, que las he seguido en una calle en Francia, en Italia o en España. Panceta era también esa niñez, instalada sobre la copa frondosa de un árbol, que permitía recorrer el pasado de una sola mirada, solo que después no sé cómo bajar la mirada de allí y siento vértigo. Pero estoy aquí y escribo en mi computadora, en las teclas negras de mi computadora. ¿Quién vivirá ahora en la casa grande de mi abuelo en el pueblo de Perú, quién empujará la puerta, quién dará pasos lentos en el patio empedrado? Cuando llegábamos en verano, lo primero que hacía era quedarme parada en medio de ese patio para contemplar las montañas de manchas rojas y verdes, el caballo atado a la baranda de la escalera en piedra tallada que subía hasta la gran habitación, donde luego dormiríamos acurrucados bajo pesadas frazadas de lana de alpaca. ¿Qué niños dormirán en esas habitaciones, y cuáles serán sus sueños? Recuerdo haber visto a mi madre, ya separada, hacer el amor en esa misma habitación, yo, detrás de la puerta, la respiración retenida del miedo, paralizada, antes de atreverme a espiar esos dos cuerpos pegándose y separándose con un ligero ruido de piel, de sudor

y calor, esas bocas, esas pelvis cubiertas por las frazadas, la barba de él, el pelo de mi madre, yo retrocediendo sigilosa hasta la escalera.

Y pienso de nuevo en mí, sentada en esa escalera que va al segundo piso, en el piso con tablas de madera, en los moscardones, en la despensa de quesos, justo a la entrada, o en los trozos de carne que traía el peón en pesadas alforjas de lana tejida sobre su caballo y que iba descargando sobre el patio de piedra, a veces acompañado de un burro que yo quería montar acariciando primero sus largas orejas, con una Barbie entre los brazos. ¿Quién soy ahora y por qué todo esto parece exótico y artificial?

¿Quién soy, aferrada a mi computadora, a mi escritura, a mis instantes de plenitud, a esos sueños de pureza, a mis lecturas, a mis sentimientos? ¿Quién me fragmentó y cuándo? No quiero abandonar a nadie a la horrible fragmentación, quiero dar un discurso, quiero ser un canto.

Diego, ¿estás? *Ainsi va la routine de souffrir, comme va l'habitude de la maladie amoureuse, comme va le devoir d'empoisonner, innocemment, toute vie a deux?*, escribe Colette...

soñar y luego instalarse en la realidad, cambiar de lugar un miedo, una falla infantil, jugar al trueque, engañar un poco para que todo sea más fácil. Si logro abandonarme a mis estados más íntimos es porque carezco de escrúpulos o los coloco donde me permitan sentirme mejor. Y así he seguido, estirando los dedos en el teclado para sintetizar algo, pensando que luego quedaría libre para la vida, ¿después de conocer ese amor por la vida, qué nos queda si no hemos sabido entregarnos a él, cuántas veces más tendremos que convertirlo en nuestro verdugo? Una mañana despierto con ganas de recibir caricias, con todo el cuerpo, con toda mi cabeza, sin miedo, con ganas de ser la hija de un hombre y abandonarme a esa sensación de haber sido deseada desde el inicio. Volver a mi casa, hacer un nuevo viaje a Perú, aunque siento que me estoy convirtiendo en la madre de mi madre, la madre de mi padre, la madre de los hombres que he amado, sin saber ser solo una persona. No sé de dónde me viene ese instinto protector, no lo sé, de la culpa que siento de ser un boceto que no se decide a existir, de la compasión que siento por

mis propios sentimientos o de la incapacidad de sublimación. Ni idea. Después de los dieciocho años, todo me parecía trazado, un corredor por el que me debía desplazar descalza, en *travelling*, una observadora, dejándome mecer por un país, por otro idioma, incluso, por la violencia. Una mano que me empuja a afrontar esa realidad de la que hablé: la partida del padre, el deterioro familiar, la confusión, el hielo de la desprotección. Ser periodista no me protegía de nada, eso no lo había adivinado antes de entrar en las oficinas grises de la revista *Personas*, en la avenida Emancipación del centro de Lima, la cabeza cargada de sueños, en ese sillón de la sala de recepción que parecía más un pasadizo, y por donde deambulaban los periodistas con un papel en la mano, entre ellos el hijo del dueño. Estiro mi minifalda para que no me miren las piernas en el instante en que pasan a recoger algún documento o a hablar con el director, las secretarías se detienen en mis mocasines, mi falda a cuadros, o mi cinta negra alrededor de la cabeza, mientras pego las rodillas, como una chica educada que sabe esperar y estar sentada con una falda tan corta. Cuando aparece el poeta de cabello largo, que al verme sentada en esa sala oscura y fría me invita a subir a esperar a su oficina, no lo dudo. Todo el mundo pasa sin hablarme. Ese mismo poeta que me confía sus ganas de ser escritor haciéndome pensar que yo tal vez sería esa mujer que escribe ahora en su computadora y levanta la vista, y mira este jardín y piensa en esos momentos de su vida con vocación de ficción, de movimiento. Es un jardín desde donde veo un largo pasadizo cubierto con plantas trepadoras, cargadas de racimos de flores. Las hojas dibujan sombras en el suelo, vibran y parecen estar vivas. El cielo es de un azul limpio, casi nuevo, las copas de los árboles parecen pesadas, y se inclinan con el viento. Debía vencer la parálisis y avanzar, abandonar, si fuese necesario, a un hombre, sin pensar en el sacrificio, casi como mi propia inquisidora. A veces, me retiro hacia un lado y pienso en RB, en sus grandes manos que sabían acariciar, en su voz áspera, casi pulmonar, en su forma de dormir pegado a la almohada, pienso, y luego vuelvo a ser la misma, vuelvo a olvidar. No supimos avanzar en ese amor, dominar el deseo para luego confiar en él y aunque esa separación nos haya llevado a otros territorios, sin amenazas de encierro, ni mimesis, sin falsas representaciones... más jóvenes sabemos del lado antisocial del amor, de su

lado guerrilla, subversivo e indomable. Por eso nunca sabré si he llegado a conocer a un solo hombre que prometía ser un aliado, silencioso espía, o si solo he conocido al débil y orgulloso. Por eso, a veces, pienso en RB, en la potencia de las manos, en su peso liviano, en su forma de acomodar-me el pelo. Solo a veces, pienso en él.

¿cuánto de superstición ha estado en juego en lo que nos ha tocado vivir, cuánto hemos hecho para que las cosas sucedan como en un escenario y no como se iban presentando, aceptándolas, nosotras, sobre todo las mujeres, tal como eran? En nuestra infancia las visitas han sido siempre premoniciones, la llegada de una libélula, cualquier hecho que no pudiésemos clasificar en una causalidad, en una narración. En eso la imaginación ha jugado un rol fundamental, a lo mejor, sin ella, no hubiese escrito novelas, sin una madre desesperada, orgullosa, sin mi propio orgullo maltratado por ese hombre que se va, que abandona, no hubiese escrito libros.

La imagen de mis hermanas se pega a mi memoria, inventándoles una historia, deteniendo esa arena entre las manos, tardes en casa de la familia Martinelli, juegos bajo árboles presintiendo que dentro, en la casa donde mi madre se reúne con sus amigos cineastas, suceden cosas que no nos dicen, reservadas para otra edad, mi madre sentada sobre la gran cama vacía desde que papá se fue. Alguien le había hecho lo que se dice “un daño”, sus amigos Martinelli habían puesto agua bendita en un balde, en un rincón de nuestra casa, y según ella se había dibujado un gato de cintas rojas y nudos en la cabeza, de ahí sus dolores de cabeza, decía ella, ante mi pánico, haciéndome pensar que yo no quiero ser así, creyente ni supersticiosa, imaginando ese gato negro muerto enterrado en alguna parte de la casa. Salgo al jardín y me siento bajo un molle para no pensar en esa imagen, la olvido bajo el sol y el viento. Y pienso de nuevo en mi madre, en esa soledad que no entiende ni quiere aceptar. Desde entonces mi tiempo ha estado contado para hacer que esa madre vuelva a ser feliz, a veces, lloro de frustración y de cólera sobre el pecho de algún hombre que absorbe sin querer esas lágrimas negras.

luego no lograba pasar por el lugar que mi madre me había señalado sin dejar de voltearme a mirar ese espacio donde se ubicaba el

embrujo, temiendo por mí, y, avanzando con precaución, cruzando los dedos, inventando cábalas, por si tenían efecto. Yo también he leído señales en algunos hechos, el encuentro con RB, la visión de sus manos sobre la superficie desnuda de un mostrador en un restaurante de Barcelona, en la parte alta de la calle Mandri, el cuerpo recostado sobre un escaparate, la mirada intensa y negra, de una aristocracia de animal noble, luego, la caminata, las bancas en el paseo de Gracia, el juego, como una forma de tomar en serio lo que nos parece irremediable: que vamos a sufrir si estamos juntos, no hay amor que sobreviva a la falta de memoria, a los espacios en blanco. ¿Sabes cuántos amores, cuántas pérdidas no pueden ser lloradas por falta de historia, Diego?

Cuando estamos al borde de la miseria, yo me río diciendo a mis amigas que las cosas van muy bien en casa, escondo los panes con mantequilla en el bolso que llevo al colegio, los devoro con ansiedad, disfrutando la sal, su textura dócil, deteniéndome en cada detalle, agradeciendo que tengamos al menos eso como refrigerio, pero sintiendo vergüenza de nuestra repentina precariedad, preguntándome cuándo volveremos a disfrutar de lo que llamábamos “almuerzo”, sin que nuestra madre enrojeciera al llamarlo así, platos sin carne, muchas menestras, en las mejores ocasiones, carne molida, con mucha grasa, casi impasable. De todas formas sabíamos en qué país vivíamos y una separación era también una separación de bienes explicaba mi madre, nos arreglaríamos con lo que nos pasaba papá. Aunque presentimos el conflicto y el deterioro, la pobreza es todavía abstracta, no nos impide soñar con un futuro luminoso. Por las noches las consecuencias de esa repentina vulnerabilidad, se hacían nítidas: ya no podría ir a la universidad privada, tendría que elegir algo más práctico y corto. Empiezan mis noches de insomnio, mis caminatas en la sala, descalza, para no despertar a mis hermanos, las preguntas sin respuesta y las ganas de seguir disfrutando de esa sensación de abandono a la que me sometía la aparente serenidad de mi casa, la respiración de mis hermanos durmiendo en sus cuartos y el rostro sereno de mi madre, mientras me preparo para decidir.

las mañanas están sumergidas en una luz blanca, hiriente, los sonidos son agudos; otras, leves, el río suena a lo lejos, produciendo un ruido de roce de piedras y de troncos arrancados a los árboles, empiezo a pensar que debo decidir rápido qué debo estudiar. Me pongo unos *shorts* y salgo a buscar a mis amigos mayores, aquellos que ya estaban estudiando para preguntarles cómo eligen qué profesión seguir, necesito estar segura de que mi cabeza puede tanto como mi corazón. Me gusta el periodismo y sé que es una forma de mantener cierta independencia en un medio social como el de Lima. ¿Por qué no el periodismo?, ser reportera, hacer crónicas de viajes, hablar con mucha gente, empezar a tender mi puente hacia los demás, escapar de mi aislamiento, abrazar con un solo gesto a la humanidad entera. Lo primero que se me presenta es la idea de fuga, de huida, aunque intuyo que no podré dejar de escribir, que la cabeza busca ese gesto que inscribe, que hace todo lo necesario para que nada de lo vivido se borre.

¿Por qué, Diego, tengo que repetirlo? Para que nada se borre, para existir finalmente, no había otra salida, era la única forma de protegerme, pero, tengo que decírtelo, también sé que era una forma de huir de un conflicto que empezaba a perseguirme: no saber dónde situarme en mi país, ni en mi familia, no saber quién soy, ser invisible. No soporto ser solo una mujer, como un animal al que destinan a la inercia, la náyade ansiosa por un fauno al que debe esperar sin elegir, la mujer mestiza, escindida entre pasado y presente, un pasado denigrante atravesado por voces masculinas, tumultuosas, donde desaparezo. No deseo esa despersonalización. Prefiero la locura. La primera vez que viajé a la hacienda de mi abuelo, recuerdo haber visto a una mujer muy anciana, con trenzas y un lunar en la mejilla y pensar que sería así a su edad. Llevaba polleras y sombrero, sus ojos negros inmensos miraban hacia el cielo, tenía manos de ave y caminar lento. Ella hablaba quechua y yo no la entendía, además sé que es la tía de mi abuelo, que forma parte de esa historia sumida en el olvido, esa historia violenta que no despierta al día. Presentía una situación desigual, casi una creencia de que vivíamos, los que llevábamos ese pasado en las venas, condenados a no ser más que personas a medias, sobre todo las mujeres, que seríamos, a la larga, un fantasma sin rostro.

Panceta recibe a su familia francesa, se adorna el pecho con una flor que sujeta con un alfiler que no la deja actuar con completa libertad, como si le hubiesen dicho hasta la saciedad: siempre serás inferior a alguien, a los hombres, a los blancos, a los ricos. Panceta, para que el mundo pueda funcionar, es necesario que acepte el aburrimiento proverbial de su vida, que no se preocupe en tener ideas, que no sea capaz de identificar su deseo, deseo que no existe, que no se puede ni siquiera nombrar. Te veo Panceta, erguida, cerca de tu tío, admirándolo porque en el fondo tal vez lo deseas un poco, porque es la protección y es mayor y más fuerte que tú, amas su sombra de árbol, de árbol de noche, y veo tu cuello firme y bronceado, tus ojos castaños, tus manos inquietas, tus dientes blancos, tu piel bajo la que corre sangre caliente, leo tus ganas de vivir intensamente, Panceta. Veo tu playa, Acapulco, y veo la mía, San Bartolo, la casa blanca de los primos hermanos en la montaña de roca, entre una claridad brillante y húmeda, y el mar, las ganas de quedarme ahí a juntar conchitas de colores que coloco en la cajita para prolongar el regreso a mi casa donde todo empieza a derrumbarse. Respiro ese paisaje mineral, de roca y cielo blanco. La única cosa que me distinguía de mis compañeras de colegio era que yo sabía que esa situación que vivíamos de forma individual, que padecíamos, es también una consecuencia de una historia, de una sociedad, de un país que quiere nacer y no nace, no nace. Ésa era mi única ventaja, por lo demás, no sabía muy bien qué haría con mi vida. No tengo la menor idea, aunque no quiero sucumbir.

cómo quisiera, Panceta, que me acompañes en ese movimiento acelerado hacia el sueño de una vida más leve, menos tirana, frente a la grandeza muda del mundo, donde nuestras lágrimas serán tan duras y secas como las piedras milenarias que nos rodean. Por eso bailar, como lo hacemos, bajo las sombras oscuras de los cerros en la tierra, es nuestra salvación. Ese baile alegre, libre, que habla de una vida menos pesada y más libre, sin quejas, sin esperas.

recordar para evitar la invisibilidad, esa invisibilidad que se nos impone de pronto, con una familia que clasifica, que nombra en razón de un color de piel, esas frases de la abuela paterna que recuerdo muy bien, a manera de reproches, por no ser rubia ni espigada. Mujer

fuerte, indoblegable, que reconocía muy bien el olor de la vergüenza y el oprobio de la pobreza, ella, que siempre estuvo orgullosa de haber trabajado en la universidad, empezando de cero, llegada a Lima con un atado de ropa, casi analfabeta, a buscar cómo subsistir, hasta encontrar el apoyo en un hombre que decidió ayudarla al oírle contar su historia. Había huido de su marido, que era también el marido de su madre, pero de quien se había separado al enterarse de que su hija estaba encinta. Con él, su madre, es decir, mi bisabuela, no había tenido hijos. Se había casado para huir de la soledad, casi por lástima, era una obrera de su fábrica de caucho en la amazonía peruana, la había obligado a abandonar Lisboa por Iquitos, con una hija pequeña (mi abuela), la única forma de salvarla de su miseria. Este hombre había sembrado dos hijos en mi abuela, marcado su rostro con líneas duras que descubrí por primera vez a los diez años y me impactó por su fuerza: una nariz ganchuda, la boca abundante y los ojos brillantes, curiosos. Recuerdo haberla observado peinarse lentamente frente al espejo, con ese rostro fiero, casi cruel, mientras ella me contaba su vida atravesada de conflictos y rescataba sus logros con ese orgullo amargo que veía crecer en el gesto de un brazo dibujando con firmeza su boca, apuntando hacia dentro con el colorete, sin titubear. La vida había hecho de ella una mujer resistente al sufrimiento, a veces indiferente e implacable, que era el mayor reproche que le hizo siempre mi padre, quien evitaba verla y la acompañó muy poco durante su vejez. Esa mujer de grandes ojos, un poco arrogante, con el tiempo se convirtió en una anciana vulnerable, de cuerpo muy pequeño y arrugado que un día encontré echado sobre la cama, durante una de mis últimas visitas a Lima. No pude reconocer el cuerpo robusto de la otra mujer, los ojos flotaban en medio de un vacío azul, estaba ciega y no tenían nada que ver con aquella persona elegantemente vestida que venía a traernos frutas y golosinas en las tardes, un chofer la dejaba primero sobre la acera mientras nos arremolinábamos a su alrededor, sin saber bien quién era, descubriendo, sin comprender, que se trataba de nuestra abuela.

A veces, es el vestíbulo donde ella se quita su gran sombrero negro frente al espejo, la recuerdo muy bien en ese gesto un poco feroz y desafiante.

esa mujer del sombrero negro y aquella mujer de cuerpo diminuto, incapaz de reconocerme en medio del alboroto de su memoria, completamente vulnerable, encogida sobre la cama como un bebé, la cabeza puesta sobre la almohada, un extraño animal prehistórico, era también mi abuela.

abandoné su habitación después de apretarle la mano y decirle que había regresado también porque quería verla, era una despedida y se me encogió el corazón: sabía que no la vería más.

después he indagado con mi madre quién ha sido esa mujer, le he preguntado varias veces cómo fue su relación con ella,

una catástrofe, me contestó, distraída.

¿pero era una mujer muy elegante, no?

sí, claro, era una de las mujeres más elegantes que he conocido.

Siempre se impuso entre tu padre y yo, ella quería que se casara con una americana, americana del norte, o con una alemana, como su otro hijo.

¿y cómo cayó en la desgracia?

¿sabes?, cuando no eres generosa, te quedas sola. Y ella se quedó sola. Más que quererla, le tenían miedo, o tal vez ha sido misoginia, quién sabe. Le decían *La mandinga*, que significa, diablo. Diabla, ¿entiendes? A mí siempre me había llamado la atención ese apodo, aunque nunca le había dado importancia. ¿Acaso no era una forma de caer en el cliché más trillado del exotismo latinoamericano? Yo, que estaba dispuesta a impedir cualquier lavado de cerebro, no pensaba ceder un milímetro a la superstición que nos había saturado de inseguridad y miedo al futuro, no podía aceptar que vieses en mi abuela a una bruja o una diabla. No he aceptado leer ninguna premonición ni ningún símbolo que pudiese compararse con la voluntad de salir de la dominación de la cabeza, del vientre, de la vida.

esta abuela había tratado de hacerme sentir el paso del tiempo señalándome un reloj biológico como mujer que yo percibía como una caída de mi cuerpo en el espacio, produciéndome vértigo y correr a buscar la calidez de la voz de mi madre como una justificación a mi

vida, pensando que sería menos frágil. Sin embargo, las frases de mi abuela regresaban por las noches en forma de ráfagas, *no dejes que pase el tiempo, la vida es corta, la vejez llega pronto y las mujeres sin juventud y belleza no somos nada*. O perderme en el cuerpo de un hombre, en las caricias de un hombre, pensar que el amor detiene el tiempo. Me bastaba también con mirar una estrella, o un cielo oscuro para sentir que mi vida sería algo extraordinario y trascendental; me sentía en capacidad de dar mucho afecto, de no ser una persona débil, alimentándola llegaría a ser una una mujer valiosa y sabría estar a la altura.

toda la incertidumbre que atravesaba mi vida alimentaba mi imaginación y me hacía soñar con mundos distintos, tal vez el viaje, atravesar tierras desconocidas, fuese seguir la respiración del mundo. Durante las caminatas con mi abuelo paterno, que era muy alto y delgado y andaba tocado de un sombrero, recuerdo haber leído en las sombras de la noche promesas de un futuro febril, un enlazamiento silencioso de amantes, cuerpos que se encuentran y se estrechan mientras mi abuelo tropezaba un poco sobre las piedras y yo me colgaba de su mano.

comprendo que un día estaré sola, que tendré que caminar a mi ritmo, lo decido sentada, sobre un muro desde donde puedo contemplar los árboles remecidos por el viento, los cerros, y toda la austeridad y el aburrimiento de ese paisaje, promesa de ciudades aún por terminar, improvisadas, que transpiran una fragilidad sin nombre que pienso describir. Solo puedo escribir para nadar en esa oscuridad hasta que algo aparezca, una marca, una señal de esa fragilidad. Cuando llegamos a vivir a nuestra nueva casa en la zona alta de la ciudad, las calles aún no están asfaltadas, y los macizos de retamas salpican el camino obligando a apartar las ramas con los brazos cuando pasamos por las veredas. Hay muros de cipreses rodeando las casas, todavía no se entra en esa sicosis colectiva del asalto y de la violación. Poco a poco, acompañada de la voz ronca de mi abuela que aplastaba cigarrillos marcados del *rouge* de sus labios sobre un cenicerito, y que me miraba por encima de la montura de sus lentes, sé que esa vulnerabilidad, ese miedo repentino, endémico e indoblegable, echará sus raíces en mí, sé que mi vida se va haciendo frágil como mi casa, mi madre y mi país, que ese miedo

vendrá y me acompañará a París, cuando llego, un día de invierno a la Gare d' Austerlitz, desde Luxemburgo.

desde la ventana del tren contemplé ese espectáculo, impresionada por la belleza de las vitrinas y de los árboles, hasta llegar al centro de París, que me pareció una ciudad de juguete, una ciudad donde dominaba el gris y gobernaba el pasado. La oscuridad de los edificios y de los pasillos, el metro, y su olor a amoníaco, el crujido de mis huesos al caminar bajo el frío, me anunciaban una nueva experiencia, el peso de la ansiedad y el temor de caer en una desprotección todavía más rotunda y más cruel. En la Escuela de Periodismo, en Lima, había estudiado con desgano, sin lograr apasionarme por los cursos, el futuro es tan incierto que preferimos su promesa, pero en París descubría un mundo exigente que pensaba y exigía autonomía. Y yo no sabía qué hacer con tanto ruido, dónde acomodar mi pasado, cómo seguir oyendo la voz de mi madre en el teléfono cuando la llamaba para contarle de mis entrevistas para la revista en Lima, escucharla y no sentir culpa por haberme ido a vivir tan lejos de ella. Recordaba el libro de Simone de Beauvoir sobre su madre, el acompañamiento hasta el instante final, los ruegos de su madre para que no la deje caer en “ese agujero oscuro”. ¿Había dejado caer a la mía? ¿La había acompañado en esa soledad no deseada de la partida de mi padre, o la había dejado sola?

son pocos recuerdos de la partida de mi padre, aunque haya tratado de evocar algunos instantes concretos con exactitud, repasados una y otra vez, una maleta abandonada en una esquina, el auto que espera en la calle, el cráneo de mi padre sobre una almohada, al lado de mi hermana, una cama vacía, mis ruegos para que no se vaya y sus negativas, las esperas en casa de mis vecinos a que mi madre regrese de ver a su abogado, los detalles del juicio, la separación definitiva, su rostro que se volvió sombrío, aunque mi madre siempre mantuvo una capacidad para entusiasmarse con poca cosa, una vitalidad que no ha decaído con los años. Por eso, puedo estar orgullosa de ser su hija, sin resentimiento contra ese padre que, sin querer abandona, a lo mejor, prisionero del pánico del rol estereotipado de la paternidad. Nunca he visto a mi padre contento de tener a sus hijas a su lado, no podía vivir sus afectos sin conflicto y siempre responsabilizó a mi abuela por eso: lo

había dejado solo, a cargo de su padre hasta los siete años, él decía que lo había traumatizado conocer y vivir con esa mujer fría que lo miró durante unos segundos, diciéndole que estaba flacucho y se parecía a su padre. Quizás mi padre, que ignoró su paternidad, fuera el último hombre que ella aceptó tener cerca. Ya había criado a su otro hijo y también se había ocupado de uno de sus hermanos, cocinando para ellos y lavando su ropa. La maternidad ya no tenía entonces encanto ni misterio, sino solo cansancio moral y la necesidad que ella sentía de que debía cobrar a mi padre en forma de reproche constante, haciéndolo maldecir el haber nacido.

La luz

Los estudios, Ernes... los estudios...

durante mis estudios empecé a sentir que podía salir de esa neurosis familiar, ser otra mujer, inventarme mi propio modelo, los libros empezaron a revelarme una autonomía, hasta entonces desconocida, en el pensamiento y en la acción. Estaba obligada a recorrer cuarenta kilómetros en un microbús minúsculo que nunca llegaba a la hora, y que debía esperar casi al alba en una ruta desolada, en medio del desierto y los cerros rocosos, aunque terminase por disfrutar ese espectáculo matinal incompleto, que pedía ser terminado por una mano de artista: las ventanas alumbradas, las agitaciones de la mañana, luego, ese descenso lento hacia Lima, caída en un colchón de nubes que anunciaba la cercanía de un mar lejano, inmóvil y secreto, de especies marinas, de aguas oscuras y densas. Ese trayecto me obligaba a contemplar la pobreza cada vez más creciente en Lima, una pobreza a la que no le encontraba ninguna explicación metafísica, y de ahí mi incredulidad y mi ateísmo. Yo no podía aceptar que un dios permitiese que tanta gente viviese tan mal, sin sueños, durmiendo como fuera, sin comer nada, los niños arrastrando juguetes sucios. Ésa fue mi primera crisis existencial frente a mi madre que me observaba desde su cama sujetando una revista de moda entre las manos, sin comprender del todo esa artillería en despliegue, pero aprobando con la mirada. Ella llevaba el pelo

muy largo, recuerdo, como lo llevo yo ahora, y estaba muy delgada, las ojeras habían marcado su rostro y se reía menos que antes.

la risa ha sido siempre una forma de cura, de antídoto contra el conflicto, su aliento ligero, envolvente, me dejaba imaginar las situaciones más absurdas para reírme sin temor, liberada de todo mi peso existencial. Es con una amiga de la Escuela de Periodismo instalada entonces en París, con quien comparto esta libertad de la risa. A veces, en el pequeño apartamento que compartimos en la rue de Passy, frente a una ventana gris, sellada para que el frío se estrelle contra ella, me despertaba en medio de la madrugada para pedirme que imaginase a una serie de amigos en situaciones ridículas y descabelladas. Nos reíamos hasta dolernos las mandíbulas, quedar sin aire y correr a tomar un vaso de agua. Luego, empezábamos nuestros mensajes en código durante las clases de Ciencias Políticas, en la rue Guillaume, mis primeras frases en francés, un mundo nuevo que empezaba a desplegarse ante mis ojos, un descubrimiento. Éramos una especie de “chicas de guerrilla” o “bolcheviques”, como nos gustaba presentarnos, dispuestas a agredir, alzar la voz y protestar con quien se interpusiera en nuestro camino hacia la conquistada de la libertad que no teníamos. Para eso disponemos de una legión de ideas, pero la risa, como una manera de mantener una actitud independiente, funciona como un aislante frente al anonimato y el desarraigo. Recuerdo las respuestas violentas que ha recibido esta insurrección, el hecho de rasgar esmaltes, no respetar las divisiones sociales, me creaba muchas enemistades. Antes de viajar a París, había dado clases de francés en la Universidad Mayor de San Marcos a algunos estudiantes de literatura. Volaba en taxi luego de los almuerzos con un amigo escritor, después de conversar durante horas sobre literatura mientras mirábamos un sol amarillo hundirse en el mar. Una tarde unos estudiantes, supuestamente senderistas (marxistas-maoístas) se negaron a dejarme la sala libre para empezar mi clase. Cuando intenté convencerlos de que no podía hacerla si seguían riendo y conversando en el mismo lugar, me dijeron que nadie los movería de allí y que si deseaba me podía quejar a quien quisiera. Tuve que dar la clase soportando sus risas y sus bromas sobre cómo hablaba y cómo me vestía. Una vez en el patio, otro estudiante, en vestimenta *punk*, vino hacia mí. Me preguntó

cuál era mi nombre y enseguida, cuando contesté, me dijo que sabía que era de la oligarquía, que no tenía nada que hacer en esa universidad y que debía marcharme lo más pronto posible si no quería pasarla mal. Lo miré atravesada por la indignación, marcada con fuego por esa marca social que yo no quería asumir excluyéndome de su mundo. Siempre me han dolido esas exclusiones que provienen de gente de mi edad y que clasifican, paralizan, sí, lo despreciaba sin decir nada, regresando sobre mis pasos, observando si me seguía. Abandoné las clases utilizando esa anécdota como pretexto a mi falta de vocación, o miedo, no lo sé. La tensión social con la que he crecido ha sido tan brutal, tan dispuesta a insultar y humillar, con una intuición tan fina y cruel, que tal vez eso me haya preparado para defenderme.

en las mañanas glaciales de París, con el frío en los huesos y por dentro, soñando con esa luz que entraba rasante por la ventana, intuía, leía, una promesa de libertad, una salida de mi cuerpo de mujer, una historia distinta. Podía dolerme todo el cuerpo del frío y de no saber vestirme para él por falta de experiencia, con las orejas congeladas sobre el puente Bir Hakeim, contando los cuervos que se paraban sobre los cables de luz y sobre las ramas peladas de los árboles, y en mi corazón sonaban las campanas, una música nueva que me hacía danzar pese a mi desarraigo, como la voz de mi madre en la grabadora que llevaba en el bolsillo y que oía sobre ese mismo puente, al pie de la estatua de Juana de Arco, congelada. Sentía pasar cuerpos tibios cerca de mí, sentía su vibración, sus respiraciones heladas irrigando los pulmones y sus alientos en combustión para calentarse, las manos escondidas para protegerse del frío, sentía todos esos movimientos como una melodía en medio de París que como una fortaleza muda y fría, inclinaba su mole de cemento sobre mí. En el departamento corría a descolgar el teléfono y de nuevo la voz de mi madre.

Sin embargo estaba trazando la línea vital de mi libertad, poco a poco aprendería a recorrerla, como ese puente y pese al frío.

Pese al frío

Descubría entonces al hombre alto, moreno, muy hermoso, con una amable angustia sobre la frente bombeada que impregnaba su mirada de un agua oscura y brillante, de un nerviosismo constante en las manos de nudillos redondos que a veces se elevaban para pasar un dedo por una ceja espesa, negra, sobre unos ojos azules profundos. De noche dormimos sofocados por el calor y la confianza empieza a unirnos, convertida en un vínculo intenso, aun expuesto a la mirada inquisidora de los demás, ardiendo de deseo dentro de nuestros cuerpos inexpertos y jóvenes, chocando entre ellos sin atrevernos a otra cosa que dormir abrazados. Cuando despertaba en su habitación sin luz, se volvía a colgar de mis piernas, no me dejaba pararme haciéndome caer sobre la cama para asfixiarme de besos sobre los ojos, sobre el cuello y los senos, pero sentía en ese gesto la búsqueda de los movimientos de otra mujer, una herida causada por otra que no dejaría espacio para que algo nuevo creciera dentro de él. Me alejo. Ernes me deja la curiosidad de los libros (yo no lo leía, atada a mi desarraigo como un animal enfermo), sus secretos, esas voces que todavía no oía; sin saberlo, él me ayudó a ir en mi dirección. Nos encontraremos, años más tarde, en una ciudad desconocida para los dos: Santiago de Chile. Ese reencuentro sé que lo que he contado de otras formas, sin atreverme a describirlo directamente por desconfianza (nunca he confiado en mí, ni en lo que he vivido), ahora necesito decirlo, el tiempo ha hecho su trabajo, ha dejado que la experiencia brille sola, sin sombras. Nunca supe cómo adaptarme a la ansiedad de Ernes, cómo separarla de ese cuerpo lleno de nervio y de vanidad que transpiraba un malestar constante, un deseo silencioso, nadie lo había dejado desear, la vida burguesa había aplastado ese deseo, había arrasado con él. Esto parecía alterarlo y hundirlo en una melancolía afectada, casi falsa, sin decidirse a saber quién era. Sé que algunas noches, una que recuerdo muy bien en Montevideo, hacíamos planes para casarnos, soñando con una iglesia blanca y perdida, seducidos por el rito, convencidos de nuestro amor, vi los ojos azules de Ernes brillar de una forma casi sexual, desesperada, reprimida, miedosa de ese hambre voraz por la vida. Estaba sentado al borde del mar, medio

ebrio y destruido por esa fragilidad que latía en sus sienes, a lo mejor por esa idea del amor, esa belleza del sueño de la unión, sin soledad, que no dura mucho tiempo. Lo que permanece me produce pánico. Si abandonaba a estas personas era porque intuía que su búsqueda, metafísica, y sin respuesta, las lleva al desapego y a la indolencia, o a esas depresiones blancas, sin objeto y sin razón. Una mañana lo encontré sentado frente a una ventana del apartamento de su primo hermano que miraba el Río de la Plata, habían terminado una botella de whisky que estaba abandonada en el suelo y parecían zombis. Me acerqué enfurecida y le pregunté si me amaba. Ernes no contestó nada, su cabeza flotaba en medio de sus hombros puntiagudos, casi inerte. Alargó la mano para darme una palmada en las nalgas, entonces le di una cachetada que le hizo sangrar el labio inferior. No se sorprendió. Por eso, cuando un día decide marcharse de Lima y separarse, unas ojeras grises iluminaban sus grandes ojos de una luz profunda y desconocida: sabía que no era capaz de abandonar el primer estado de una relación, pasar a la madurez, con el tiempo, a la virtud. Comprendí que no podemos exigir a nadie que esté a la altura de la idea que se ha hecho o le han dado del amor. No podemos exigir nada, entonces un día lo acompaño al aeropuerto, le entrego su saco, su maletín de mano, me desgarró, sé que no soportaré su ausencia, reniego, detesto mi vida, mi vida en Lima, mi condición de hija, de mujer, de escritora, y le digo adiós. Toda herida sana y deja salir un canto: *Et via vix tandem voci laxata dolore est*, con gran pena el dolor deja por fin que salga la voz.

todos esos textos, esas frases que no nos atrevemos a escribir para que no duren, para que se borren, como una moralista, tenía que escribirlos un día, la promesa de un libro, imperfecto, inacabado, que ayude a vivir. Ha pasado mucho tiempo para eso, muchas tierras que me han mecido en mis sueños, hasta que de pronto miro y me encuentro con...

cuando era pequeña su padre le decía, jalándole de la oreja: *¡Deja de decir tonterías!* A diferencia de una de sus autoras favoritas, Ana Frank, no habían conocido guerras, ninguna muerte cercana, solo el presentimiento de que un día, sí sucedería. La inocencia estaba intacta,

las ganas de invención, apoyarse en la imagen de ese padre aventurero, encendida, como una vela en una larga noche.

sueño que vengo hasta ti Diego, que te digo: si tú eres el texto, yo puedo ser el referente, el símbolo. Recuerdo la vehemencia de ese deseo, mis protestas cuando me doy cuenta de que no puedes ayudarme, aferrado a mí como a un niño, sin lenguaje. Una tarde sé que ya no veré a Panceta, que se ha ido a vivir a Acapulco con una de sus tías, que estás solo, con tu madre. Me pediste que te llevara conmigo en mi próximo viaje a París, hablabas como ese niño y el silencio nos separaba, no sabía qué responder, tratando de ocupar ese instante con tu cuerpo, con tu sexo en obsidiana, verte crecer como una escultura delante de mí, estar ocupada en moverme con naturalidad, en perder la noción espacial de mi cuerpo y en cómo manejarlo, ser solo un cuerpo, un deseo de ser cuerpo, luego seguirte en esa calle del barrio de México con nombres de mujeres, Elena, Elisa, María, llenarme de esos nombres que imaginé como promesas de destinos fuertes al entrar en la tienda para comprar un juguete para la hija recién nacida de una amiga, y tú pasaste la mano por encima de la madera del Pinocho de madera, mientras la dueña nos iba regateando el precio, 200 pesos no eran nada para un juguete hecho a mano, pero, cuando levanté la mirada, tu rostro se había desfigurado en una mueca de disgusto, o de asco y miedo mezclados, y me implorabas salir de ese lugar con los ojos ardiendo, entonces, busqué la mole de cemento del metro de la Ciudad de México, el hocico hundido en el cielo, confundándose con los edificios, un local de Wings, un centro comercial donde anunciaban películas americanas, mientras tu mano flotaba cerca de la mía, reventando de energía y frustración, a punto de atraparla, sin atreverse, como si nos fuésemos a abrazar y caer derrumbados sobre nuestros sueños, como esas ruinas del pasado que nos obligan a visitar desde pequeños con los rostros incrédulos: ¿cómo salimos de ese pasado? Sabíamos que era una de las razones por las que nunca podríamos estar juntos.

te dejé parado en la acera, delgado y pálido, tomé un taxi y regresé a mi casa con la respiración contenida, maldiciendo el cielo bajo de México que amenazaba con una lluvia gris y tupida, por primera vez

me representaba la vida juntos sin valor simbólico, tal como debía ser, comparando las escenas de otras vidas con la nuestra, sumida en la imposibilidad de un idioma que nos juntase, de un idioma que al final nos instalara en un territorio. Siento mi cabeza, mi cuerpo, mis rodillas de formas redondas bajo el chorro de la ducha, al final tampoco dudo: no puedo seguir apoyada en Diego, no puedo nacer con él. Tampoco dudé cuando decido que no tendré el hijo con Ernes. La asistente social del barrio XVI miraba sorprendida, acusaba con los ojos, tratando inútilmente de convencerme de que tenía la posibilidad de mantener ese bebé y dar a luz: una casa, una familia rica, un marido, etcétera... Y yo, no, no, es demasiado pronto, no estoy preparada para ser madre, no quiero ser madre, sin que me oyese, tal vez, tú Ernes sí sabías que tampoco deseabas ese niño, tal vez tu madre, que me acompañó silenciosa en el metro hasta la estación donde se hallaba la clínica, juntando, de nervios, las manos cargadas de joyas sobre sus piernas, con su belleza clásica, de perfil cortado delicadamente, añorando ese nieto que nunca vería, mientras veía a la gente descender y subir del vagón, en medio de un chirrido de fierros y gritos de alegría de personas que se despedían y algún violín que atravesaba ese ruido y esas risas, y el frío, sobre todo el frío, primero al salir de la estación, luego, en el consultorio del médico que no me alcanzó ninguna bata, nada para cubrirme, haciéndome sentir realmente avergonzada. Sí, sentí vergüenza de mi juventud y de perder a ese niño por no tener tiempo de desearlo. Por eso, cuando vi ese Pinocho de madera y ese gesto rígido atravesándote el rostro, Diego, me di cuenta de que nosotros dos tampoco tendríamos un hijo, que era un grito a voces, y que saberlo te quitaba brío, golpeaba tu lado más vulnerable hasta atreverte a pedirme que te llevara a París. Podíamos tocar la perfección en nuestros sueños, pero en la realidad nos desmoronábamos, éramos la historia y la antihistoria, la verdad y la mentira de nuestra vida como pareja, como personas, su triunfo (por estar solos, sin ninguna protección) y su derrota completa. Creo que ése era nuestro vínculo.

a veces siento a mi madre tan libre respirar sobre esa historia, recostada sobre ese pasado que siempre está en obras, con piezas

dispersas, difícilmente reconocibles. La veo junto a mí, en la sala del baño donde las dos nos miramos en la superficie del espejo. De pronto surgen palabras, frases, como ¿sabes cómo era tu padre cuando recién nos casamos?, era otro hombre, feliz, organizado, con confianza en su vida y en los hijos... de pronto cae una lluvia gris sobre ellos y todo empequeñece, él deja de confiar y desaparece para siempre. Y sin embargo, más tarde, esa misma madre se detiene a mirar cómo crecen las plantas que riega cada mañana o cómo sale el sol en ese lugar siempre de verano, que por parecer el paraíso, podía señalar a otros un camino hacia el infierno.

lo presiento cuando veo las manos ajadas de nuestra empleada, cuando la siento partir escondiendo comida en el bolso, intuyo que esa realidad es estéril, sin frutos, sin color y sin tiempo verdadero, el sol negro. Cuando comprendo, decido luchar con todas mis fuerzas para no olvidarla y nombrarla de frente, sin miedo. Ese era nuestro abismo, Diego, y con otros hombres que han aparecido en mi vida, con Ernes y con RB, ellos nunca han entendido esa marca de origen tan consciente, de miedo y de vulnerabilidad, las ganas de hundirme con esa realidad si era necesario. Ningún afán estético ni profesional podrá apartarme de ese sentimiento de deuda. Cuando digo que voy a estudiar periodismo, pienso que esa es una forma concreta, luego comprendo que si no escribo, si no me prometo ese riesgo y esa aventura, mi vida no me interesa, no me parece ni bonita ni interesante, es mi salvoconducto para legitimar una opinión y evitar un balbuceo constante, incluso pienso que no creceré si no me atrevo a avanzar en esa dirección, seré una niña-vieja horrible. No pretendo alcanzar la verdad, pero sí ponerme a prueba, con limpieza. ¿Moralista?, no lo sé, creo que todo ser que se encuentra en una situación extrema, en la que tiene que decidir, se hace moralista. Incluso los momentos más felices, aquellos en los que nos paseábamos por los caminos secos, cubiertos de un polvo dorado, con algunos molles y sauces inclinándose sobre las veredas, con Sebastián, mi hermano, creo que esos instantes los he vivido considerando siempre mi parcela de deuda. Nos trepábamos hasta las partes más altas de nuestra casa para contemplar los incipientes retazos de tierra cultivada en medio de la aridez del valle, la

humedad y la suavidad del clima. Esa generosidad extrema de la tierra entregando frutos pese a la sequía, me parecía la imagen más clara de lo que serán nuestras vidas, espacios verdes impuestos a la aridez y a un paisaje indolente y rudo. Esos instantes están inscritos en mi memoria configurando un cuerpo sólido, son marcas que me gusta tocar de tiempo en tiempo. Desaparecido el primer acompañante, yo sabía que debía seguir con lo que había empezado, trazar una línea vital desde mi historia como mujer para unirme a los demás, al país que me había visto nacer y a aquellos países que me acogerían en el futuro.

una noche que recuerdo luminosa, en que Diego me ha invitado a cenar, siento ganas repentinas de perdernos en la noche, salimos a pasear, nos detenemos en un parque. Él se sentó y descubrió sus brazos dejando brillar una vellosidad suave, como un río, mientras sus ojos buscaron algo en el cielo, una estrella fugaz, o algo que hiciera de ese instante algo único, dejando una huella en la memoria, imagen que yo tendré siempre, como la primera evocación de Diego, sus brazos y los ojos en forma de amanda cargados de brillo lacrimal. Son algunos meses de acompañamiento silencioso, de exigencias que nunca reconocemos como nuestras, son tiempos que se unen y luego se separan, hasta lograr una continuidad rara, casi abstracta, una historia, ninguna historia realmente, sino esos encuentros casi siempre de noche, alguna vez de día, almorzamos y luego yo cojo mi bicicleta y regreso a mi casa con el corazón agitado.

en París ya había recorrido los espacios blancos de las distancias entre dos personas extranjeras, la ausencia de experiencia, los nexos inventados, hay que hacer nudos. En una de nuestras excursiones con mis hermanos a la sierra, en medio de una meseta rodeada de moles negras, en granito, de alguna manera presentí que elegiría el exilio, la partida, la vastedad de un territorio lejano, que no sería una sedentaria, que mis pasiones tendrían que trazar su ruta lejos de mi casa, lejos de la calma de la familia y la seguridad del idioma.

pienso también en la ventana de la rue Passy, en cómo fui llenándola de signos que alejaran mi miedo a morir socialmente. Primero el mito de la vida de la poeta rusa Marina Tsvietáieva. Aunque sabía que pertenecíamos a mundos diferentes, sentía que su exilio y su soledad

me tocaban interiormente y me hacían más fuerte, luego, el mito de mi madre que resiste a la soledad y nos cría casi sola, de quien tengo la voz en la grabadora que enciendo a veces para oírla sobre un puente, una calle, o un pasaje sombrío. La sensación del sueño, a esa edad es intenso, sueño mucho con ellos, los siento, los veo, los padezco como si fuesen yo.

esa soledad de París, esa reducción de la vida a su lado más fundamental e insignificante, me hacían estar constantemente resfriada, esperando la cura como una forma de salir del aislamiento, también la enfermedad estructura, facilita el mismo tiempo de la espera, del regreso. Desde ahí, las cosas han ido sucediendo, primero los libros y luego, es casi imposible dar marcha atrás aunque presintamos el abismo que representa el lenguaje, esa veta, ese hueco por el que se fuga toda identidad.

más tarde, mirarse en el espejo, tratar de reconocer los rasgos del pasado, acomodarse a otra realidad, empezar y empezar. No cuesta mucho crear día a día, nacer... como nazco a esta realidad de México, mientras camino por las calles tratando de descubrir qué hay en ese pasado que hace que también me desconozca, que viva siempre en errancia y en desarraigo, qué verdadero trabajo de memoria puedo hacer escribiendo, qué voy a entregar a los demás. Y sin embargo, agradezco esta intensidad, esta forma de sentir que me recorre..., esta pasión por la vida, por los otros y por mí.

Un día le dije a Diego que era escritora y me miró sorprendido, parado delante de mí en pose de bailarín espigado, o como un pajarito que se para sobre el agua, delicadamente, para beber. Diego siempre me ha inspirado ganas de protegerlo, de ir corriendo a donde esté cuando necesita ayuda... solo soy valiente en esa necesidad que otros pueden sentir de mi valentía, de mi apego a la vida.

Otro día Panceta me dice que su tío está muy mal, que vaya a verlo, no dudo unos instantes en hacerlo. Encontré a un hombre echado, un poco enfermo, frágil, medio dormido, entre la vigilia y el sueño. Un guerrero dormido, Cuauhtémoc...

resonancias del pasado, de una memoria colectiva, fibra que se activa en mí al punto que acepto todas sus debilidades, incluso que no me haya dicho que estaba mal. Panceta daba vueltas a su alrededor, parecía turbada, agitada por una aversión espontánea hacia ese tío medio alcohólico que se rendía, se echaba y pedía que lo cuidaran casi sin hablar. Decía estar contenta de haber pasado el día en la playa, clavada a la arena con sus primas, se quejaba de que le ardían la cara y los hombros. Sentí que en el fondo estaba orgullosa de haber controlado la situación, nadie se había dado cuenta de su pobreza, ni siquiera ella que la había disimulado tan bien, sin nombrarla, manteniendo una discreción firme. Dije que me quedaba con Diego, acaricié su frente, pero dormía abandonado a su sueño, con firmeza. De rato en rato, se volteaba y hacía como si no me reconociera, observándome por unos instantes sin pestañear. Me quedaba quieta, clavada a mi espacio, sin saber cómo penetrar esa mirada que no quería verme, ni compartir ese malestar que no tenía texto, completamente mudo. Me gustaba también que Diego no me pidiera nada, me gustaba ese abandono sin vergüenza a su sueño, a su malestar...

A veces pienso que sin caos a mi alrededor, podría escribir con más facilidad una narración, un texto continuo. Me lo prometo siempre sin cumplirlo, a lo mejor es mi cuota de autarquía. Nunca he tenido el goce del texto ni del estilo sino la neurosis de lo que no deseo completar ni hacer como se me ha enseñado, como mi padre me decía que debía ser, como mis profesores que me enseñaron a preparar el sitio para una mujer ausente. Mi padre solía aparecerse de sorpresa en la casa que ocupábamos con Ernes en el Pasaje Venecia, en San Isidro. Llegaba lleno de anécdotas que Ernes escuchaba silencioso, apagando un cigarrillo tras el otro en el escritorio de la casa. Como no teníamos ninguna habitación para huéspedes, mi abuela se instaló al poco tiempo con nosotros, mi padre dormía en un mueble de la sala, la cabeza un poco doblada, sin quejarse, y sin embargo, desconozco casi todo de ese hombre, cuáles son sus gestos al tomar una ducha, qué cuerpo tiene, cómo se sienta en el baño, casi todo. Sé que siempre ha sido muy cuidadoso con su apariencia, le fascinaba siempre la ropa cara, de buena

calidad, tenía las uñas impecables y los dientes muy blancos. Pero cuáles son sus temores, qué ha esperado de la vida o de los demás, si decidió tener hijos o fue un accidente, por qué se casó con mi madre, todo eso, lo ignoro. Siempre caía en la broma fácil, la risa suelta, para evitar comprometerse del todo con sus sentimientos, hablar de gente desconocida, de un primo o un amigo, pero nunca de su vida o de algo que realmente le importase. Entonces ese hombre siempre ha sido un misterio.

ese hombre...

viene los domingos, trae comida, juguetes, se queda a almorzar con nosotras, mi hermano Sebastián casi siempre está fuera porque su llegada le producía un malestar, incitándolo a huir. Y él llegaba y se le atendía ante el disgusto de mi madre que soportaba sus bromas tratando de mantenerse a distancia, mirándolo de reojo. Otras veces bailábamos porque llegada la tarde, para evitar hablar, poníamos música y entonces él bailaba, compartía, se transformaba en un personaje simpático y podía llegar a ser cariñoso. Aunque lo percibíamos como a un ser extraño. A su lado, mi madre también se volvía desconfiada y lanzaba críticas ácidas a su persona, ambos eran dos desconocidos, dos planetas que giraban en una órbita lejana, rozándose muy pocas veces antes de salir disparados en direcciones opuestas. De ese roce salíamos nosotros hacia el mundo. Muchas veces he tenido el sueño recurrente de que le exijo a mi madre una explicación que justifique esa relación, que me diga que me decidió, a mí, su hija. Esta relación con el poder afectivo de las palabras tiene que ver a lo mejor con una escena que me ha marcado desde muy pequeña. Durante las salidas con mi madre, solíamos detenernos en una tienda de sándwiches de cerdo que a ella y a mí nos encantaban y donde siempre había una niña jugando cerca de la vendedora, envuelta en vestidos de encaje, con incrustaciones de seda, y con el pelo atado en dos colas. Una tarde noté que la niña ya no estaba en su rincón y enseguida le pregunté a mi madre qué le había pasado, ella me contestó con una naturalidad que entonces me desarmó, que esa niña se había ahogado, la lengua se le había trabado y había dejado de respirar. Me quedé paralizada, imaginando cómo se tragaba la lengua, pero esta palabra “lengua” se asoció

inmediatamente en mi cabeza con la idea de tragarse literalmente “la lengua” (el idioma). Para mí, esa niña no sabía hablar, se había negado a hablar, y por eso había muerto atorándose con las palabras. Durante mucho tiempo esa escena ha venido a mi memoria cuando debía tragar alguna pastilla bajo las órdenes de mi madre que no sabía por qué vomitaba o me ponía azul de cólera, con miedo de tragarme “la lengua”, “mi lengua”, mi derecho a hablar. Si he responsabilizado inconscientemente a mi madre de no darse cuenta de mi miedo, de no comprender qué me pasaba (ella me decía, pasa, traga la pastilla, y me daba una palmada en la cabeza), también la he hecho responsable de haber perdido su confianza en el lenguaje, de dejar de “hablar bien” y entrar en una especie de locura socializada que la dejaba en los bordes de la vida, convencida de que esos límites, esa desconfianza que ella había adquirido en su vida de mujer sola en las palabras, son todavía el resultado de una educación que no enseña, que no revela, que no libera, sino que encierra, oculta, miente. Ella se había entregado a esa oscuridad buscando en el desorden de ideas y de lenguaje un refugio en la religión, un reemplazo a mi padre.

pocas veces siento este estado de sosiego al escribir, y creo que es ese tiempo de silencio que me permito antes de ponerme a la computadora, esa convicción de que si decido esperar con paciencia, cada imagen encontrará un significado, (sobre todo si logro sentirme bien estando sola, sin esa inquietud, ese miedo que siempre se agita por dentro), lograré un texto limpio, concreto, un texto vivo. No necesito mucho tiempo para que las cosas se muestren luminosas, el tiempo que me da un espacio solitario y cómodo, el tiempo de que todas esas sensaciones encuentren un ritmo propio, un orden, un significado nuevo. No solo simbólico y afectivo, sino que construyan un sentido, dar un sentido a todo el pasado, recuperarlo, hacer que se mueva.

en algún momento he pensado que una de las razones por las que Ernes se aleja es porque intuye la neurosis que significa el hecho de decidirse a escribir. Durante la publicación de mi primer libro, deambulaba desconfiado, la mirada agresiva, como si descubriese a otra mujer, aquella que entraba en contacto con escenas primitivas del pasado en las que él estaría ausente. Esto hacía que sintiese que estaba

prescindiendo de su compañía, al menos, él dijo que lo sentía así, y fue el argumento que lo decidió a partir. Por ejemplo, ¿qué podía entender él de la relación que surgía entre mi país y yo durante nuestros viajes al interior, a pueblos olvidados, regados de ruinas del pasado, qué podía saber de ese silencio que se me pegaba a los oídos, de esas cenizas de las que yo deseaba ver brotar fuego, luz, qué pudo haber sabido? Tal vez lo interpreto desde una situación de poder, con una ignorancia completa de lo qué realmente sentía, aunque esté segura de que solo inspiré desconfianza siendo la mujer que buscaba sus marcas y que no estaba dispuesta a retroceder. Gesto que también tiene una relación con ese querer ver más allá de lo evidente, impreso en ese reflejo infantil de caminar en un lugar a oscuras para vencer el miedo a morir, o apresurarse a coger un objeto sabiendo que lo vamos a dejar caer, confirmando lo que hemos deseado, un deseo reprimido de destrucción. Un día miraba con Ernes una sombra en lo alto de un nevado, en la ciudad de Huaraz. De pronto, quise saber qué sensación le producía ese paisaje, él dijo “sentirse bien”, y enseguida se volteó y siguió caminando, sentí que mentía, que quería sentirse bien, pero que había un abismo entre su vida en París y ese lugar, que le era casi imposible entregarse a esa contemplación como lo hacía yo, que no me estaba diciendo la verdad y se estaba preparando para partir, con los ojos hundidos de cansancio, en el avión que lo llevaría de regreso, dividido entre sus ganas de quedarse conmigo y su incapacidad de poder hacerlo.

en situaciones de peligro, no decido, actúo, yo siempre he pensado poco en las consecuencias de ciertas uniones, empujada por el miedo al desamparo y la falta de amor. En ese afán de desear escribir muchas veces solo he decidido a medias sobre las personas que se acercaban a mí, quién podía verme sin máscara. Salir al mundo para ser una mujer completa y no dividida, fragmentada por esas miradas exteriores.

Escuela de mujeres

Salir al mundo apoyada en modelos femeninos que escapen a la condena de la belleza es un primer desafío. De niña me gusta mirar cómo mi madre se maquilla en el espejo, contemplar su rostro alargado, sus labios finos, su nariz respingada, sentir su olor a mañana fresca, o ver a una de mis tías convertirse en una Venus latina, el sostén apretando los senos delicados, la piel delgada, brillante, la nariz en punta, recta y los labios un poco hinchados, en una mueca infantil... es en esos rostros que yo también me leo como una mujer hermosa, pero más allá de eso, esas mujeres me han dejado un gusto natural por la vida, un nacimiento sin lamento a esa historia a medias que no respeta tiempos internos, con una ansiedad enorme por madurar, crecer, ser adulta, mantenerse como una promesa, en una especie de estado narcisista primario. No poder ver su propia imagen sobre la que muchos hombres pasan rayando el reflejo, síntoma de división entre una imagen ideal y el cuerpo concreto, siempre denigrado. Cuando Diego se acerca a mí, acepta a esa mujer ansiosa y recibe toda mi queja con los brazos abiertos, entonces, nace una nueva, silenciosa, que espera salir un día al mundo con el rostro descubierto, sin la máscara. A veces, una de mis tías viene de visita a nuestra casa donde el sol entra por todas partes, en la sala esa luz dibuja retazos donde acomodamos nuestros cuerpos para calentarnos. Colocábamos una estera o una toalla de playa y ahí nos echábamos a conversar, bañadas en esa suave claridad, recuerdo que llegaba en moto, con su novio que la dejaba a la entrada, con un saco deportivo y zapatillas blancas. Es esa facilidad para relacionarse con el placer lo que me han dejado las mujeres de mi familia. Una especie de genealogía del deseo (seguir su deseo, creo que lo más importante ha

sido eso, sí), que sabían usar como antídoto a la falta de visibilidad, al repliegue social al que estaban siempre confinadas, son cuerpos entregados al más mínimo contacto con la naturaleza, un acercamiento casi alienado, completo.

por mucho tiempo esa imagen, esa escuela de mujeres fuertes, me ha servido como estructura, como argumento para afrontar la hostilidad y la desconfianza del mundo masculino. En las noches de baile, en el encuentro con un amante, yo siento la mirada de ellas acompañándome...

entonces, cualquier hecho que no se me revelase trascendental sino banal y arbitrario, terminaba entregándome su gesto más humilde: existir sin mayores explicaciones, entregarse a la vida sin resistencias. Pensaba, como todas las chicas de mi edad, que lo más importante estaba por venir, la entrada a la universidad, los enamorados, los viajes, el olor dulce de la libertad de hablar y ser escuchada.

En la playa de Acapulco miro a Panceta recoger conchitas que va colocando en una bolsa con la idea de mostrárselas a sus primas francesas, sus sandalias están medio torcidas, y al caminar arquea los talones, sacudiendo la estrella de mar en plástico, un poco gastada, que las adornan, el bikini deja algunos rollitos de grasa al descubierto y el pelo lo lleva atado en una cola que sujeta con una hebilla plateada con incrustaciones brillantes. Las conchitas las deja sobre un montículo de arena, luego, se aleja y se sumerge en el mar. Cuando sale, sujeta el extremo del calzón de su bikini, se sienta a conversar con sus primas, les pregunta de qué marca es su ropa de baño y cómo son las tiendas en París. ¿Se parecen a las que hay en México, las Plazas, entiendes? Sophie no sabe qué quiere decir Plazas (*shopping centers?*), entonces Panceta le explica orgullosa que es una aglomeración de tiendas en un boulevard, hay palmeras, muchos autos, si quieres te llevo a ver uno, y se limpia la arena de los pies. El calor es sofocante y el sol pega de lleno en los ojos, en la cabeza, y de nuevo, en los ojos, obligándola a poner la mano en forma horizontal como si fuese a descubrir un velero en el fondo del mar. Sophie, su prima, lleva un gorro de tela, su madre la ha cubierto de crema para protegerla de una insolación, le da una botella de agua que ella bebe por intermitencias, mientras Panceta saca una bolsa de papas fritas y una Fanta para ofrecerlas a su prima que no acepta y se pone a mirar de nuevo el mar... A lo lejos algunos motores de embarcaciones que llegaban a la bahía producían un ruido sordo, casi continuo, que luego parece sumergirse en la profundidad del océano, sin respetar ningún silencio y luego, un olor a gasolina saturaba el aire. Panceta entonces hacía un pequeño mohín con la boca, como si ese olor intenso que raspaba la garganta, esa espera dentro de un presente desorganizado, significase un destino, condenado a ser igual de efímero que esa lancha que atravesaba con su ruido monótono anunciando su deterioro, pero sonrío y aspira el perfume de Sophie y de Quentin, el hermano, el brillo de sus pieles, la suavidad de sus gestos prometiéndose que ella también tendría una vida como la suya, prometiéndose por dentro, en silencio.

Muchas veces, Panceta come en casa de Diego, que prepara dietas y almuerzos balanceados, tratando de resistir a una alimentación

impuesta desde afuera, desde el hambre y el apuro por subsistir. Diego me dice que cuando era más pequeña la mecía entre sus brazos para que se durmiese, mientras evocaba a esa hermana que había partido para los Estados Unidos, abandonando a su hija. No puedo evitar rendirme ante ese contraste entre su cuerpo seco de hombre y el cuerpo blando y pequeño de una niña, ante esa combinación entre la fuerza y la fragilidad. Ganas de llenarlo de besos como si se hubiese ocupado de mí, identificada con Panceta, escuchando su voz y la canción que le tarareaba para que se durmiese. Me seduce y me perturba a tal punto esa escena, que recojo mi bolso y le digo que volveré más tarde.

tengo en la cabeza la imagen de un hombre bailando solo sobre una pista, entregado a ese goce solitario, a ese deseo, con la misma fuerza con que Diego le canta a Panceta.

una tarde, Diego me pide que lo acompañe a Cuernavaca. Yo había estado ahí, empujada por la lectura de *Bajo el volcán*, que veía en escenas proyectadas en las calles de lo que *había sido un pueblo de cuarenta iglesias*, y que ahora era una ciudad de un millón de habitantes. Nos alojamos en un hotel colonial de la calle Netzahualcóyolt recorrida por jacarandas de flores lilas donde veo a Diego avanzar con el rostro grave, la piel estirada sobre los pómulos, con una expresión de concentración prolongada. Había soñado con los jardines del hotel Mañanitas, muy distinto de como lo imaginaba, un gran rancho convertido en hotel, ahora un edificio moderno en el casco colonial, visiblemente restaurado. Al día siguiente, Diego se fue a dictar clases a un instituto superior y me quedé dando vueltas por la ciudad, fui al Palacio de Cortés, sin encontrar nada que me recordase cómo había sido su vida allí, y luego quise visitar la casa del cónsul Robert Brady, convertida en una fundación, ubicada a unos pasos del hotel: compré un boleto y entré. Un jardín muy grande rodeaba una piscina decorada con azulejos, donde empezaba una escalera alta, en granito, que llevaba a las piezas del interior: una sala espléndidamente decorada con cerámicas mexicas, máscaras sobre los muros, tapices persas que se confundían con alfombras de Oaxaca, de colores muy fuertes, otras máscaras africanas y conchas marinas de distintos colores y formas; todas acomodadas con la intención de que el visitante no se perdiese

ningún detalle. Luego, se llegaba a la habitación, una cama de una sola plaza resaltaba en medio de baúles y cuadros de la escuela cuzqueña, confundidos con algunos cuadros modernos, de amigos del cónsul, Tamara de Lempicka, enterrada en Cuernavaca, Frida Kahlo, Siqueiros y Diego Ribera. Me acerqué hasta la cama para tocarla aunque sentía cierta aprensión por el olor seco de los objetos, la aspereza del aire y la atmósfera grave, como un canto de iglesia que reducía todo intento de acercamiento a un gesto forzado y sin presencia. La muerte seguía ocupando el lugar. Me incliné cuando sentí un brazo rodeándome por la cintura:

—oiga señorita, eso no se toca... —di un salto hacia atrás. Era Diego que se había puesto unos bigotes postizos y me sonreía mostrando su dentadura blanca y regular.

—¡me has asustado!

—vaya, pensé que te había dicho que te encontraba aquí, estoy agotado de la clase —y empezó a mirar distraídamente los objetos sin hacer comentarios, como ocupando su mente en otra cosa. Dudé unos instantes en decirle lo que sentía al estar ahí, y nos dirigimos hacia la cocina que era inmensa y saturada de colores vivos, de la misma forma que las otras piezas, con ese grano de aire cargado de olor a pasado. Diego se mantenía cerca, detrás de mí, y cada vez que yo me inclinaba, me palmeaba los muslos y hacía como si me fuese a hacer el amor en ese lugar siniestro. ¿Y si lo hacemos en la camita del cónsul? No, dije tajantemente, y salí corriendo hacia el jardín donde dos chicos jóvenes conversaban entusiasmados. Se volvieron a mirarme sorprendidos, creyendo que anunciaría algún problema. No podía decirle a Diego lo que pasaba. Un texto, hasta entonces invisible, se inscribía a toda velocidad: él nunca ha pensado en atravesar la frontera que nos separaba, ha estado “dejándome creer” en nuestro vínculo, y lo detesto por eso, por aceptar esa separación sin rebelarse, por renunciar al mito de una vida juntos y dejarme sola. Diego era una persona solar que vivía su presente y no pensaba en el pasado ni en el futuro sino de forma abstracta, pero esa forma informal e inocente de existir tenía su lado cruel en conexión directa con una forma de indolencia que hacía cada vez más hiriente la imagen del hombre bailando solo. A lo mejor era la historia de todos los

rezagados y olvidados del mundo a quienes se les ha negado la posibilidad de un destino, empujándolos al borde de un precipicio por el que aprenden a caminar sin miedo a caer. Avanzar sobre la nada, día tras día, comida tras comida, viviendo al día, ganando su existencia milímetro a milímetro y con un sentimiento de deuda, la deuda del que se sabe no deseado, un accidente en medio de condiciones sociales inclementes. Yo leía en él los restos de ese pasado que no podía crear un presente donde recostarse, sus marcas, sus piedras aún calientes, y no sabía cómo decírselo. Callarse era una señal de cariño.

¿qué promesa, qué reencuentro prometía esa intuición? No lo sé, pero creo que en ese momento estuve segura de que los límites para comunicarnos eran también los límites de nuestra relación, una forma de fuga de ese pasado para no sentirnos siempre responsables de no haber tenido ninguna cabida en la historia, olvidar que en la historia de México existía el paradigma de la traición (la Malinche), haciendo de todas las mujeres mestizas unas traidoras en potencia, olvidar la derrota del Inca Atahualpa, dejar de soñar con ese poderío y ese mito como protección, aceptar la violencia de nuestra historia, que nos señalaba siempre un presente no organizado, aceptar y avanzar.

durante los años de estudio, esas imágenes del pasado me pesan, son lentas, como todo a nuestro alrededor. Los regresos del colegio al final del día, muertos de hambre, la mochila lanzada sobre el sillón de la sala para tratar de aligerarse, se oye el zumbido de un televisor encendido, imagen de vacío, de repetición, de ausencia de futuro. Los comerciales son de superficie plana, sin relieve, con un mínimo de lenguaje, hay una austeridad visible, sin celebración, no veo las horas de que se terminen esos años de aburrimiento.

Mi madre está muy mal, me dijo Diego manteniendo ese aire distraído de niño que va a hacer una travesura, ¿por qué no se responsabilizaba de una maldita vez de sus actos?

¿y qué vas a hacer?

no sé, cuesta un chingo y su seguro no la cubre. Yo sabía perfectamente lo que era una operación del corazón, mi madre lo había hecho

valientemente a los treinta y cinco años, desde entonces siempre tenía algunos problemas leves, pero llevaba una vida activa y no parecía una mujer operada. Tengo muy clara la imagen del día que la ingresan al hospital, las esperas en la sala de recuperación, la mirada fija en el marcapasos, rogando que el monitor no hiciera el ruido sordo de un corazón detenido. Me quedo a dormir todas las noches en el hospital y cuando veo algo raro, la línea blanca que se prolonga por mucho rato, corro a llamar a las enfermeras. La cicatriz de mi madre quedó bajo el pecho, ese pecho partido en dos para sacar el corazón y volver a colocarlo en su sitio. Había tolerado mirarla aún con el tubo de oxígeno en la nariz que le daba un aire de insecto, los labios resacos, los ojos turbios y blandos, el pelo desgajado, como caído sobre sus hombros, el semblante sólido y amarillo... la miré mientras el médico le acercaba un espejo y le iba dando indicaciones de cómo lavarse la herida para no arrancar los puntos. Trataba de no fijarme directamente en la herida, y si lo hacía, concentraba mi mente en otra cosa, no quería que ella me viese pestañear ni que sintiese el miedo que me invadía por dentro. Pasé casi un mes en estado de apnea, sumergida en aguas densas, cargadas de significados nuevos. Si le hubiese sucedido algo yo no habría sabido cómo hacer frente a la responsabilidad de mis hermanos. Diego no vivía las cosas de la misma manera, tal vez pensaba en Panceta y en cómo haría para mantenerla si se quedaba a cargo de ella.

Salimos a la calle y la tarde había caído sobre las montañas, el Popocatépetl estaba bañado de la bruma que debía de haber aumentando con la contaminación y el crecimiento de la ciudad, pero ambos intuíamos su presencia a lo lejos, sin nombrarla, convertido en un guardián de nuestro presente.

esa naturaleza es una presencia orgánica que cumple la función de recomponer el pasado y vivir el presente sin sentir tanto miedo, es como una estrategia que se sirve de ese paisaje mineral, inmenso y mudo. Como el recuerdo de los días de playa en Lima y la forma como empezaron a llenar el vacío que dejó la partida de nuestro padre, la vulnerabilidad de mi madre y nuestra repentina inestabilidad social. Oscilábamos entonces entre la clase media y la clase baja, entre un

ligero brillo burgués y un desmoronamiento inevitable, entre la tragedia y la farsa.

en verano un tiempo solar continuo permitía entregarse a los baños de mar con un abandono casi total, una completa irresponsabilidad con el cuerpo, una libertad sin nombre. De esa relación espacial con el desierto y el mar, surge también una noción de tiempo prolongado, como si esos días hubiesen durado meses y no los pocos días que podíamos disfrutar del mar. Para ir a la playa tomábamos varios buses, cargando canastas repletas de sándwiches y huevos duros (recuerdo la forma delicada en que mi madre se llevaba el huevo duro a la boca, masticando lentamente y sin ruido), frutas, sombreros, cremas protectoras. Pasábamos el día entero felices de estar bajo el sol, con la arena pegada entre los dedos, los olores a helados de fruta y bronceadores, con la piel tostada hasta enrojecer, lleno de franjas escarlatas, partiendo agotados, medio dormidos, en el bus de regreso, casi de noche y con los hombros hirviendo, los labios cuarteados y muertos de sed.

con el tiempo es el principio de realidad el que se impone, el placer se hace más raro, casi inalcanzable, es como un mordisco, como si nos hubiesen mordido una parte de carne, y de alma, y tal vez eso me unía a Diego, esa vulnerabilidad hablante, aunque siempre escondida, disimulada sin complejos y sin verdadero lenguaje. Algunas veces me ha dado pánico avanzar hacia allí con lucidez, miedo y, al mismo tiempo, una curiosidad sin límites, como esa tentación de entrar en lugares oscuros pese a la ansiedad, pero ¿por qué siempre en México sentía que estaba profanando algo cuando trataba de forzar una situación o de implicarme en ella? Mucha gente mantenía ese silencio grave de quien ha vivido la humillación, la dignidad de haber renunciado y haberse sobrepuesto, y yo, demasiado curiosa, los ofendía, invadía. Recuerdo haberme encontrado en medio de una plaza de Oaxaca contemplando sin moverme, unos bailes populares, sin atreverme a participar porque las parejas que se abandonaban al juego parecían muy celosas de su privacidad y no me atrevía a profanarla como había hecho otras veces invadiendo el silencio de una iglesia en plena ceremonia, o en algún ritual del día de los muertos, en que yo quería saber, a toda prisa, cómo y por qué celebraban la muerte. De pronto, algo se me revelaba, algo

nuevo, una forma distinta, mágica y milenaria de ver el mundo, que me podía acercar al Perú, a la altura solitaria de esas punas secas, regadas de algunos cactus indoblegables al frío glacial de esas alturas. En esos espacios y en medio de esa pobreza, no se puede mentir. Solo se puede decir la verdad. A veces pienso que ese tono proverbial de algunos de mis textos se debe a una necesidad de organizar en un lenguaje coherente lo inaceptable, con un sentido de síntesis, de orden. Encontrarse en el nudo de ese encuentro violento entre pasado y presente, un presente que no crece, que no está firmemente diseñado, que se puede caer...

luego, Diego me dijo: regresemos al Distrito Federal. Conduje el pequeño Renault Clio que había comprado en remate, deslizándonos por la cadenciosa ruta de la Sierra Madre, contemplando a un campesino que avanzaba con pasos cortos y pesados, mientras nos deteníamos a comprarle un carrito de madera que nos vendió con ilusión; su madre nos dio el alcance para bendecirnos por habérselo comprado y poder comer ese día. A veces pienso que escribir es también una forma de encontrarle una justificación a la escandalosa humillación de la pobreza, luego de descubrir qué significa ser además una mujer.

de pronto, en el instante en que esa vulnerabilidad me invade, tomo la mano de Diego, la aprieto, trato de extraer toda la fuerza de ella, me aferro a su perfil agudo, a sus ojos negros y jalados, estetizo y sueño con tener un aliado, un hermano. México me basta, puedo prescindir del mundo entero.

suenan el celular de Diego, su madre se ha puesto muy mal, Panceta llora al teléfono.

cuando llegamos, algunas amigas de Vera la estaban acompañando, ella estaba acostada sobre su cama, los brazos extendidos a ambos lados, las manos largas apuntando al suelo. Se veía muy pálida y con las mejillas ennegrecidas por la fatiga, de donde brotaba una fuerza de tonos salvajes. Diego corrió a cogerle una mano, le preguntó cómo estaba, disimulando su ansiedad, volviendo el rostro hacia un lado, escondiendo la mirada. Panceta se acercó a decirle que el médico había hablado de una complicación de la válvula, a lo mejor también tenía hepatitis, que era muy contagiosa, mientras Diego se mantenía colgado

del brazo de su madre, como de una nave enloquecida que ya no sabía adónde ir, balanceando la cabeza de un lado al otro, la trasladarían al hospital, volaba en fiebre.

Mi impresión de Vera es muy distinta de esa mujer vulnerable postrada sobre la cama, primero como aquella madre invasora que nos siguió caminando muy cerca para expulsarme del lado de su hijo, esa tarde en que me acompañó a tomar mi taxi; después, la mujer que se mantuvo sentada, balanceando los pies, una noche en casa de Diego, mientras me daba consejos para el colon irritable. La recordaba también caminando de prisa, vestida con un pantalón blanco y unas zapatillas, cojeaba un poco por lo que su andar era irregular, haciendo que su cabello, cortado en casco, le cayese sobre el rostro y marcase sus pómulos altos y morenos. Su cabello era muy negro, distinto del de Diego, que era más claro, y sus ojos, de un negro también intenso, casi brillante, su piel tenía las marcas de la edad, pero su cuerpo era robusto, sólido, de una materia que parecía incorruptible. Cuando salimos del hospital, Diego se pegaba a la ventanilla, miraba al exterior buscando algo con la mirada, como un adolescente aburrido que asume la desaparición repentina de su madre, obligado a verse como un ser solitario, que, con los años, haría de esa soledad una forma de protección. Nunca hice más las razones por las cuales él evitaba proyectarse en el futuro, mientras su conciencia parecía intacta, detenida en alguna parte de la adolescencia, bajo la presencia omnisciente de su madre, a la que ahora miraba por la ventana con aire ausente, a lo mejor odiando la idea de que esa desaparición le quite autonomía. Me dolió saber que yo no contaba para darle protección, era como si desde nuestros templos silenciosos, solo pudiésemos contemplar las ruinas de nuestras vidas en silencio. Solo el silencio, sin exigencias ni modelos sociales de pareja.

comprendo la primera vez que lo veo, en la biblioteca de La Condesa, su cuerpo extenso, de omóplatos amplios y delgados, la columna colgada de un hilo invisible, el perfil suave, de formas sombreadas cayendo en cascada. Recuerdo ese cuerpo con precisión, la ligereza de su talle, el cuello largo inclinándose hacia una tierra desconocida. Y sin embargo, no, nunca se lo diré, no hablaré de esa

imagen suya, no inventaré el mito, por primera vez, en una lenta preparación a la renuncia del propio deseo. Cuando conocí a Vera, la quise por su historia, lograr separarse de un hombre que los maltrataba a ella y a su hijo, huir con casi nada al D.F. para trabajar de enfermera y pagar los estudios de Diego, viajar más tarde a Estados Unidos, y después proteger a Panceta. Había imaginado su vida, igual que imaginé a mi abuela sentada en la oficina de ese hombre que prometerá ayudarla a entrar en la universidad; cómo entra, acomoda su pequeño cuerpo sobre una silla, mirando los objetos que la rodean con sus grandes ojos sombreados, siguiendo los movimientos delicados de este hombre que le pregunta cuántos estudios ha hecho y de qué, a ella, que apenas ha terminado la escuela primaria, pero convencida de que va a decir que está dispuesta a todo, que confíe en ella, mientras el hombre, con expresión entre compasiva y turbada, decide no hacerle más preguntas y confiarle el trabajo de secretaria en el departamento de admisión. Después mi abuela siempre me recordaba esa escena, decía que aquel hombre había llegado a ser presidente, decía “el doctor tal”, asombrándome por esa manera tan sumisa al hablar. Imaginaba también a Vera llegar al Distrito Federal, alquilar una habitación donde vivir con su hijo, las mañanas frescas con olor al jabón con que lavaba los pañales, el cielo azul, la mirada negra, cargada de orgullo, pensando que podrá seguir toda la vida sola, sin necesidad de un hombre. Podía imaginar esas dos situaciones con una precisión casi cinematográfica y esas dos historias me oprimían el pecho. Mi madre también había conocido la soledad, la cama vacía, la sensación de no importarle a nadie, hasta que nosotros, sus hijos, íbamos hasta allí para cubrirla de besos.

decidí que esa noche me iría a mi casa. Sentía la necesidad de soledad de Diego, su impaciencia y su angustia. Cuando por fin me fui, me dijo como un niño apurado, te quiero mucho, no te olvides.

no podía olvidar sus frases. Sabía que sí me quería, pero esas frases, como los cigarrillos abandonados sin darse cuenta cada vez que nos despedíamos, significaban también una forma de desapego, una puerta siempre abierta.

La ciudad de México tiene veintitrés millones de habitantes que viven en una llanura atravesada por extensas autopistas, líneas de metro, amplias avenidas sombreadas de árboles, como la avenida Reforma, y calles pequeñas, altas, enredadas, entramados viales, autopistas aéreas, puentes y barrios coloniales como Coyoacán o San Ángel. Arriba, la sombra del volcán Popocatepetl tiembla detrás de un mar blanco y domina ese tejido continuo de ruido de bocinas y motores que se percibe como un murmullo constante, pegado a los pasos de la gente del distrito. Su presencia hace crecer ese paisaje hasta hacerlo inmenso, ahogando todos los ruidos y dando descanso a esas miradas hartas de desarraigo, apuradas por entrar en la vida, ansiosas de existencia y fantasía; una atmósfera ligera, y al mismo tiempo de aliento denso, como si ese espesor y ese sol, brillante y alto, hubiese dejado en estado bruto una cierta indolencia, una cierta insensibilidad, una entrega a la muerte.

sin México, no hay entrada a los espacios despoblados de mi propia historia, desligada de un país, de un territorio, sin lograr reconocirme. México se convertía en el Perú, pero desde México, como desde Francia, la distancia ofrecía otros contrastes que permitían mirarse sin *pathos*, sin drama. Por ejemplo, dejarse aturdir por el sol que golpea sobre la cabeza, mientras contemplo las macetas con geranios de mi madre, con una sensación hipnótica de la realidad, sosegada y muda. Podía ver la limpieza de esos gestos, circular libremente entre la gente, sin miedo a perderme. Este territorio es nuevo y quiero recorrerlo. Inventarme otro rostro de mujer. Diego es un mapa que se descifra sin impaciencia, perdiéndose en la ruta, porque estoy segura, no me pregunten por qué, que, al final, llegaré hasta mi centro.

A veces, intuyendo que seré capaz de sobreponerme a mi época, al miedo que nos gobierna cuando perdemos referentes, salgo a caminar durante horas, recorro calles, plazas, me siento, pienso en Diego, vuelvo a empezar. Espero...

en medio de esa plaza en Oaxaca, donde bailaba el grupo de jóvenes, en plena fiesta de los muertos, siento que algo me recorre la espalda, un hilo de oro, danzando entre la vida y la muerte. Entonces,

cuando Diego miraba por la ventanilla del auto, qué miraba, ¿nuestra separación? No lo sé y no quise preguntárselo, como no deseé preguntarle a mi abuelo si sentía temor cuando le dijeron que solo le quedaban unos días de vida. Mi abuelo era un hombre muy culto, desde joven adoró los libros y los eligió como antídoto contra el tedio. De estudiante de derecho en la ciudad de Arequipa, hizo todo lo posible por conocer al poeta Augusto Mostajo, fascinado con su poesía y dispuesto a todo para llegar a él. En ese momento Mostajo era rector de la Universidad San Agustín, en Arequipa, donde mi abuelo estudiaba derecho. Se hicieron amigos y luego, un día, Mostajo lo invitó a comer a su casa. Estaba casado con una mujer de origen español, él era más bien un mestizo, y tenía una hija, mi abuela, de la que mi abuelo se enamoró inmediatamente. Un día, en un café de Madrid, Mario Vargas Llosa me cuenta con la mirada brillante: ¿Sabías que Mostajo se escapaba de la prisión disfrazado de mujer para ir a leer a la biblioteca? Lo ignoraba, desconozco casi toda la historia de mi familia... hay huecos enormes, ¿sabe?... Esa noche en que mi abuelo materno debía morir, lo había visitado en la tarde. La clínica está en la avenida Javier Prado y yo había llegado hasta ahí en una *combi* que rebotaba alocada sobre el pavimento (sin lograr sacarme de una especie de estupor en que me había sumido la idea de la desaparición de mi abuelo, la muerte y la vejez, como la pobreza, como la soledad, me parecían escandalosas), frenaba violentamente sin tener en cuenta el maltrato que imponía a sus pasajeros: bajé y entré en la clínica. Corrí, apurada en apretar la mano de mi abuelo antes de que sucediera lo peor, decirle que no tuviese miedo, que yo estaba ahí, que no me iba a ir, pero lo encontré dormido, con todos los tubos atravesando su delgado cuerpo como si fuese una especie de cuerpo inerte, ya no vivo. Su cabeza parecía haberse reducido y sus manos estaban muy pálidas, temblaban mientras yo me acerqué a tocarlas, temiendo engancharme con el tubo del suero, mientras mi abuelo, Dante, abrió un poco un ojo que se volvió a cerrar pesadamente como el ojo de un animal milenario y cansado, mientras mi mano siguió pegada a la suya, huecucha, fría, ya inerte. No sé por qué esperé que me dijese algo importante, algún secreto sobre mi madre o algo sobre sí mismo que solo yo sabría, pero no dijo nada y se quedó dormido y ya no sé si dije las frases que

había ensayado en el camino como una letanía: abuelo, *no estás solo, no lo estás, estás conmigo*, antes de abandonar la clínica. A la mañana siguiente mi abuela me dijo que no había llegado al otro día. ¿Por qué tenía esa cercanía con mi abuelo? Quizás porque los viajes a la sierra, donde él había decidido comprar una hacienda, coinciden con la separación de nuestros padres y se convierte en un espacio de reconciliación, en una “escena espiritual” donde podemos reposar sin ser señalados como hijos sin padre. Cuando mi madre necesitaba hacer algunos trámites, así decía ella: “trámites”, mi abuelo quedaba a cargo de nosotros y yo me convertía en la acompañante preferida del abuelo. Lo seguía hasta su despacho de juez de paz, donde atendía a personas generalmente quechuahablantes, me sentaba en una silla de madera que él me acomodaba en un extremo de la sala, y escuchaba las declaraciones de los visitantes mientras una expresión grave le atravesaba el rostro, como una ráfaga, enrojecía, levantaba una ceja, empujaba el ala del sombrero para secarse la frente. Esa mano larga, con el anillo en el dedo anular, y ese rostro de poeta, el bigote fino, los labios muy delgados y húmedos, el talle muy alto, y los pies grandes. Luego, colgada de su mano, lo acompañaba al bar de la calle principal donde la gente recibía como a una estrella de cine a ese hombre agachado sobre el escaparate que pide un pisco y lo bebe de un solo trago inclinando el cuerpo hacia atrás. Adoraba los olores de alquitrán y pan fresco que flotaban en medio de una atmósfera casi licuada por el aire seco, que se hacían más intensos cuando se mezclaban con el aserrín regado, que pateaba, haciéndolo volar, entre la lentitud y el bienestar. Por la noche lo oía roncar, noches de insomnio en que mi madre se había ido de nuevo a Lima para buscar “la pensión”, me calmaba saberlo cerca, descubrir su cuerpo largo cubierto con la frazada. En algunas fechas en que mi madre se quedaba más tiempo de lo normal, yo me angustiaba aterrorizada con la idea del abandono, y pasaba noches enteras llorando bajo la lluvia. Agotada, me tendía al pie de la cama de mi abuelo a oírlo roncar o hacer un ruido con la garganta que llegaba nítido hasta mi cabeza adolorida de cansancio, ruido que yo también hago cuando estoy ansiosa. Mi abuelo mantenía la hacienda, pero mi abuela no quería moverse de Lima, así que se quedaba solo por largas temporadas allí. Fuera de las vacaciones nos llegaban a

Lima encomiendas con carne, quesos y mantequilla de la hacienda, y a veces Dante llegaba a visitar a su María, organizaba serenatas, nos sentíamos felices de que nos dejasen trasnochar con los más grandes, incluso quedarnos a dormir en casa de nuestros abuelos, con la música andina sonando toda la noche. María detestaba esa “música de salvajes” y le pedía que por favor la tocasen bajo para que no la oyesen los vecinos, aunque en el fondo la seducía, seducía su identidad de pequeño-burguesa que visitaba su país como una recién llegada, con las resonancias mitológicas de una época colonial, como una beata católica que, por tradición y por falta de dudas, no lograba aceptar que no tolera a los judíos. Adivino que las ideas modernas y liberales del padre de mi abuela, igual que su anticlericalismo, deslumbraron a mi abuelo que vio en él un estímulo a sus dudas de joven estudiante de derecho. Más tarde se convirtieron en largos silencios, una resistencia indoblegable a la vida prosaica de la familia, a sus ritos, a sus vicios y a su embrutecimiento. Mi abuelo podía quedarse con una mirada perpleja y fija, aislada como un átomo flotante, que entonces yo no lograba descifrar. Cuando busco en Internet qué dicen de mi bisabuelo poeta y lejano, encuentro algunas páginas solemnes, referencias a sus libros de cuentos, poesía y ensayos, pero ningún fragmento, y me pregunto si debo saber sobre mi pasado, si debo recorrerlo o abandonarlo como está, en el silencio...

un escepticismo que siempre me ha dominado y que viene también de ese estado flotante de ignorar, de no querer saber más de lo que he oído a medias de boca de mi madre y de mi abuelo, de ese desconocimiento de una historia familiar para poder construir otra historia en el presente. Mi presente siempre ha estado marcado por el evento inmediato, por una situación que me ha empujado a actuar sin pensar mucho en si entraba en un laberinto, ¿cuántos más antes de llegar a casa? No sé.

Hay un aislante en todo esto, una ruptura en el hilo de la comunicación, una distancia cuando trato de hablar con mi madre, que se parece a aquella que se instala entre Diego y yo, entre cualquier persona de mi familia y yo. Es como un lenguaje enloquecido, al margen de la vida, de la experiencia, de la persona. En una fecha que no recuerdo,

fui a pasear con mis tías, mi madre y mis sobrinos a un lugar en la campiña de Lima. No había sol, pero la idea de estar en un jardín, juntas bajo el sol, nos ilusionaba, además, yo partiría de nuevo en pocos días. Sentadas bajo una sombrilla que no nos protegía apenas de un sol pálido, empezamos a hablar de personas de la familia, mi madre decía que no habían sabido “hacer dinero”, se helaban ante su mirada amarga, sin afecto. Yo replicaba “es buena persona”, y mi madre respondía “no tiene dinero”, haciendo de esa plusvalía un paisaje monumental, una prisión y un infierno. No podía perdonarle que su lenguaje no dejase expresar otra cosa, que se hubiese hecho tan técnico y tan poco poético. Había gente bailando en la terraza, en grupos; como pelotones humanos grises, se acercaban y luego se alejaban como en un rito ceremonial e inconsciente, como un matrimonio, pero yo miraba esa escena con indiferencia. Me parecía justo la imagen de lo que decía mi madre, incluso se me hacía vulgar, obvia, un poco grotesca, un poco histérica.

De regreso estuvimos silenciosas, yo percibía el malestar de mi madre, que parecía haber descifrado en mi silencio una protesta, una censura. Les propuse ir a tomar un té a un café de Miraflores, ellas aceptaron y nos sentamos en una terraza a contemplar el mar que se veía laminado, limpio, sin ninguna presencia, ni barcos ni bañistas. Nos mirábamos sin hablar, contemplando ese mar, abandonadas a esa distancia de las palabras, conscientes de que no nos conocíamos lo suficiente, y de que además yo partiría. Más tarde, mi tía anunció que se iba y mi sobrino dijo que tenía una cita con un amigo. Me ofrecí a acompañar a mi madre al paradero (aunque estaba contrariada y ausente), corría mucho viento y los cabellos se nos erizaban, enfriándose, antes de caer sobre los hombros. Mi madre detuvo un colectivo y vi su cuerpo encogerse mientras se deslizaba en el interior, hasta hacerse cada vez más invisible, aferrada de una barra de metal, cuando alguien la dejó sentarse y entonces me hizo un gesto con la mano, entre la humillación, el orgullo y la turbación. Sentí que se me cerraba el corazón cuando el colectivo se alejó con mi madre dentro sin haber hecho nada para evitarle ese fastidio de tomar el transporte público, imaginando cómo sacaría el espejo de su cartera para ver si seguía todavía peinada,

cerrando enseguida el bolso y juntando las manos sobre él, contemplar por la ventanilla el exterior y soñar que su vida todavía podía cambiar, que un día toda la realidad que la rodeaba sería más suave, menos pesada. Mi madre había cambiado con los años, no era la persona que yo recordaba en la niñez, independiente, llena de vida, fuerte, se estaba convirtiendo en una hija caprichosa, desencantada, a quien no sabía cómo proteger. La veo tan distinta de aquella con la cual íbamos al cine en las noches de verano, tomadas de la mano, caminando sobre los huecos de las veredas de cemento. Dentro de la sala se respiraba siempre un aire nuevo, de acontecimiento y de fiesta, yo veía llegar a las chicas de mi edad, de cabellos luminosos y sonrisas radiantes pegada al brazo de mi madre, mientras contemplaba los muros pintados de blanco y escuchábamos la música de Barry White. Una noche pasaban *Midnight Express* y las dos quedamos muy impactadas. Yo había sentido siempre una fuerte empatía con mi madre, una solidaridad inmediata con su situación de mujer sola, acabada de separar.

también esperaba de alguna forma la separación de cada hombre que encontraba. Si escuchaba alguna canción (*Creep* de Radiohead), inmediatamente imaginaba a Diego caminando por una plaza, mirando a otra mujer. Imaginaba la complicidad que se establecía con ella, y rozaba la locura de los celos, la obsesión de perderlo; la irracionalidad de la inestabilidad me invadía. Los árboles de flores naranjas, tipas, me había explicado él, dejaban caer una lluvia de pétalos ligeros, extendiendo un manto suave que cubría las aceras. Sentía que el fino hilo que nos unía bajo esa suave extensión de la naturaleza que nos acariciaba se podía quebrar dejándome sin texto, sin contenido.

miento, creo que me alejo de mi imagen, me miro en un espejo y descubro a una mujer que se gusta, se gusta así, en esa pérdida y ese engaño.

existir a través de la vida en movimiento, que permite seguir la mía como una estaca bien plantada en el suelo, apoyarse, coleccionando imágenes del pasado, bajo la mirada de un padre ausente que un día decide que viajemos solos a una ciudad tan alejada y solitaria como Puno, en pleno altiplano. Lo acompañé a visitar un proyecto de la construcción de una represa, llegamos de noche, por lo que mi padre

me propuso ir a comer directamente una pizza en un lugar del centro de la ciudad. La austeridad de ese mundo, su espontaneidad desposeída, sin objetos y limpia, lograban hacerme sentir bien. Luego fuimos a una peña y bailamos música de viento, zamponas y quenas, que un hombre tocaba como si acariciara el cuerpo de una mujer.

admirar la austeridad: el hecho de poder moverse en posesión de muy pocas cosas, lo esencial. La vida nómada de mi padre ha sido una luna blanca que impregnaba mis noches de su brillo, él y otros nombres que identificaba como indicadores de que se puede vivir con lo mínimo. Recuerdo a un amigo escritor que visitó la casa de Maurice Blanchot, en las afueras de París, poco después de su muerte, y me había mandado una carta hablándome de su forma de vida anacoreta: *solo unos cuantos estantes, apenas un escritorio frente a una pared ciega, pocos árboles visibles, nada que hiciera pensar en una rica vida interior*. Esta carta estaba refundida en una caja, como todos los objetos y las cosas que me rodean, dándome una sensación de estar en permanente reconstrucción, de pérdida de ser. Siempre me ha llamado la atención Blanchot, no solo su escritura sino el personaje que fue (tan lleno de contradicciones), como Georges Bataille y Colette. Por mucho tiempo los he leído con voracidad, con sed de conocer, con sed de comprender y sentir que en alguna parte del mundo, alguien, acompaña mi vida.

Los libros también me han alejado de la vida, de la vida común, me han hecho prisionera de la ficción sin poder entregarme a los baños de mar que disfrutaba de pequeña, los pulmones pujantes, las piernas empujando hacia abajo, o un paseo a pie sin pensar en libros, lecturas, ficciones, como las que mi madre leía tumbada sobre su cama, o en esos viajes fantásticos con mi padre. Es en México donde he pensado que podría recuperar la capacidad de detenerme para alimentarme de mis propios movimientos, volver a mí, quedarme junto a Diego, o sola, pero recuperarme. De pequeña mi brújula se orientaba cuando aparecía la posibilidad de un juego amoroso, la aventura de gustarme en gustar. A veces podía obsesionarme con chicos de mi edad que antes me habían parecido insignificantes, algunas veces, un vecino, o un desconocido que aparecía bajo los anuncios prometedores de una intriga amorosa. Durante un tiempo me voy a vivir con mi padre a su casa

de Miraflores, su esposa es judía y tienen un hijo. La soledad me da angustia cuando no duermo y escucho los tachos de basura rodar por las calles, el ruido del motor del camión de basura cuando se detiene y las voces roncadas de los empleados de la municipalidad. Pienso que no debí abandonar la casa de mi madre y a mis hermanas, compongo mi música de duelo mientras trato de conciliar el sueño. Salgo a caminar por las calles de Miraflores, la avenida Benavides, me detengo, entre Larco y el zanjón, luego continúo hasta el parque Reducto, regresando nuevamente por Benavides hasta llegar a la calle San Martín, que es donde vive mi padre. Una de esas noches cerradas y húmedas, con olor a mar, al pasar por una ventana descubro el cuerpo de un chico de mi edad, el torso duro y dorado por el sol se eleva como un tronco de árbol. Quedé impactada y sentí inmediatamente el peso entero de mi desarraigo, a la espera de sus movimientos, instalada, por unos instantes, en la acera del frente mientras lo veo desplazarse en su habitación, recoger objetos, agacharse de nuevo, y volver a emerger como una promesa luminosa frente a su ventana. Esos enamoramientos siempre me han servido para relacionarme mejor con la realidad, no solo en el sentido de la confianza que una persona (y sobre todo mujer) pueda adquirir para ella, sino en el sentido de la intriga, y de la intriga como movimiento de la imaginación, como combustión. Al día siguiente, durante la compra en el mercado, sus padres saludaron a mi madrastra, que me presentó junto con su hijo: se llamaba Daniel y lo había visto varias veces sin percatarme hasta esa noche de insomnio en que lo vi envuelto en el reflejo de la luz en plena noche. Observé sus gestos, que eran bastante vulgares, aunque la ficción estaba en marcha y empezaba a descifrarlo bajo los efectos de mi voluntad de representación; es decir, ese Daniel obtenía un valor simbólico, representaba una posibilidad mínima de mezcla social, una promesa... de ahí en adelante, organicé algunas estrategias para conocer la vida de Daniel: pasar varias veces por su casa, espiar y observar a las empleadas hacer las compras y ver qué compraban. Pero ser una observadora también era una forma de subordinación, una parálisis social, y en ese sentido yo me sentía igual que esas empleadas que no poseen identidad y son reducidas al rol de esclavas, sentía vergüenza.

abandoné mi sueño de inventarme ese personaje y forzar la realidad para hacerla estallar, regresaba contenta a casa de mi padre, respiraba el aire en el que había entrado el brazo del mar, el olor a jazmín de los jardines y me sentía feliz.

duro dos meses en casa de mi padre, extraño a mis hermanas, a mi madre y decido regresar.

cuando voy en la moto con Diego para ir a la casa de una tía suya, entramos en los troncales de los suburbios con una sensación de bienestar certero y completo, detrás del ritmo de la vida y dejándose llevar sin esperar nada, sin miedos, entregados llanamente a sus gestos más esenciales, casi, infantiles, como aquel de esconderse detrás de una esquina, esperar a que aparezca y hacerle ¡¡buuu!!, para asustarle. En esos instantes me seduce llegar a proteger a ese ser todavía inocente que existe dentro de él, vigilar ese encaje afectivo, que es una forma de protegerme también a mí de la abdicación y el cinismo.

estamos en el comienzo de la aparición del Facebook, el Twitter, las relaciones se llenan de ausencia. Diego me escribe en el FB: *estoy enamorado de una miope...*

otro día Diego me lleva a conocer a su abuela, una mujer de cabellos negros, casi azules, y marcas en la cara en forma de cicatrices, la mirada penetrante es intensa. La indiferencia del padre de Diego había hecho de su vida un rumor vago del pasado, pero él había insistido en conocerla y un día se enteró de que vivía en Barranca del muerto, en un cuarto, rodeada de gallinas y de canarios. Cuando llegamos nos preparó inmediatamente unos tlacoyos en una cocina que estaba puesta sobre una caja cubierta con un plástico blanco, al pie de una ventana que cubría un ficus frondoso y fuerte. Ella también me recordaba a mi abuela paterna y su desorden al final de su vida, dentro de una habitación en casa de su hermana. Recuerdo que yo no podía respirar en ese ambiente repleto de objetos y trataba de quedarme lo menos posible en ese espacio saturado de periódicos, tazas viejas, platos, cucharas, peines, ropas que no usaba, cajas, maletas vacías, un baúl que se destartaba. No podía comprender cómo se podía vivir así, ignorando que ese cuarto estaba cargado de significados: una vida errante en la que nunca se había podido sentar a descansar, en perpetuo desalojo.

Se lo digo a Diego, echada sobre la cama que ha acomodado su abuela para que me sienta como en mi casa y ellos puedan conversar (huele bien ahí dentro, un olor a vida y a muerte juntos, un olor que me pone al límite de la verdad). De vez en cuando me acaricia o, cuando descubre que no estoy dormida, como su cintura está a la altura de mi rostro y en realidad pienso con los ojos cerrados en mi abuela, hace como si fuese a desatarse el cinturón y liberar su sexo, y como balanceo mi brazo en el aire, él se echa para atrás y aparta su cuerpo. Es extraño, a cada esfuerzo por descifrar qué me seduce en Diego, más misterio sobre mi pasado, mi relación con el mundo y quién soy en ese mundo.

quiero ir a comprar un libro, le dije, *La historia de la sexualidad*, de Michel Foucault...

no digas, ¿quién es?

a Diego no le importaba saber quién era Michel Foucault, pero yo sí necesitaba ese libro para comprender qué nos había arruinado la vida a mi abuela, a mi madre y a mí, qué había pasado con nuestros cuerpos, cómo nos habían dividido y apartado de ellos. Tenía esa imagen de mí misma devorando la vida por la ventana, al acecho de un movimiento, de un indicio que facilitase la comprensión, como en ese cuadro de Dalí en que una mujer está recostada sobre una ventana inmensa y azul. Yo sé que es poco lo que se necesita para imaginar, para comprender es muy distinto, son varias cosas que tienen que combinarse para tener un sentido, ideas que deben encajar tan bien entre ellas, que no sentiremos la mentira, es un trabajo sin escrúpulos. La desconfianza iba empujando la sangre dentro de mí, la mirada de Diego se había vuelto gélida, algo que venía del pasado y lo hundía en una expresión mármorea, dura, pero no pregunto, tengo miedo de enterarme, de saber qué es eso que le endurece la mandíbula, de esas huellas que no sabemos reconocer y nos hacen un poco zombies, de no saber quiénes somos, mientras siento unas ganas terribles de arrancarme de esa sensación, y dejamos a la abuela de Diego sola, abandonada al ritmo lento de su vida, cuando él me dice sonriente: ¿quieres ir a comer algo? y respondo que sí, deseando vivir, incluso sintiendo esa distancia entre los dos pasearse con un aliento rancio, de hartazgo: te aburrirás de mí.

no es cierto.

avanzábamos, poco a poco, en esa dirección. Al día siguiente fuimos a visitar la tumba de un primo suyo en un cementerio del norte de la ciudad. Los colores son vivos, en medio de matas de flores silvestres y árboles que dan sombra, el cielo es azul, mientras pregunto a Diego cómo murió ese primo de dieciséis años. Luego, una gran confusión porque Diego mantenía la misma expresión pétrea, y, de un instante al otro, se echó a reír jalándome de la mano para caer a un abismo, y de nuevo, el silencio, y esa risa que empezaba a parecerme de efígie, grotesca. Pero ¿de qué te ríes? Luego, esa expresión, esa expresión, y él, nada, de nada, es que me daba risa la cara que ponías al entrar, ¿te da miedo?

no me dan miedo los cementerios, lo que quiero saber es por qué se murió.

no se murió, lo mataron.

de pronto, Diego desapareció detrás de un mausoleo, el único lujoso del lugar, el cielo parecía aún más azul y no se unía a la muerte sino a la vida, cuando reapareció con un objeto de madera, una caja rectangular que apretaba contra su pecho. ¿Allá también lo hacen así?

¿qué?

enterrarlos con sus objetos...

eso lo hacían los antiguos peruanos, ya no se hace más. ¿Y me vas a decir de qué murió?

el hermetismo de Diego era semejante a una desconexión eléctrica, no solo en el lenguaje, que no nombraba, sino en el afecto.

bueno, lo mataron por meterse en lo que no debía...

quedamos quietos, mirándonos, yo empezaba a ver la muerte en él, en esa negación a decir lo que realmente pensaba, en ese rostro crispado y duro que no deseaba mirarme, ni mirarse; empezaba a desear salir a respirar.

Regresamos aún más silenciosos, intentaba apretar su mano y no podía, cualquier intento de afecto me parecía que se iba a estrellar contra su mirada lisa y no estaba dispuesta a golpearme.

me acompañó hasta mi casa, la cabeza caída entre los hombros, las venas tensas, cargadas y azules, la puerta del departamento de

enfrente estaba abierta y dejaba escapar sonidos de un instrumento de percusión, mientras algunos cuerpos parecían moverse nerviosos, desplazándose hacia los rincones, como si esperasen instrucciones. Estaban vestidos de blanco, cuando descubrí a una joven que se levantaba la camisa liberando un torso bronceado, con los senos apretados en un sostén también blanco, luego, un hombre se acercó a cerrar lentamente la puerta mientras Diego me seguía con movimientos lentos y espaciados, cortados por una mirada siempre oscura y cerrada al diálogo, se echó en el sillón y observé su torso largo, de minotauro, temblar, luego de extenderse en la superficie. Pasó primero una mano por su vientre y tuve el reflejo de besarla, estaba tibia y era de una suavidad tierna, luego me alejé al ver que no respondía, su cabello estaba echado hacia atrás y le daba una expresión fiera e inalcanzable. Los labios eran rojos y quise besarlos, pero me detuve, volví a sentir que besaba una huella, una imagen del ser verdadero que deambulaba en otro mundo lejos de mí. Muy sola.

le dije que se marchase. Diego obedeció como autómeta, la mirada le brillaba y parecía que iba a ponerse a llorar pero no dijo nada mientras apoyé por unos instantes la cabeza sobre su pecho, con el algodón de la camiseta adherida a la piel tallando sus músculos. Adiós. Enseguida llamaron a la puerta. Era el vecino que venía a pedirme una caja de fósforos, cuando se la entregué, estiró unas manos largas y húmedas, Diego ya se había ido.

por la noche el teléfono sonó varias veces y no contesté pensando que podía ser él, pero a la tercera vez corrí a alcanzarlo, logrando contestar, sin poder oír nada del otro lado que no fuese un ruido de voces, trajines en una cocina y sonido de tacones. ¿Estaba Diego en un restaurante, había salido con alguien? Mantuve el fono pegado contra la oreja tratando de escuchar alguna voz, pero seguía sin oír nada, hasta que pregunté si era él y solo se oyó un llanto de niña. Pensé en salir y me acerqué a la ventana para ver si algún taxi se encontraba estacionado en la calle. Un hombre leía un periódico de pie, en la esquina con Sonora, erguido sobre sus piernas abiertas. Luego, una mujer pasó y él le hizo un saludo con la mano sin que ella se diese cuenta, su vestido se levantaba con el viento, abriéndose como una flor que intentaba

inútilmente retener con las manos. Pensé inmediatamente que Diego no era responsable de nada, el cielo estaba negro y brillaban algunas estrellas, sabía tan poco de él como de mí, que no lograba imaginar una vida juntos... Los días que siguieron, el taller de Diego permaneció cerrado, con las cortinas corridas, en una cuarentena que me producía un malestar intenso cuando pasaba delante. El teléfono celular sonaba anunciándome otras personas, salvo él. Empecé a sentir miedo de que no volviese a llamar. Esa noche soñé algo muy extraño: me peinaba frente a un espejo, repitiendo los mismos gestos que mi abuela paterna, haciéndome el mismo peinado, raya al medio, la frente descubierta. Enfrente, había una gran puerta de vidrio donde estaba inscrita la palabra “cielo”, y se me tenía prohibido entrar. Me desperté y miré el otro lado de la cama donde casi siempre dormía Diego cuando se quedaba conmigo, echado sobre su costado derecho, dejando al descubierto la mancha de nacimiento, los hombros apuntando a los lados, con la columna cincelada suavemente en forma de curva, los riñones pequeños y alargados, y su respiración intensa, ronca. Casi siempre me acercaba a darle un beso en el hombro y lo dejaba roncar hasta donde podía tolerar. Algunas veces, cogía una frazada y me iba en puntas de pie a dormir en la sala. La primera vez, se levantó asustado buscándome por todo el apartamento con expresión de pánico, como un niño ofendido, sin aceptar que de veras roncaba, las mejillas enrojecidas de vergüenza. También me conmovía que me dijese que estaba muy enamorado de esa mujer que hacía ejercicios en la mañana, abdominales, y unos cuantos movimientos más de danza que acompañaba con música clásica. Sacudía un poco su cabeza visiblemente ensimismado, como si se tratase de una visión completa de lo que significaba amar a una mujer. Y sin embargo, Diego no apareció.

teléfono silencioso, angustia, no lograba comprender por qué, al alejarse, el vínculo que me unía a él se hacía más abismal. Paseaba por una calle, con un libro en la mano, cuando escuché mi nombre, era por fin él, detenido en una esquina, con la cara descompuesta y vestido con ropa de deporte. Me acerqué y vi que me sonreía con una expresión de pudor, me preguntó cómo estaba antes de que un auto, un Camaro negro, se detuviese muy cerca de los dos. Descendió un hombre

pequeño, medio enjuto, con barba y lentes ahumados, le pidió que se diese prisa, sin casi mirarme, con movimientos ágiles y decididos. Yo permanecía clavada sobre la acera, sin saber qué hacer. Diego acercó una mano a mi mejilla dejándola caer casi sin fuerzas, mirándome con una cierta tristeza (había algo de ruina en esa mirada, algo de pérdida y de lamento) y dijo: hablamos más tarde, ¿de acuerdo?, y se marchó. Me quedé con las mejillas ardiendo, sin saber adónde ir, ni saber quién era, como si me hubiesen robado la identidad... contemplé cómo se acercaba al auto, su espalda, sus caderas abiertas como una fruta, el torso un poco inclinado hacia delante, sin atinar a decir nada ni retenerlo, sus frases casi nunca me comunicaban algo claro sino que parecían una trampa del lenguaje, una trampa y una huida. En eso también había algo que nuestro lenguaje no había hecho a través de nuestra historia: comunicar realmente deseos, pensamientos. Era un huérfano, nuestro lenguaje, lleno de automatismos coloniales, de años y años de dominación, escondía, tapaba, mentía. Ninguna mujer hubiese soportado estar al lado de un hombre que apenas hablaba correctamente el castellano, menos una mujer que había hecho un doctorado en derecho y escribía libros, yo sí. Yo sí era capaz de amar y seguir al lado de un hombre así. En cada gesto de Diego, yo leía una parte del mundo, lo respiraba, absorbiéndolo con todo mi cuerpo.

miré los árboles de la avenida Masarick, las vitrinas de las tiendas de Cartier, Louis Vuitton, Massimo Dutti, luego, vi de nuevo a Diego subiéndose al auto como un felino, de un salto, marcado con fuego por un pasado que ya no existía y la euforia de la promesa de una nueva vida, soñando con ser otro hombre.

el sol brillaba alto e indolente, la gente se dejaba acariciar por él y por una sola vez, me convencí de que había logrado sentir esa vulnerabilidad de Diego, que su alegría, sus sueños, y hasta sus miedos, se volvían comprensibles.

mi teléfono celular empezó a vibrar, la voz de mi madre me pareció ronca, desencantada, su hijita temblaba en la penumbra de una habitación, ¿sabes que me iré a vivir a España? Silencio. Yo sé que nunca lo hará, si no tiene edad, no la tiene, sí, ya verás que sí puedo, mi madre nunca había tenido principio de realidad, pese

a su castellano clarísimo y culto, la sentía tan perdida en un laberinto que su educación no ordenaba, claro, claro, quería jugar con las palabras pero no podía esconder mi desamparo, cuando Diego decía, la “neta”, la neta, pura verdad, la pura verdad, la *vérité*, en mi francés, quería decir eso, ¿cuál era el centro de esa “pura verdad”? Que estaba muy sola, que Diego estaba con un grupo de hombres extraños, que el cielo se abría sin límites, que desconocía lo esencial en él, que no sabía nada y que sus frases, una vez más, no me dirían nada. Yo quería escribir una novela sobre esa neurosis familiar imposible, y estaba tratando de decirle a mi madre que no se iría a España, mientras ella me pedía que me hiciera cargo de la deuda de mi hermano con un banco de Lima, sin escuchar mis preguntas. Si no le van a embargar todo, y se quedará sin un centavo para sus hijos, insistió con enfado, y me colgó. Debía viajar, olvidarme de Diego, sin saber cómo ni por qué, se había trepado al auto negro, sin darme una explicación. Me acostumbraría a ver las cortinas corridas de su taller, tenía que ir a Lima. Partir.

Sebastián

La llegada al aeropuerto fue muy extraña, no recordaba que el descenso lo hacíamos en medio de las nubes, pero luego comprendí que era un error de memoria y que confundía el aterrizaje en Lima con el de Barcelona o de Niza, y que bajaríamos poco a poco entre las nubes hasta tocar el suelo.

mi hermano Sebastián estaba esperándome en medio de una gran mancha humana, llena de colores, estiraba los brazos indicándome cómo alcanzar la salida mientras un guardián me daba instrucciones para que apretara el botón de la aduana, que se detuvo en la luz verde. Después de abrazarnos y besarnos como dos adolescentes, nos sentamos a tomar una bebida fría, íbamos a pedir un taxi, se veía demacrado, más delgado, los pómulos marcados, sentí como si sus pulmones pujasen para decirme algo, en realidad quería decirme que había dejado el trabajo porque andaba cansado de circular en una furgoneta por Lima repartiendo propaganda. ¿Y el banco?, pregunté. Me dijo que había recibido la notificación, que primero fueron varios avisos, ahora o pagaba o era el embargo y la prohibición bancaria. Sentía que mi hermano seguía siendo un joven, que nunca fue padre, ni adulto, seguía siendo hijo, y esa certeza me llenaba de frustración, un estallido de rebelión se consumía en mí, pero la historia caía sobre mí como un líquido ardiente, quemaba, no era mi historia, no me pertenecía, y sin embargo no podía serle indiferente.

vivo con mamá, me soltó aunque yo ya lo sabía, luego respiró y sentí que su cuerpo se había fragilizado, que con cuarenta años parecía mucho mayor y sentí un pequeño malestar.

no importa, encontrarás otra cosa, ¿no?, podrías poner un negocio, quién sabe...

esto es una cagada, me dijo con un tono desesperadamente brutal. Parecía decirme no saber por qué le había tocado una suerte así, con estudios fenomenales, un título de ingeniero que no servía para nada, una casa perdida por deudas, dos matrimonios... Me ardían los pies y empecé a sacarme las medias para quedarme solo con los zapatos, mi hermano se agachó cogiendo entre sus manos uno de mis pies, jalando la media hasta lograr estirla, escena casi coreográfica y graciosa, la pierna levantada, él jalando de un extremo de la media... nos reíamos, puff, ¡pesta!, me dijo como un niño, yo me reí, no exageres, ¿eh? Me dolía ver que su risa no duraba, ¿qué habíamos hecho, qué diablos habíamos hecho para tener tanta tristeza? Cuando ganamos la calle, ya era de noche, el olor cítrico de Lima transpiraba desde los rincones hacia el cielo gris, olía también a descompuesto, a mar, y a tierra húmeda de latido afiebrado.

será por el polvo que sientes eso, me dijo Sebastián, avanzando por delante con las dos maletas hasta alcanzar el taxi en la calzada, un brazo se estiró firme sujetando una de las maletas, como los de un robot, algunos músculos, ahora flácidos, rodaron a través de su camiseta, corrí resbalándome dentro de mis zapatos, con los pies húmedos, desestabilizada.

cuando llegamos a la casa, mi madre no estaba, había salido a hablar con la vecina, Sebastián acomodaba mis maletas, yo quería ir a caminar, unos instantes de soledad imprescindibles para encontrarme con mi pasado, esperar el encuentro con mi madre... Miré las poncianas inclinándose un poco por el peso de las ramas, caminé sobre hojas secas pisando con firmeza, como si fuese a recuperar algo de ese pasado, una pieza, un miembro desconocido que no lograba identificar con la memoria. Al regresar a casa, mi madre estaba sentada junto a mi hermano esperándome. La miré y descubrí que su rostro estaba muy marcado, curtido por el sol, los ojos daban brincos, se mantenían alertas, avanzó para abrazarme y yo hice lo mismo, cerrándola entre mis brazos con una sensación de frustración.

y me miraba, y luego me decía con la voz sorda, ya sabes lo de tu hermano, también lo de tu hermana, imagino, ella ya no puede más con los niños y menos ahora que no tiene a nadie que la ayude, el marido que...

que ya se ha ido... completé, cada frase debía ser completada para finalizar un monólogo que no revelaba su verdadero contenido.

¿debe buscar trabajo, no? Pero si no puede, qué va a poder si está enferma, no está bien, tu hermana, no está bien en nada.

miré sus rostros y sus miradas que flotaban en una expresión casi ausente, condenados en un mundo culpable, culpable de sus vidas, del destino de sus vidas. ¿Quién tenía la responsabilidad y qué explicación darles y por qué debía ser yo la que debía encontrarle una explicación?

mi madre volvió a decir, entretenida mientras acomodaba unos objetos, que la mesa estaba puesta para recibirme, yo seguía siendo la hija que regresaba a la casa desde el extranjero, haciéndoles imaginar otro futuro, un rescate moral y económico que no sabía cómo afrontar, y que me sumergía en una intensa incertidumbre ¿Quién era, por qué no tenía soluciones, qué hacía allí? De pronto sus cabezas estuvieron muy juntas, como si madre e hijo compartiesen un secreto, el secreto del pacto, casi animal, entre ellos dos, fortalecido por la crisis y el desamparo. Trataba de conciliar la imagen que sentía de mí misma con aquella que mi madre y mi hermano me iban enviando desde sus miradas y sus cuerpos quietos, abandonados a su peso, gravitantes en torno de la mesa, no sabía qué hacer.

comimos casi sin hablar, puse música flamenca y traté de hacer sonreír a mi madre inútilmente. Al día siguiente debía acompañar a mi hermano al banco para tratar de negociar con la persona que lo condenaba a no tener vida civil y a ser un cadáver en vida. Dormí en el cuarto de mi madre, ella me había preparado una cama con muchas frazadas y se había prestado un mueble donde pude acomodar mis cosas. La habitación era de una austeridad involuntaria, que la hospitalidad de mi madre había marcado de un toque humano y cálido. Inquieta porque no estaba acostumbrada a dormir con mi madre, cuando la oí toser me levanté para ver si la frazada se había deslizado, descubriendo que dormía con la cabeza de lado, la boca entreabierta, con los labios un

poco resecos. Cuando me acerqué a hablarle, su cráneo se veía húmedo como el de un animal marino, los cabellos un poco pegados la hacían parecer a una recién nacida. Mi madre parecía mi hija, a quien debía acomodar la cabeza para que no se asfixiase, acercándome suavemente, hasta sentir su respiración sobre mi rostro, una transpiración de una parte de su ser, una respiración vaporosa, leve.

¿Qué estaría haciendo Diego a esas horas? La última vez que lo vi acostarse a mi lado, me había prometido que me haría un masaje antes del sueño, y le creí, porque no sabía muy bien qué hacer, si hacerle preguntas sobre su silencio, si enfrentarme con la verdad o seguir ignorando. Preferí esto último y me tendí en la cama cuando se acercó a acariciarme los senos como si estuviese ciego, con un gesto casi de autómatas y como si mi cuerpo le perteneciera completamente. Me levanté enojada a coger mi pijama y extendió la mano para tocarme una nalga que pareció pesar en su palma con la seriedad de un cirujano, y, aunque podía evitar dar importancia a esos gestos, sabía que eran reveladores, que me hablaban de un alejamiento, de una ruptura próxima, sabía que no lo vería por mucho tiempo y necesitaba anticiparme a los hechos.

pensé de pronto en una de las últimas veces que nos habíamos encontrado por casualidad. Yo venía de hacer unas compras en el supermercado y cruzaba la calle, cuando oí que me llamaban, sin reconocer su voz. Era una voz imperativa, de llamada al orden, que me recordaba la de mi padre, una voz a la que no podía desobedecer: autoritaria y militar. Lo vi acercarse como si fuese el signo de esa dominación que no podría, sin que me lo propusiese, resistir, que señalaba luchas, pugnas, tensiones a las que me abandonaba, quizás porque en mi encuentro con él se ponía en juego ese valor simbólico e irreductible de la pelea por la dominación y la oposición que lo hacía irresponsable de sus gestos, dejándolo actuar libremente sin que yo reconociese esos rasgos.

Cuando me levanté, mi hermano me esperaba sentado en la sala, olía a colonia fresca y sus cabellos seguían húmedos, le pasé una mano por la cabeza y le dije que estaban todavía mojados, él se removió inquieto mirándome intrigado como si dudase si debía preguntarme

en qué momento lo acompañaba al banco. Mi madre entraba y salía, iba por el pan, se oía el ruido de cornetas de los vendedores de pan, autos, tacones golpear el pavimento, la puerta se cerraba y se abría, dejando entrar un viento que agitaba las cortinas cargadas de polvo y desteñidas por el sol. Todo me parecía de una vulnerabilidad descomunal, pocos objetos, casi todos usados, como si fuesen a abrirse y dejar ver la médula de sus secretos y su memoria humillante. Mi madre me observó, acomodando el pan en una canastilla que había colocado sobre la mesa, antes de hablarme nuevamente de mi hermana, ella no está bien, no anda bien tu hermana. Lo sé, dije presintiendo que no debía recordarle lo que ya había dicho, adivinando, en ese gesto de acomodar el pan varias veces para que pareciera todo en orden, que se desesperaba en imponer un ritmo organizado a su vida que permanecía en el caos, caos económico, social y afectivo que la colocaba al margen de la sociedad, como un detritus del pasado.

su instinto y su apego a la vida la hacía resistir, confiándole al mundo el poder de recuperarla, al margen de todo obstáculo, a través de la repetición o el conjuro. Ella se recordaba distinta, radiante, cargada de sol, confiaba en el rito de invocar ese estado como una forma de mantenerse intacta y su desconexión actuaba como un aislante. Mi madre necesitaba permanecer, durar un poco, oponerse a ese paisaje de destrucción. Salí con Sebastián después de tomar un café y devorar un pan con mantequilla y jamonada, atravesamos la carretera y ahí esperamos el microbús que nos llevaba al centro de Lima. Entre movimientos fragmentados, sacudidas y frotos de cuerpos que se cierran en un círculo de energía continua, llegamos a un estudio sombrío donde esperaban varias personas. Nos observaron primero con curiosidad, luego, volvieron a ocuparse de sus cosas, con un ensimismamiento casi autista. Mientras recorríamos la carretera, el paisaje con brotes de miseria concreta, casas improvisadas, vidas que florecían pese a que no se las acogía con generosidad, yo pensaba en mi vida en París con una gran frustración: nunca podría compartir nada de lo vivido con mis hermanos, es decir, con ese hermano que se balanceaba dentro del micro sujetándose de la barra de alumnio, protegiéndome con su cuerpo de los hombres que pasaban. Y sin embargo, la rue Ranelagh

estaba allí, y también aquella hermana de Ernes que trabajaba para Ungaro, parada en la calle, tambaleándose, pidiendo que le abriesen la puerta. Aquella hermana, personaje con listón de Minnie en los cabellos negros, ojos verdes rasgados, faldas de balerina, zapatillas, todo en ella era de un refinamiento poco común, incluso la forma como sujetaba el cigarrillo. Recuerdo que me gustaba ir a dormir a su habitación y quedarme extendida en medio de sus olores, sus vestidos regados por el suelo, acuarelas pegadas a los muros, en los que siempre aparecía su hermoso hermano en un lugar discreto, un poco ebrio, medio ausente, con la mirada cargada de noche. Y regresaba a esa calle, a la rue Jasmin, y al metro Jasmin, volvía a sentir esa sensación de frío que me invadía los primeros días en que fuimos a vivir con los padres de Ernes, ocupando el primer piso de la casa, inquilinos esporádicos de una relación que empieza su primer exilio en París, luego en Lima, otra vez París, un rincón en España, hasta la ruptura definitiva.

Cuando volví a estar de nuevo en la realidad, ya habíamos llegado al centro de Lima. Un joven dio un salto hacia la ventana del microbús tratando de recuperar algo al azar, una cartera, un teléfono celular, un ipod, lo que fuera, pero solo se golpeó el brazo con la ventanilla. Pasábamos frente a la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos, que es un edificio colonial macizo y sobresale en medio del caos en el centro de Lima. Había pocos estudiantes y, de alguna manera, este joven que había saltado para robar al paso era el síntoma más concreto de una degradación constante en la vida, de una caída casi irremediable, sin heroísmo, simplemente caída en la desprotección, ¿no es así Diego, no pasaba igual contigo? Y por eso, siempre me decías, o pedías: llévame contigo cuando te vayas a Francia. Esa palabra “llévame”, significaba llévame en ti, sé mi madre, mi protectora.

Desciendo del bus con mi hermano, me estiraba la mano mientras caminamos por la avenida Grau hasta llegar a otro edificio colonial pintado de azul, donde hay un gran letrero que dice: “Paz y Gómez asociados”. Entramos muy juntos, casi como gemelos, empezaba a sentir que el zapato me molestaba de nuevo, pisaba mal, temblaba y no sabía cómo iba a hablar con aquel hombre.

Nos recibió muy amable, antes de pasar a explicarnos que la situación de mi hermano era grave, dijo varias veces cerrando los ojos, haciendo que nosotros esperásemos el instante en que los volvería a abrir como si fuese a decirnos algo que no esperábamos, mientras nos aseguraba que esperaba que el banco no termine quitándole todos los derechos civiles a Sebastián, quien parecía soportar apenas el peso de su cuerpo sobre su silla y soltaba unos “peros” lentos y frustrados. Le pregunté qué podíamos hacer y la respuesta fue obvia, pagar las deudas además de las multas. Sebastián se había curvado sobre su vientre, los ojos le brillaban, humillado y endeble, sin saber cómo actuar delante de mí.

Yo la pagaré, dije, pediré un préstamo al banco en Francia. Mi deuda será más simple y yo sí puedo pagarla. Calculé varios meses de austeridad, sin salidas, esperando regresar a Francia y encontrar un trabajo en la universidad. Estaba resuelta y quería celebrar la decisión, sin darme cuenta de que mi alegría y mi entusiasmo no tenían nada que ver con el estado de Sebastián, a quien arrastré hasta la calle en medio de autos que pasaban lentos, hojas de árboles que vibraban con cierto brillo en el blanco licuado de Lima, mientras empezábamos a avanzar por la calzada, libres, un poco nuevos, a lo mejor, un poco inocentes.

en casa, nuestra madre nos esperaba con la comida lista, preguntándonos cómo nos había ido con el abogado, sin esperar la respuesta, no me atrevía a decepcionarla, su entusiasmo me hacía regresar a un estado de armonía, una forma fácil de estar en la vida, llena de referentes y de códigos familiares. Mi madre era excelente cocinera y le gustaba comer bien, como yo, como Sebastián, por lo que nos sentamos a la mesa como en una celebración a comer el plato que mi madre nos había preparado, entre la China y el Perú, el pasado y el presente. El cielo estaba ahora transparente y mi madre parecía contenta hasta que sonó el teléfono, era mi hermana menor.

La hermana

yo también soy esa hermana menor, protejo mi inocencia a través de ella, las ganas de confiar y no caer en un completo ateísmo. La mirada de Julia siempre ha dado vueltas a mi alrededor, mientras me iba transformando y ella se quedaba con algo de mi memoria. Nuestra madre nunca pudo llenar todos los espacios estando presente, nunca pudo acompañarnos a cada una de nosotras en cada descubrimiento, en cada aventura. Las primeras lecciones verdaderamente existenciales creo que se las he dado yo, los primeros relatos, las primeras fantasías. En algunos paseos le descubría la cortina que nos separaba del mundo, le ocultaba cualquier cosa que pudiese herirla, la separación de nuestros padres, la soledad que nos merodeaba sin tregua. Siempre me sentí una amazona dispuesta a empuñar el arco si alguien se acercaba a una de ellas con la intención de herirlas, hacer que se avergüencen, poner el dedo en la herida. La batalla empezaba en el colegio donde teníamos que enfrentarnos a una burguesía desdeñosa y desconfiada con los hijos de padres divorciados, caídos en desgracia, la religión, los prejuicios, no tardaban en instalarse. Los retos eran muy simples pero estaban cargados de significado, por ejemplo, ¿quién era la que llevaría el rol pasivo en la clase, a quién obligarían a soportar insultos, vejaciones por mostrarse débil o sentir vergüenza?

Una tarde estaba sentada en mi carpeta de estudiante y una compañera vino a avisarme que alguien había agredido a Julia en el patio de recreo. Corrí hacia donde me habían señalado y, al verla llorando, fui directamente donde su agresora y le di un empujón que la hizo desplomarse en el piso. La monja superiora vino a buscarme, me llamó al frente de todas mis compañeras y allí me anunció que me expulsaban del

colegio, yo las retaba de frente, enrojecida de cólera y llena de orgullo. El abuso, se me presentaba como la forma más radical de opresión y de humillación. Mi hermana era muy dócil y no reaccionaba, o tal vez esperaba que yo reaccionara en su lugar, además yo pensaba que interpretaba sus silencios, la forma inocente como aceptaba las fantasías que le contaba, una incapacidad innata para aceptar y adaptarse a la realidad. A veces paseábamos por los parques, deteniéndonos frente a algunos árboles enfermos, con un gran agujero en el centro, que daban rienda suelta a mi fantasía, inventando duendes que conversaban entre ellos, objetos, situaciones, una vida paralela a la nuestra. La figura pálida de mi hermana se iluminaba con sus ojos que se morían de curiosidad, y no podía evitar sentir una puntadita en el pecho, pero seguía con mi relato para matar el tedio y alimentar mis historias con episodios nuevos, seducida al oírme hablar. Pero, más que nada, yo creo que nunca supe cómo hacer desaparecer esa tristeza perpleja que se impuso un día como una mampara turbia entre la vida y nosotros. Durante la adolescencia, esa hermana era una sombra que me seguía siempre feliz y podía hacerme ver cuándo estaba a punto de meterme en una relación conflictiva, una persona que no tenía nada que ver conmigo, ni con mis necesidades, o que terminaría hiriéndome. Al ver a Julia, dibujaba mi rostro con rapidez, sabía cuál era mi lugar, y trataba de no extraviarme en el camino. Julia, la responsabilidad por ella, me estructuraba. Ese era mi Contrato social. A Beatriz, mi otra hermana, siempre la he visto más sólida, decidida, abierta al mundo.

cuando voy a París, siento que traiciono un pacto natural entre mi familia y yo, que no sabré cómo regresar de esa partida. Miro el desarraigo de frente y es un ángel cruel que me apartará de todos ellos. Mi partida a París fue fundamental, mis ansias de ver mundo, el no poder renunciar a una cierta libertad, a todos esos territorios nuevos, a esos rostros que una ciudad como París me fue mostrando, la calle, Ernes caminando con una determinación, una presencia, que nunca he visto antes, la noche, el fuego de la noche, el calor de su cuerpo durmiendo conmigo, el sudor, las bocas encontrándose en una misma respiración, la sensación de haber abandonado una casa, una familia, por una vida de adulta, de prematura adulta que sabe andar sola, sin madre, sin

padre, sin sus hermanas (y sin su hermano), que marca una ruptura, un corte profundo en la narración. Hasta entonces, la vida en compañía de mis hermanas, me parecía una aventura que me prometía a un futuro lleno de hallazgos, intenso y nunca solitario. En esa dialéctica a la que me entregaba fácilmente, me era imposible imaginar la soledad, la ausencia de imagen, de no tener imagen de sí misma, todavía más confundida, dándole a todas esas experiencias una existencia moral y fetichista. Parecía también un pájaro con el pico siempre abierto, siempre hambrienta.

Algunas tardes les leo algunos libros a mis dos hermanas, *Mujercitas*, segura de que esas tres hermanas en la ficción, son nuestro espejo, que cada una de nosotras encontrará un alter ego en ellas, y, desde esa representación, la vida será como un texto, como una novela que podremos leer en voz alta. Julia fue mi primer espejo en la relación que tuve con el hombre alto como una nube, quien me desestabilizó completamente, ella dio vueltas alrededor de esa primera mirada retadora de un hombre. La compañía de Julia, su mirada, hicieron que viviera mi *pathos* con vocación épica, como una guerrera, no iba a dejarme desarmar por el amor de un hombre mayor, no, no yo, la mayor. El día que el hombre alto como una nube me anunció la ruptura en un parque, cuando estaba a punto de pensar que mi vida se iba a transformar si nos manteníamos próximos, si lograba hacer que fuese un aliado, un hermano, Julia estaba también cerca. He tejido una bufanda roja, sin parar, durante toda la noche y pienso regalársela cuando me dice que *soy una niña para él*, negándome la posibilidad de sentirme mujer, obligándome a ser la hermana de mis hermanas, la madre de mis hermanas, pero no una mujer.

Durante nuestros viajes a la hacienda de mi abuelo, estas sensaciones de fragilidad cobraban en mí una templanza de amazona, a lo mejor inspiradas en la naturaleza que despertaba algo muy primitivo, muy puro, al entrar en contacto con ella, o tal vez una alimentación distinta, más rural y menos sofisticada, toda una fantasía aventurera se extendía ante ese paisaje monumental de la sierra. Estaba convencida que protegería a mi familia de la mirada acusadora de la sociedad, me gustaba verme como una mártir. Me gustaba levantarme temprano

para sentarme en las escaleras de piedra del segundo piso, donde había una terraza con un techo de madera sostenido por unas gruesas vigas carcomidas por las polillas, a veces me hacían pensar que ese techo se podía caer sobre nosotros, por lo que me sentaba en los bordes de las escaleras a sentir el frío quemándome los labios, tiritando, mientras contemplaba otros techos plateados brillar sobre casas de adobe regadas sobre la montaña, un camino en forma de zigzag que llevaba hasta la hacienda de mi abuelo, luego de dos horas a pie, que me llenaban de alegría. A veces acompañaba a la mujer que trabajaba ayudando a mi madre a buscar agua al *puquio* en unos baldes de aluminio que se balanceaban haciendo rebalsar parte del contenido, mientras resbalábamos sobre el lodo de las calles. Adoraba el sabor dulce del agua, sensaciones que avivaban en mí un amor incondicional por la vida y por ese espacio que compartía con mis hermanos. Regreso a esas tardes soleadas, con la puerta muy abierta, por donde pasaba un aire fresco, nuevo, y el mundo me parecía exclusivo, veraz, generoso. Tal vez esa juventud creía que la separación era imposible, yo, y mi montaña de los andes y las planicies de los desiertos, Francia y Perú.

cada frase escrita ha sido para borrar esa separación o quizás hacerla invisible. Yo he crecido aterrorizada por la amenaza del desamparo, había que hacer esa amenaza insipiente.

O invisible.

una tarde descubro a Sebastián parado en el portal de la entrada, con una mirada de ansiedad. Sé que no sabré cómo borrar esa imagen.

Tampoco podré abandonar la idea de que un matriarcado resuelto puede haberme alejado de mi padre, ese padre que descubro en ocasiones como alguien lleno de curiosidad por la vida, lector voraz, y siempre vestido de forma sobria.

Cientos de hojas para borrar un pasado, para reinscribirlo. En ese viaje, nadie me acompaña, menos Diego que se aleja con un gesto, una frase que no descifro, un día debí ir a buscarlo a una comisaría, estaba completamente ebrio, tenía la cara hinchada como si se la hubiesen frotado con una toalla, estaba sentado en una silla y casi no me reconoció cuando entré, pero extendió el brazo y empezó a hablarme como un autómatas, mientras hubiera reclamado a gritos por su pobreza, sus

zapatos sucios, la camisa descosida, nunca tan evidente, la herida en mi sexo de mujer que sufría en su lugar... hablaba, divagaba de cuando llegase a ser presidente...

crearé un comité de evaluación, pondré escuelas, guarderías, las mujeres no tendrán que trabajar y cuidar de sus niños...

cállese, exclamaba el policía de turno...

señor policía...

no diga nada, este señor... y volvía a escribir sobre la hoja, una escritura negra, torturada. Yo quería decirle, no sabía cómo decirle, mi sexo, sentía vergüenza, me quemaba la vergüenza, mientras sujetaba a Diego por el brazo y lo ayudaba a apoyarse en mí, su pasado y su presente sobre mí, su historia, su vergüenza. Y mi amor.

ninguna explicación, sabía que Diego empezaba a asumir, una curva descendente, una especie de neurosis de destino que lo hacía actuar el rol del hombre con problemas, semi-alcohólico, no sabía qué hacer... O soy yo la que buscaba siempre la compañía de hombres díscolos para no comprometerme, para vivir, siempre a medias, una historia, desculpabilizando el abandono.

a veces pienso que he soñado todo eso, que es la calle Ribera, la banca de fierro labrado, las flores en las macetas sobre los postes, las tardes en el mes de agosto, las esperas en el café del metro Jasmin las que existen y no toda esa vida fragmentada en ciudades distintas, en lugares siempre diferentes, territorios que se interponen a manera de desiertos donde debo inscribir un texto. En esta tarde con Diego, en que regresamos de la comisaría, sobre la bicicleta en la que pasamos a través de las calles húmedas de la ciudad, un caos preliminar al abandono, su aliento sobre el cuello, tibio, rasgando el viento con delicadeza, mientras cierro los ojos y pienso que ese instante me deja creer en la fuerza del tiempo, sin espera, no hay nada qué esperar, ni el cielo infinito, ni la muerte... así, viendo caer las hojas lilas de los jacarandas del parque México...

Otra noche, caminaba a su lado mientras empezaba a llover. Una lluvia ligera y refrescante que nos humedecía las mejillas, haciendo que Diego se sacudiese el cabello, quedando muy despeinado. Su brazo firme me guiaba a través de veredas limpias, brillantes como espejos, mi cuerpo se pegaba al suyo para calentarse, seguimos varias cuerdas hasta llegar a un restaurante en la esquina del parque México. entramos envueltos en una luz suave, el interior era espacioso, sereno, como el interior de una concha de mar. Lo vi remover los hombros como un pájaro que sacude las alas y hubiese querido apretarlo contra mi pecho como ese niño que aprieta la paloma hasta asfixiarla en el poema de Apollinaire, pero no cedí a mi deseo y me senté esperando que lo hiciera él, aproximarse lentamente, darme una sensación de una existencia lenta y sosegada, a la espera de ese instante de afecto, culminante, certero, como un golpe de tambor.

sé que impongo una presión enorme al escribir estas líneas, que hago lo posible por no perderme, por regresar a mis veinticuatro años, por recordar mi niñez, enfrentarme a aquellos instantes en que no ha habido historia, no ha habido ninguna narración, digo, *enfrentarme*, porque siempre les he temido, sé que esa presión me angustia, me pesa, y no me deja ponerme en contacto con otros recuerdos más luminosos.

Es extraño, sé que podría escribir con menos tensión, con menos sacrificio, y no lo hago, como no elijo al hombre que pueda seguirme sin quedar rezagado, y si Diego me ha sido indispensable para tolerar mi vida en México, también fue la razón para decidir más tarde ir a Venezuela a buscar a mi hermano. Pensaba haber dejado todo en orden para tener el derecho de seguir viviendo, pero no había sido suficiente comprometerme, no, la vida trazaba su línea vital. Esta idea de sufrir con la promesa de alguna recompensa es a lo mejor el masoquismo femenino del que hablaba Freud, y que interpreto como una imposición de la religión cristiana, arraigada en una identificación con la Virgen María: debo sacrificarme como ella para no sufrir un castigo. ¿No me imagino acaso el mismo rostro cuando veo su retrato al rezar de rodillas frente a su imagen? soy su chivo expiatorio. Cumplo. Todas debemos parecernos a la virgen, es el modelo en el colegio de monjas. Aunque en el fondo siempre intenté parecerme a una mujer que todavía no imaginaba, no la veía salir de la oscuridad.

mi madre me había dicho en el teléfono que Sebastián lo había decidido de pronto, sin prevenir, partir un día con el dinero que había podido reunir de algunos parientes, amigos, ella misma, y, mientras mi madre hablaba sin dejarme responder, tenía la impresión de sentir su mejilla temblar al despegarse del teléfono o pensaba que su boca se quedaba semiabierta, respirando lentamente, a la espera que yo le dijese algo que le diese una razón de existir, como si yo pudiese ser una diosa del tiempo, de la vida y contra la muerte, una diosa que mi madre un día había creado.

si mi hermano había partido a Venezuela hace un mes, yo debía ir a buscarlo, indagar sobre su desaparición, recuperar su huella, para seguir las mías, estaba segura de que si algo le sucedía, yo no podría aceptar la idea de no haber hecho nada por él.

llamé a Diego y le dije que debía partir de nuevo mientras se quedaba callado

un largo silencio,

un ruido de motor

me dice: ¿no vas a volver, verdad?

no le digo nada, no desautorizo, no soy su madre, no quiero que me ponga en el lugar de su madre, o de su padre, que sería peor.

sí regreso Diego, ¿qué crees? no seas niño, solo es un mes.

podía verlo, sentirlo, disfrutar de su voz aunque no tuviese su cuerpo y su aroma, si siempre había sentido pánico de las separaciones, esta vez algo me decía que el río seguía cargando nuestras aguas, unidos por algo más que un encuentro pasajero. Algo nos acercaba más allá de la historia y el tiempo, y podía palpar esas heridas, esas cicatrices que compartíamos, comprender que no teníamos talento para adaptarnos a la vida concreta y que buscaríamos siempre huir, saltar las obligaciones para quedar más cerca de nuestro deseo, como si poseyésemos una facilidad innata para una vida naturalmente endémica.

al día siguiente fuimos a Acapulco, preparamos una canasta con huevos duros, tortillas, atún y frijoles refritos, palta, o “aguacate”, como se dice allá, en México. Unas veces es la espalda de Diego como un final de novela, un muro de separación entre el mundo y yo, otras, es su sonrisa fresca, su mirada envolviendo mi rostro, enterneciéndolo, suavizando mis rasgos. Es como un juego que puede ser de verdad, radiante, y a la vez, terrible, una amenaza constante, irrepetible.

sobre la arena, recostó la cabeza sobre mi dorso salpicándome de partículas blancas que danzaban libres con cada movimiento, cada temblor de mis músculos, oprimiéndolas, una piel suave y brillante, sin muchas marcas, un lienzo donde dibujar palabras. luego se dio vuelta y quedó mirándome:

¿en qué piensas, eh? estoy seguro de que no vas a regresar...

tú...

ella, o sea, yo, se metió al mar como si perteneciera a esas olas altas y profundas del Pacífico, estruendosas y violentas, después, las mismas olas absorbían el cuerpo de Diego para dejarlo nacer de nuevo, fresco y titubeante como un animal marino que tiene que adaptarse al mundo exterior. Se volvió a extender a mi lado, acercó su rostro a mi mejilla y la frotó rápidamente, dejando que se quedasen pegadas,

en simbiosis, por unos instantes, luego jaló del extremo de mi ropa de baño y sopló sobre mi pubis haciendo volar un poco de arena acumulada, con sus dedos finos marcaba el ombligo, hacía círculos, tardando en separarse de ese espacio, casi fragmentándome. Su mirada era increíble y de pronto, se hizo opaca, entre indignada y sumisa.

¿cuándo te vas?

no sabía cuándo debía partir exactamente, sabía que pronto y recordé que solo hace unos meses había dejado a mi hermano en el aeropuerto de Lima, con la mirada estable, prometiendo que no se metería en líos, lo vi desaparecer entre una mancha de gente, su cuerpo delgado fue haciéndose más borroso, con un movimiento cinético que fue reemplazando su imagen a mi lado por un puesto de control de policía, mientras sacaba objetos de mi maleta para intentar hacerle un último adiós, y ya había desaparecido... Sebastián...

A mi madre la había dejado en casa con una expresión de malestar, me había dicho que le dolía la cabeza y que no pensaba ir a al aeropuerto, aunque yo sabía que no quería verme partir. Con cada partida mi madre sufría una crisis de despersonalización, perdía pie. Su amor por mí me parecía un poco desbordado, quizás porque yo era una especie de proyección de ella cuando era joven, aquella que la reivindicaba en la vida y le regalaba algo de identidad como mujer, un valor que la completaba en su identidad para seguir siendo siempre fuerte y soleada.

a veces pienso que he estetizado todo esto desde la ausencia y desde Francia, y desde la culpabilidad por haberme marchado. El día de mi partida a París, metida en el avión, con un terror sin nombre, soporté mal el vértigo que me fue invadiendo cuando el avión se fue alejando de la bahía de Lima. Sentí que caía en un túnel donde me daría de golpes contra la ventanilla, tratando de conciliar un sueño lleno de sobresaltos, hasta que llegamos a Luxemburgo y el tren se convirtió en un espacio más sosegado (por ir más lento) desde donde empecé a descubrir otro paisaje, otros árboles, otra arquitectura. Una vez en París, intenté encontrar un pretexto para regresar, estaba aterrorizada por la estrechez de las casas, la falta de luz, los ruidos en el metro, las miradas

llanas de los transeúntes. Llevaba un conjunto de pantalón y saco que había alistado pensando que estaría a la moda, mi abuela, en el apuro de protegerme contra el frío, en pleno inicio de verano en Lima, me tejió una chompa azul, larga, con hombros abombados. Mi conjunto era rosa, pero todo el mundo, en el metro y en la calle, llevaba ropa negra. Ese negro representaba para mí el luto, y no me decidí a comprar nada de ese color hasta que una tarde, la amiga que me alojaba, me miró de frente y me dijo que estaba muy mal vestida. Durante toda mi vida había tenido el complejo de estar siempre “mal vestida”, es lo que me decía ese novio mayor, alto como una nube, lo que me decía mi abuela, e incluso mi padre, quien, las pocas veces que nos visitaba, me reprochaba mi forma de vestir. Vestirme, parecerme a algo o a “alguien”, era una tarea terrible, agotadora y humillante. Todos y todas querían que me pareciera a cualquiera y no a lo que era, creándome una tendencia a la esquizofrenia que me hacían verme como una caricatura de mí misma, un esbozo, un proyecto que nunca concluiría. Nunca he podido mirarme y gustarme sin pensar que debía llevar un determinado corte de pelo, un tipo ropa. Creo que esa es una de las razones por las que he tenido que inventarme modelos a mi altura, siempre arrancados a las novelas y las ficciones, o ciertas películas, modelos que no me parecieran desvalorizantes ni humillantes. Modelos que tenía que armar.

hasta ahora no sé qué rostro tengo. Tal vez esa cara solo emerja en ciertas circunstancias, cuando estoy al lado de mi hermano, mis hermanas, que, aunque sea por unos instantes, logran reconocerme. Quizás escribir sea una manera de reconciliarme con esa imagen devaluada que siempre he tenido de mí. Mi hermano nunca tuvo que preocuparse por su imagen en tanto que hombre, protegido por una sociedad que aceptaba con más facilidad un modelo masculino, además era hermoso, lo que se suele llamar “bello” en términos ortodoxos. Nosotras, las mujeres no dejábamos de reprocharnos tener un tipo demasiado dudoso, con “color local”, lejos de parecerse a las demás chicas de la burguesía.

mientras esperábamos mi vuelo de retorno a México en el aeropuerto Jorge Chávez, no recuerdo que Sebastián me hubiese hecho

alguna pregunta de qué había hecho primero en Francia y luego en México, mi vida, mientras no enviase señales de auxilio, les parecía envidiable, completamente autónoma e inmanente. Mientras estuvimos sentados en uno de los cafés de la sala de espera, intenté confiarle cómo era mi vida en México D.F., hablarle de Diego, describirlo, tratando de imponer una complicidad natural entre hermano y hermana, pero no me atreví. Sebastián parecía tan asustado que más que un adulto, parecía un niño, su cuerpo se inclinaba dentro de la ropa de algodón que llevaba, la casaca de cuero parecía pesarle y los pies se mantenían quietos dentro de sus mocasines, como en espera o en penitencia. El cabello ahora era ralo, y unas arrugas profundas marcaban sus grandes ojos marrones que seguían sombreados por espesas pestañas. Había un run run en el ambiente, una licuadora que alguien activaba y que no permitía que nos escuchásemos obligándonos a repetir las frases, las pocas que nos dijimos dando indicaciones imprecisas, casi una asistencia social que una vez terminada, abandonó todo gesto de fraternidad y de complicidad.

Aunque nunca haya podido aceptar y siempre haya intentado saltarlas por medio de libros escritos, donde mi distancia, mi desarraigo familiar, se han convertido en un acontecimiento, un suceder constante, una aventura que he podido manejar mientras he escrito, escribir, han sido cartas interminables a toda esa familia ausente, cartas que nunca dije en persona, cuando estaba frente a ellos. Siempre he estado “de salida”. Tal vez sin esa obligación de “irme”, no hubiese escrito tanto. Sedentaria no hubiese abierto tantos cajones, tantas ventanas para reconocirme en medio del caos.

¿cobardía?, no lo sé, creo que necesidad de inventar, de transformar. Nunca he dejado de estar en combustión: entre el sueño y la vigilia, la noche y el día, el drama y la comedia. Sebastián, en cambio, no había podido escapar al peso de un padre autoritario que no veía en él más que una prótesis en la que podría apoyarse cuando llegase a anciano. Las veces en que nuestro padre venía a vernos, sentía que su mirada, sus expectativas, su cuerpo, su aliento, seguían a Sebastián y que había una espera, una espera por ese hijo deseado. Para mi padre yo no significaba ninguna promesa, era la mujer reprobada, la que

le indicaba su rol de hombre y de patriarca. Era una misoginia casi natural, que detestaba a las mujeres porque sabía que un día serían flores marchitas, de tallo endeble y piel ajada, y esa certeza lo espantaba, lo empujaba a protegerse como un animal que presiente el peligro, o que huye de un olor putrefacto y agrio. Ese rechazo inconsciente y temprano de parte del primer hombre que frecuento, mi padre, puede haberme llevado a derrapar, a gestos de sabotaje que tendían a desfigurar mi rostro hasta hacerlo repelente, oscuro y antipático, para estar en simetría con los sentimientos de misoginia que me enviaban. Y si siempre había sentido culpa de cada instante de goce, era porque no pensaba tener ningún derecho a ser una mujer con deseos, dotada para el placer y la vida. En cada instante de placer siempre contraía una deuda, incluso llegaba a pensar que me debía pasar algo malo. ¿No había sido así con Ernes?, es decir, que nunca creí en la posibilidad de ser felices juntos, y, la noche en que le reclamé que se casase conmigo, sin darle tiempo a desearlo, fue porque tenía la coartada lista para ser utilizada en forma de ataque: no me quería, no podía querer a alguien como yo.

¿y todos esos presagios que yo leía en las calles enredadas de París, en la oscuridad de las escaleras del edificio donde vivía con sus padres, en los apagones repentinos de los minuterios que me sobresaltaban y me hacían pensar que iba a caer a un abismo, con una sensación de caos creciente a mis espaldas, la imagen turbia de mi familia, sus cuerpos frágiles, y un olor a tierra húmeda, qué eran sino culpas no exploradas, sin liberación, huellas, prisiones? cuando caminábamos a algún lugar en busca de trabajo y un grupo de cuervos desplegaba sus alas invadiendo el espacio con su silueta sombría, yo sentía que era una señal de que nuestra vida en pareja rozaría la catástrofe, incluso cuando Ernes encontró un trabajo precario de oficinista, abandonando ambiciones de psicoanalista y dispuesto a mantener lo que sería “su familia”, incluso ahí, como dos prófugos de guerra, era incapaz de creer en la fuerza de nuestros sentimientos y le alcanzaba panes con jamón y queso en las horas de comida, después de haber resbalado sobre la nieve y el lodo de París, odiando los zapatos que llevaba, con un sentimiento de impotencia, comíamos en un parque, sobre una banca donde los dos

nos sentábamos aturcidos y desconcertados con esa repentina vulnerabilidad que no sabíamos cómo enfrentar. ¿Qué hubiese pasado si yo hubiera confiado en nuestro vínculo, si no hubiese sentido miedo, si no me hubiese repudiado mi condición de mujer? no lo sé, tal vez esté maquillando los hechos, su familia era muy burguesa y arrogante como suelen ser las familias en Francia, era una cueva de Cíclope de la que nadie quería salir sin avisar. Ernes no había avisado, se casó conmigo un mediodía de agosto, los dos tomados de la mano, erguidos, algo inestables en nuestros ejes, la voz se me partió cuando el representante del alcalde me preguntó si estaba dispuesta a acompañarlo, honrarlo... etc...

Yo no escuchaba el texto, sentía un vértigo, me estaba condenando a vivir en Francia sin mi familia, sin origen, como una desconocida y una eterna desarraigada. Su familia jamás reconocería mi verdadero rostro, y no era una paranoica, bastaba con ver los gestos de cordialidad forzada que me dirigían, las sonrisas congeladas, separadas del cuerpo, con las que me hablaban, sin completar sus frases, mascando palabras en francés, incluso si decían que yo era una buena elección, yo sentía la pantomima, la farsa. Mi desconfianza afianzó la desconfianza de Ernes que se convirtió rápidamente en un hombre sin escrúpulos, dispuesto a entregar un poco de mentira por un poco de ser, beber en los bares, ignorar que yo lo esperaba recogida sobre mis rodillas, aterrorizada, sobre la cama de la casa de sus padres, sin saber qué haría en París, cómo saldría adelante en ese laberinto, sin confiar en el mundo, y menos en mí. Y si mi madre me había preparado una cama cómoda para que pudiese dormir bien a mi regreso y ocuparme de mi hermano, sintiéndose mal por la precariedad en la que vivía, vigilando mis gestos, y dejando salir una sonrisa que se separaba de su rostro, de ese rostro de mujer fuerte que yo había visto durante dieciocho años a mi lado prometerse otro futuro, arreglar la casa, limpiar la casa, hacerla luminosa, poner flores, prometerse otro día, otro amor, otro hombre que no la ignorase como nuestro padre, si había visto esa mujer florecer en ocasiones a mi lado para afrontar el mundo, veía en ese instante a otra que se había perdido en una parte de su vida sin saber quién era, y que ya no se buscaba aunque siguiera mostrando una

gran generosidad hacia sus hijos, sobre todo hacia la hija mayor que había logrado hacer estudios en el extranjero.

mi padre debió padecer la influencia autoritaria de su madre, completamente identificada con el orden patriarcal, que había logrado imponerse luego de haber padecido a su turno la exclusión del poder e invertir las fuerzas: pasar de oprimida a opresora. Ella había logrado sacar a sus hijos adelante luego de que mi abuelo la abandonase a su suerte, desentendiéndose de sus dos hijos. Ella había sido también el nexo de una cadena de vidas sin afecto, hechas para la subsistencia, sin derecho a ser lloradas, ni lamentadas, tal vez mi madre, hija de una familia más burguesa, había tenido una infancia más serena, aunque siempre la oí quejarse del maltrato de su madre, de la indiferencia de su padre que acariciaba el sueño de una relación incestuosa con las más jóvenes, poniendo en cuarentena a las mayores. Si mi madre tenía una obsesión con el orden en su casa, donde no se permitía ningún abandono, ningún exceso, salvo el de las comidas, era porque su familia la había obligado a vigilar sobre ella y su deseo, a ocultarlo en un lugar tan secreto que ella misma no sabía dónde estaba.

tantas mujeres lejos de su deseo...

pero yo estaba frente a mi hermano Sebastián, sin pensar en mis hermanas, por quien me había prometido hacer algo estando en Francia, sin lograrlo, siempre carcomida por la culpa y la desesperación de no poder hacer conciliar esos dos mundos, ni siquiera en el recuerdo, y por eso siempre admiraba a aquellas personas que no se extraviaban en su camino y seguían teniendo, como un norte claro, el puerto de donde habían partido. Miraba las estrellas y las cientos de constelaciones que aparecían ante mí, no me permitían explorar mi pasado, ni nombrarlo. Reconocía en esa incapacidad una especie de falta de personalidad, el miedo que se representaba en cada forma de animal oscuro, o de viento repentino, o de lluvia con truenos, una forma determinista a la que se me había entrenado como hembra sexuada, y sin cabeza, diciéndome que solo serviría para tener hijos, haciendo que mi rebelión fuese radical, creo que todo el mundo no bastaba para calmarla y, cuando descubrí que podía estudiar Derecho, ser una “graduada”,

adquirir el otro derecho a opinar a través de los libros, no dudé en alcanzar esa tierra donde debía plantar los pies sin titubear.

las mujeres en Francia, la hermana de Ernes, sus amigas, tenían una libertad con sus cuerpos que yo no tenía, las miro con envidia, incapaz de saber qué hacer con el mío. Las píldoras anticonceptivas se toman fácilmente, el aborto está aprobado y lo asume el Seguro Social, a veces, acompaño a una amiga estudiante a que le hagan “una intervención”, un vaciado del vientre. Sale tranquila, medio aturdida, me pide que la acompañe a su casa, me quedo con ella unos instantes... cuando llora no sé qué decirle, no lo lamento, siento que ella tiene un derecho que todavía no tengo.

mi lenguaje se había transformado en la medida en que yo lograba imponerle un ritmo, un soplo personal a mi vida, dominarla para lograr hablar sin miedo y con convicción. Por lo general tenía ideas vagas que acudían en metralleta a mi cabeza trazando un camino, o eran intuiciones muy fuertes que tardaba en transformar en lenguaje, a manera de una melodía repetitiva y lenta que golpeaba a mis oídos. Mi madre, una mujer culta, había dejado de hablar con un lenguaje cuidado y poético, cierta vulgaridad se había apoderado de sus gestos y sus frases porque su vida se había vuelto ordinaria, ruda... es lo que más me dolía. Ella, la mujer que había sido amada por varios hombres, entre ellos, pienso, mi padre, aquella que había sorprendido un día detrás de un biombo en la casa rudimentaria del pueblo en la sierra, gozar con otro hombre, de cabello ondulado y frente perlada de un sudor transparente, escena que me había obligado a ponerme de rodillas y esconderme hasta salir un poco confundida a averiguar qué significaba lo que había visto, ese hombre que venía por las noches con una guitarra y cantaba canciones tristes, que un día ella abandona enferma de una neumonía que le dibuja unas grandes ojeras negras, huyendo de un afecto, una atención, que los hijos que tenía que cuidar no le dejaban dar, se había transformado en una mujer muy distinta, sin gestos propios, sin presencia. Luego no era raro que la descubriese en nuestra casa de Lima limpiándose el rostro, escondiendo la cabeza entre los hombros, para que no la viera,

a ella, la madre, llorar por su amante. Esa mujer se había transformado a una velocidad brutal, como si la vida no le hubiese dado tiempo a encontrarse con ella, sino con ese rostro de rictus que a veces sonreía realmente. Fue cuando empezó la enfermedad mortal de su corazón, asfixias, taquicardias, hasta terminar en un hospital y ser operada a pecho abierto y de urgencia. Su vida se organizó desde entonces en función de la enfermedad y de la atención que prestarían los médicos a su caso, la compensación moral, una suerte de salvación en cada gesto dirigido a ella. Por mucho tiempo creo que ha sentido que el mundo tenía una deuda con mi madre, representada en los hospitales y su capacidad de curar. ¿Y quién había sido él, mi padre, que se sentaba siempre en la sala a leer el periódico sin mirarnos, ese hombre que con un movimiento nervioso sacaba un fósforo de una caja de cartón y se rascaba la oreja, gesto que con pánico descubro que yo también hago con trozos de papel enrollados delicadamente para ser introducidos suavemente en el orificio de mi oreja? O cuando intento imitar su letra alta para sentir que tengo cierta importancia y abandonar la mía, redonda, chata, invisible, como si no se decidiera a existir, ¿qué sé yo de mí misma?

a veces siento que ambas, mi mamá y yo, pedaleamos en una oscuridad empecinada, oscilante, y nos damos la mano para salir hacia la luz.

de esas frases que yo creía que podían ser una salida, no quedaban muchas, su lenguaje repetía y repetía. No decía nada.

madre, ¿qué me dices?

que tu hermana y tu hermano, que todos están mal, allá tú que no escuchas.

la oía, la veía abrir y cerrar la boca, levantar las cejas, fijar una curva de fastidio con el labio inferior, o siempre esa vergüenza, esa debilidad de no decir lo que realmente piensa.

mi padre nunca se había sentido desautorizado a nada, siempre había sido muy duro en sus juicios, conservador, y hostil cuando se sentía atacado o se ponía en duda su autoridad de pater familia. Casi siempre se sienta en un sillón donde lee con expresión absorta el periódico de derecha y despliega las hojas como si quisiera demostrarnos que él pertenece a ese mundo rígido, de valores durables y

absolutos. Si hubo libros dedicados por él, firmados para que reconociéramos su escritura nerviosa, alta, algo en él había abdicado y su interior parecía luchar entre la frustración y la compasión por sus hijas que ponían en duda su sueño de tener una casa organizada, sobre todo yo que era la más huraña. Yo llevaba esos pantalones que no gustaban a mi padre y no me peinaba nunca como las demás chicas de mi edad. Él, en cambio, estaba casi siempre vestido con trajes claros que modelaban su cuerpo siempre delgado, una camisa de algodón ajustaba la manzana de Adán que sobresalía en un cuello seco y nervioso como el de un ave. Recuerdo que siempre me impresionó esa parte de su cuerpo pero nunca me atreví a intentar tocarla, todo juego de seducción era reprimido quizás por un miedo arcaico al incesto, a perder el control o manifestar un mínimo de ternura que a sus ojos podrían significar una debilidad poco masculina.

sin saberlo, él también era víctima de una sociedad represiva, se veía obligado a jugar ese rol de hombre inclemente y fuerte, ¿cuánto puede haberse gustado, o detestado así?

esa desconfianza que todos sentimos en algún momento de nuestras vidas, se fue transformando en una incapacidad de decir, de hablar, de transmitir claramente lo que sentíamos o pensábamos, porque, mientras más incierta y oscura se hacía nuestra situación social y familiar, más complicado, y casi imposible, se hacía saber qué queríamos, adónde íbamos y quiénes éramos. A mi llegada a París sigo ese movimiento alocado y disperso de nuestras vidas, salgo expulsada al espacio sin tener idea de adónde me dirijo, cómo haré al llegar, sin hablar el idioma, sedienta de aventura, con la obligación moral de enfrentar “el afuera”, ese lugar donde una vida recupera otro valor y un nuevo sentido. Recuerdo ventanas, muchas ventanas, la sombra de las hojas bailando sobre un muro, el olor seco de las mañanas de invierno. Llego y me siento impactada por la arquitectura sombría de París, por esas moles de los edificios poco iluminados que arrojan oscuridad sobre las veredas, recorro espacios estrechos, padezco para ubicar mi cuerpo, acostumbrarlo al frío y a la rudeza de la vida como extranjera. Y aunque esta última palabra me hubiese soñar con una plusvalía, la de ser exótica y llamar la atención, cosa

que sucedía con algunas personas que leían en mi rostro un pasado, una leyenda luminosa, empezaba a tener los rasgos secos del exilio. Una amiga había alquilado una buhardilla en un edificio de la calle Passy que era la única que tenía baño propio, recuerdo el cuidado que ponía al entrar en él, evitando mojar mis cosas que tenía que abandonar sobre el piso por falta de espacio. Esa arquitectura antigua, con techos de chimeneas humeantes, muros de piedra, calles estrechas y ventanas siempre cerradas en invierno, que impiden pasar la luz, no me dejaban organizar ningún caos, como si me empujasen al mundo más desprotegida, más confundida y neurotizada con aquel cuerpo que sufre de frío, que no sabe cómo vestirse, y busca todavía la luz clara y tibia de las mañanas de Lima, un cuerpo que se resiste a un cambio radical, un cuerpo violento, alocado y rebelde.

—¿pero, y la chompa que te tejíó tu abuela?

mi madre me pregunta en el teléfono, mientras miro la ventana que se abre hacia la torre Eiffel y descubro varias manchas de vino en la alfombra, quemaduras de cigarrillos, recorro las puertas del clóset pintado de una laca amarilla, deslucida y sucia, miro el techo, siento frío, el frío es intenso, uno de los más intensos de esos últimos años, miro de nuevo la torre Eiffel y el puente Bir Hakeim que hemos atravesado la mañana anterior con la amiga de la Escuela de Sciences Po, las orejas congeladas, sin poder cubrirlas con la bufanda que no alcanzaba para cubrir el cuello y la cabeza, los labios temblando, en un reclamo lejano, colérico, y asustado de qué estaba pasando en mi vida, ¿por qué estaba soportando ese frío y por qué estaba en París? Durante un año llevé la vida sombría de una joven estudiante de buhardilla, comiendo en el comedor universitario de la rue Mabillon, cuidando niños insoportables, esperando el instante en que escribiré cartas a mi madre o escucharé la grabación con su voz que me hace temblar de miedo e impotencia, ¿qué, qué hacía ahí?

Tenía que buscar la luz que aparecería en los ojos de Ernes, en esos ojos azules vidriosos, redondos e inquietos en su espacio cóncavo. Debía suplantar de alguna forma a mi padre, y luego a mi hermanos, y a ese hermano que al llegar al aeropuerto casi no reconozco al haber abandonado la delgadez juvenil, los pantalones holgados de bluyín,

las camisetas de fútbol y la gorra de algún equipo de fútbol por pantalones de mezclilla y camisas largas. Y ese rostro del que había sentido una especie de reminiscencia al mirar la foto de Enrique Iglesias en la publicidad del diario *Le monde*, comparando las pestañas, la boca fina, los puntos de barba sombreando las mandíbulas. En el aeropuerto Sebastián había insistido en llevar él mismo las maletas, apropiándose inmediatamente de ellas, dejando rodar bajo la camisa ese pequeño rollo de carne tierna, luego, su caminata se hizo pesada y sentí el claqueteo de sus sandalias que se acompañaban de un pequeño frote de piel transpirada, y, como quería orinar, mi hermano empezó a seguirme como uno de esos autos eléctricos que siguen una antena con un andar de autómata, casi alienado. Le pedí que esperase, y lo vi abandonar las maletas en el suelo, liberado de su obligación, visiblemente cansado. Mi estupor se completó cuando lo vi sacar un pañuelo del bolsillo y limpiarse el sudor. Había perdido unos diez años de la vida de mis hermanos, estaba a punto de no reconocerlos, y eso me pesaba. Por eso, cuando me pidieron que fuese a Lima, y luego que viajara a Venezuela, no lo dudé ni un instante.

bipolaridad que en ese momento dejaba hundirse en el aliento tibio de las aguas del Pacífico, la presencia de Diego asegurándome que puedo, sí puedo, y tengo derecho a aceptar estar dividida.

Reunirse

¿qué sentí realmente en el instante de aterrizar en el aeropuerto de Maiquetía, en La Guaira, en medio de montañas y el mar que protegía un mundo parecido al mío, vulnerable, imponiéndose a la dificultad del paisaje, un mundo urbano lleno de escaleras laberintos, cuerpos bronceados, ojos cincelados por una fuerza determinada, ajena a la pobreza? Tomé un taxi a la salida, luego de atravesar una larga cola de personas que esperaban pacientemente frente a un control de policía. Varios anuncios con la foto del presidente Chávez ocupaban espacios de los muros del aeropuerto y anunciaban un mundo mejor, unos rostros sonrientes y cuerpos entrelazados. Saliendo de La Guaira, entramos a una ciudad erizada de edificaciones altas, de un caos expresivo, casi hablante: anuncios de cremas, ropas de marca, productos para el cabello, marcas de equipos de sonido que saltaban a la vista en medio de frondosas copas de árboles, matas de arbustos, palmeras, enredaderas, lianas que caían como largas cabelleras vegetales, atravesada, la ciudad, por autopistas que parecían plegarse a ese paisaje con docilidad, con un mar de autos, que, pese al tumulto, pasaban silenciosos en un ballet lento y acompasado. A veces, sobre la autopistas, personas apuradas hacían señas a un autobús que no se detenía, dibujándoles una aprensión en el rostro, un apuro o un gesto de resignación. El olor a tierra húmeda era intenso, y todo ese espectáculo humano, tallado ante el ojo que casi lagrimea por tratar de integrar todo lo que ve, con un efecto óptico saturado de luz, me hicieron cerrar los ojos para imaginar a Sebastián en la cárcel de la isla de Margarita.

Después, tomar el vuelo hasta Porlamar, con azafatas sonrientes, de pieles bronceadas, manos firmes decoradas con anillos de metal brillante, cabellos brillantes, un fulgor nuevo en la mirada, porque todo aquí parece nuevo, a la espera de algo, las casas de formas geométricas, en cemento, con grandes jardines de árboles altísimos, siempre frondosos, las estructuras de metal que se prometen a una modernidad luminosa, no fallida, contrastada con la lentitud del progreso social, pero sin dejar de prometer. Una vez en el lugar una persona del hotel me esperaba bajo una pantalla del aeropuerto: ¿usted es...?

asentí y la seguí en medio de familias que conversaban entre ellas, una mujer cargaba un niño que lloraba y trataba de calmarlo dándole un Ipad como juguete, muchas de ellas llevaban cadenas en oro, cabelleras siempre largas, sonrisas resplandecientes que enmarcaban ojos oscuros. En el hotel, un grupo de personas conversaba alrededor de la piscina escuchando música a todo volumen, bebiendo ron con coca cola o whisky, bailaban aglomerados alrededor de la piscina, el hombre que me había acompañado parecía muy seguro del camino que debía seguir a través del jardín rodeado de plantas y árboles, el olor a humedad era intenso, y toda esa flora, tan exuberante, producía en mí como un abandono, un reposo de la vista inevitable.

¿le parece bien si la recojo a las tres para ir a la prisión?

Cuando oí la palabra “prisión” me estremecí comprendiendo el sentido de mi visita, estaba allí para ver a mi hermano que estaba encerrado y sin libertad, ¿qué podía sentir viviendo en esas condiciones, cómo eran sus días y sus noches, qué comía, en qué pensaba, y si pensaba, imaginaba cuándo saldría de allí?

todas eran solo preguntas, que el hombre no muy alto, de cuerpo macizo y piel también bronceada (una mecha le caía en la frente dándole un aire juvenil que contrastaba con la gravedad de su rostro) pareció intuir al decirme: no se haga tantas preguntas, ya tendrá tiempo de pensar...

Me parecía ver todavía la habitación de adolescente de Sebastián, allá en Lima, las pelotas de fútbol apretadas en una esquina, contra la pared, afiches de actrices de Hollywood que estaban a la moda, Farrah Fawcett, Ornella Mutti, que fueron dejando espacio a *posters* con

frases de escritores, tal vez una de ellas había sido una del *Extranjero*, de Camus. Alguien le había regalado un póster que mi hermano había pegado en la cabecera de su cuarto con orgullo que no disimulaba cuando sus amigos, que se reunían con él para jugar, preguntaban sorprendidos quién era y qué significaba esa frase: *el disparo resonó, aquel día, en esa playa donde había sido feliz*. Yo espiaba a través del cerrojo de la puerta, viéndolo moverse inquieto en el espacio rectangular que separaba un estante con algunos libros, espacios vacíos que mi hermano llenaba con autos de juguete o soldaditos de plomo, en honor a una infancia que fue corta en inocencia, confrontado inmediatamente a las exigencias de mi madre para que actuase como el guardián de sus hermanas mujeres, o de su padre, que pedía lo sustituyera en la casa como autoridad, como hombre, responsabilidad que Sebastián no había podido asumir refugiado en el juego, ignorando los estudios, levantándose tarde, terminando siempre por perder el carro que lo llevaba a la universidad, ausentándose cada vez más de la casa, fumando nerviosamente un cigarrillo en la terraza, ocultándonos lo que sucedía, a nosotras sus hermanas que lo mirábamos confundidas, sin comprender, con envidia de que él sí fuese a la universidad, al menos yo, sí la sentía, sentía envidia de ese hermano que podía tenerlo todo con solo chistar, prometido a un destino que nosotras, mujeres, debíamos contemplar, mientras esperábamos el hombre que nos “honraría con su elección”...

las mujeres se prometían al matrimonio, la iglesia es el sueño de toda mujer joven, llegar de blanco, empuñando un ramo de flores bajo ese cielo siempre idéntico a sí mismo, que en verano dejaba salir un sol que devoraba una a una a esas víctimas ofrecidas sobre la arena con los brazos abiertos, crucificadas, a una tórrida hora del día. Una hora casi desesperada de silencio y de ausencia.

esperé a que el hombre, llamado Héctor, llegase a buscarme, sentada en una silla, contemplando a algunas parejas que se regalaban caricias felices, indiferentes al tiempo, y casi eternas, cuando apareció vestido de blanco, con un sobretodo azul, el pelo cayendo sobre

la frente, la expresión más risueña. El sonido de los motores de aire acondicionado no cesaba, como un ronquido de la tierra, convertido de pronto en un telón de fondo para nuestros diálogos que parecían monólogos, mientras Héctor avanzaba ligero, saltando sobre los trozos de piedra que señalaban el camino, con un cuidado casi maniaco, subía luego al auto, una camioneta Toyota de doble tracción, empujaba el embrague y aceleraba, acomodaba el espejo, se miraba, me volvía a sonreír, descendía la mirada por mi cuello, se detenía en mis senos como si descubriese una mancha, algo que permitiera llegar a tocarme con la extensión de su mirada. De pronto, frenó el auto de un golpe seco, violento, abrió y cerró los ojos a toda velocidad, parecía un ciego que se daba de golpes con sombras, y entonces me dijo que había perdido un lente de contacto, mientras se agachó para rebuscar bajo la alfombra, en los espacios cóncavos, entre facturas y tickets de parqueo, los ojos le seguían llorando, entonces le pedí que regresásemos al hotel, y, con un gesto torpe, como si su deseo verdadero fuese una intimidad forzada conmigo, se acercó, y me puso la cara delante, dejando que su aliento tibio, de olor a tabaco, me impregnara el rostro, abriendo los ojos de un marrón claro y con manchas pardas, casi doradas como la miel, me dijo: ¿no has pensado que ha sido a propósito, no? no sé en qué instante se me cayó, pensé que lo tenía, y se frotó los ojos como un niño enrojeciéndolos e inspirándome una cierta ternura.

no pasa nada, Héctor, regresemos, conduzco yo.

regresé sin poder tomar el avión, después de dejar a Héctor cerca de una fila de casas del mismo nivel, donde me explicó que vivía con su esposa y sus hijos, uno de ellos lo esperaba en la entrada, jugaba con una pelota y corrió en su dirección con expresión de pánico cuando lo vio llegar, echándose a llorar, como si hubiese sucedido una catástrofe y yo fuese una intrusa que le robaría el afecto de su padre. Antes de partir de la mano de su hijo, Héctor me dijo que nos veríamos mañana a la misma hora, me hizo una señal de adiós y prometió llevar sus lentes de medida.

No dejaba de pensar en Sebastián quien debía llamar contándole lo que había pasado, representándolo con el cuerpo de adolescente que había conocido, alguna vez descubierto desnudo al salir de la ducha,

era un cuerpo de huesos delgados, de costillas también finas como las de un ave. El pelo era abundante y ensortijado y la barbilla larga, como si se fuese a clavar en su pecho, dándole la imagen de un ángel caído, vulnerable y oscuro. En ocasiones lo sorprendía mirándose en el espejo del baño, donde yo también me detenía a probarme diferentes vestidos que no lograban encajar en mi estado de ánimo, casi rayando en la neurosis de la adolescente que no sabe qué rostro tiene, no sabe quién es, ni a quién parecerse, avergonzada de su cuerpo, en ese mismo espejo, mi hermano se arreglaba la mata de cabellos rebeldes con un aire absorto y casi ensimismado, alisando el pelo primero con la mano, luego pasando esa misma mano por la boca para humedecerla y lograr doblegar el mechón de pelo que se resistía a quedar en su sitio. Recuerdo que miraba ese cuerpo largo y flaco reflejarse en el espejo con complacencia, haciéndome cargo de sus caderas en punta, temiendo que no pudiese seducir a ninguna chica con ese cuerpo tan delgado, sin pensar en cómo sería su sexo, si era grande o pequeño, si sería tierno con una mujer, si la besaba, rara vez lo vi acariciando a una enamorada, como si este hermano hubiese mantenido, por lealtad a mi madre, o por timidez, un pudor con su propio deseo, oculto cualquier gesto que lo comprometiera. Después este hermano había decidido abandonar completamente los estudios y casarse con una mujer mucho mayor. Mi madre me lo había dicho derrumbada, casi agazapada detrás de una taza de té que fue golpeando con las uñas, buscando una respuesta en ese ritmo, en ese gesto que permitiera hacerse a esa idea. Sebastián desapareció por varios meses en una ciudad de la selva, no recibimos cartas ni llamadas mientras su habitación esperó en silencio, la cama siempre tendida, los libros en el mismo lugar, que un día regresara, pero nunca lo hizo sino para decirnos que era padre de una niña, ante nuestras miradas incrédulas, resignadas, cargadas de desamparo. El matrimonio duró algunos años, Sebastián encontró trabajo en la empresa de nuestro padre, que decidió acogerlo, viajar con él a diferentes lugares del Perú para vender material de construcción, algunas veces mi hermano aparecía en la casa cargado de regalos, la mirada centellante, se quedaba por unos días sin contarnos su vida de casado, nadie se atrevía a preguntarle, menos mi madre que empezó a

odiar a aquella mujer que lo había arrancado de su lado, hasta que, después de unos días, como cansado de volver a ser el hijo o el hermano, decidía volver a partir.

Un día decidí preguntarle a mi padre, mientras comíamos juntos en un restaurante de Miraflores, pero ¿tú sabes quién es su esposa, la conoces? Mi padre se llevó un bocado de comida a la boca, su garganta se tensaba hasta hacer brillar su piel de fuerza y de luz, mientras yo veía cómo abandonaba la espina dorsal del pescado a un lado del plato, esa corrección suya para comer como un método que siempre lo alejaría de mí y me inspiraba desconfianza, distancia que nunca dejé de sentir entre los dos, entonces, como quien me obsequia por compasión algo, me había dicho: se llama Nora, es de la selva, como tu abuela. Esa frase “es de la selva, como tu abuela” quería decir, tiene un carácter atroz, como el de tu abuela que de alguna forma mi padre responsabilizaba de sus fracasos amorosos, para no hacerse cargo él, de la separación de mi madre, de su partida, quería decir, tiene un carácter tórrido e inelmente. Luego siguió comiendo hasta que lo acompañé a una librería a que viese libros de arquitectura, sin atreverme a elegir uno para mí, sino después de que me dejó sola, en medio de la calle, partiendo de prisa, cubierto de un saco de algodón ligero que lo hacían verse muy delgado, el pelo abundante para sus sesenta años.

¿qué estaría haciendo entonces Sebastián, cómo dormiría, de qué lado, qué ventana dejaría entrar la luz, allá en esa isla con nombre de flor?

el calor parecía dilatar el paisaje exuberante que rodeaba casas espaciosas, de un pasado lleno de riquezas, egoísta y casi prepotente, los espacios eran siempre amplios, ignoraban la restricción que yo conocía en Europa y que había recuperado en México, estaban irrigados de luz, y se quedaban quietos ante ese sol que brillaba hasta el agotamiento en el cielo, aunque la humedad producía un cierto cansancio, una sed que no cesaba nunca y que me hacían beber botellas de agua que terminaba a toda prisa y arrojaba aplastadas en un basurero de la sala de estar de mi habitación. Me extendí en la cama y pensé en apagar el aire acondicionado sin decidirme a hacerlo, tratando de volver a mí, a mi vida en México, mi vida anterior en Francia, a Diego, de quien no

sabía nada. Estaba segura de que aunque me hubiese prometido mirar su email no lo haría para demostrarme que podía estar sin mí, que no le era indispensable, con un gesto de distracción voluntaria y podía verlo titubear, intentar ponerse a escribir en una computadora y decidir que no, que me dejaba sin su voz, sin su compañía. Pensaba si podía encontrarlo al salir, bajo la sombra aguada de una ceiba, cerca de la piscina, esperándome. De pronto, una lluvia tupida, fértil, empezó a caer levantando una bruma espectral, envolviendo todo en un vapor blanco y denso, mientras me protegía bajo un techo de vigas de madera y veía rebotar las gotas en una lenta coreografía, los olores empezaron a elevarse empujando, inundando todo el espacio aéreo, como si las flores fuesen a estallar o caer rendidas por el peso del agua, pensé de nuevo en Sebastián y recordé aquella farmacia del pueblo de la sierra donde un día nos habíamos protegido de la lluvia, el olor a tierra húmeda del interior, el escaparate de vidrio con algunas cajas de medicamentos, la austeridad del lugar en donde resplandecía el rostro pálido de la dueña, de sonrisa con dientes pequeños, apretados, las mejillas coloreadas, y los ojos claros que se iluminaban bajo el reflejo del pelo rubio, tal vez teñido. Estoy segura que al entrar, lo primero que me llamaba la atención era la foto de su hija en blanco y negro, de una piel de durazno, ojos brillantes y pelo recogido, transpirando detrás del vidrio, la hija que estudiaba interna en un colegio privado de Lima, que nunca visitaba el pueblo y que parecía al abrigo de los riesgos de la lluvia, el lodo, y la pobreza de aquel lugar. Recuerdo el sonido de la envoltura del medicamento que mi hermano recibía de manos de la farmacéutica, su manera de abrirlo bruscamente, el chasquido del plástico y su aliento perfumado de menta, luego salíamos menos vulnerables ante la lluvia, corriendo pegados a los muros, bajo los techos de las casas que goteaban sin cesar, tratando de no mojarnos.

en Margarita no dejaba de llover y quería hablar con mi hermano, alguien que reconociera mi voz, me dijese una frase afectuosa,

necesitaba reconocirme en ese lugar donde nadie me esperaba, nadie me llamaba, nadie me conocía. Empiezo a escuchar dentro de mí un ruido olvidado, de pasado, que, de pronto, después de haber estado detenido por mucho tiempo, empezaba lentamente a latir de nuevo.

Un heladero pasó por la calle dejando oír esa música infantil, aparentemente inocente que transmite algo desesperado, impenetrable como la muerte, y que me apretó el pecho, sentí ganas de llorar, pero preferí aferrarme a una botella de vino. Empecé a imaginar cómo había hecho Sebastián para caer en la trampa del narcotráfico, yo misma había conocido de adolescente a algunos jóvenes adinerados seducidos por el brillo del dinero fácil, la imagen de *Scarface* y Pablo Escobar, Al Pacinos, Robin Hoods, que juraban por los sombreros, los relojes de marca, y las mujeres a granel. Yo misma había tenido un amigo fiel que me llevaba a pasear en autos último modelo, me traía libros que desconocía (*Papillon* fue uno de ellos) y me confiaba cómo se hacía lo que se dice un “pase”, con lujo de detalles, dejándome boquiabierta cuando me descubría los peligros, las situaciones heroicas a medida, yo misma, incapaz de beber un vaso de alcohol, o fumar un cigarrillo, pero extasiada y orgullosa de frecuentar ese tipo de amigos, sabía lo del brillo hipnótico del dinero, y del placer extraño de la transgresión. El hombre alto como una nube había sido mi primera transgresión, mi primer intento de situarme del lado de la marginalidad con la garantía de no ser reprobada. Un hombre rico y blanco podía permitirse cualquier exceso, incluso violar la ley, y cuando salía con él, mi vergüenza disminuía, la protección de su nombre, de su dinero, me daban cierta seguridad. De alguna manera esa situación hizo que siempre me identifique con las mujeres desclasadas de mi país, con las más pobres, las más mestizas, las más vulnerables. Mis hermanos habían vivido el desclasamiento con una violencia aun más radical, ellos se habían quedado en el Perú, yo había huido, pero, y esto lo he pensado muchas veces, ¿qué hubiese sucedido si no hubiese tenido una bolsa de viajes como obsequio de mi abuela, una inscripción en la Alianza Francesa que legalizaba mi estadía, si hubiese tenido que tratar de quedarme como clandestina, tal vez dejarme seducir para hacer de burro, o de escolta, prostitución disimulada, como me propuso un amigo fotógrafo en el

restaurante Fouquet's, en pleno Champs Elyssés? El cuerpo y la prostitución, su valor de intercambio, me habían marcado con fuego durante mi adolescencia. Las mujeres no conocemos muchos nombres para nombrar el sexo, el sexo de hombre, nuestro propio sexo, hacerlo es sucio, pecaminoso, de prostituta, sobre todo si eres una desclasada, al falo le decimos, “pichula”, “trola”, mascando las palabras, sin decir las abiertamente. Toda transgresión es un escándalo. Recuerdo que una vez una amiga de colegio me confió lo que significaba “concha tu madre”, ¿te imaginas, significa, tírate a tu madre? Eso es lo que dicen los hombres en general, las mujeres repiten sin darse cuenta de la alienación, sin pensar que ellas no se “tirarán a su madre”. Sé que después de que este hombre me reveló la posibilidad de utilizar mi cuerpo, salí a caminar desconcertada por la calle, la moral por los suelos, con miedo de caer en la verdadera desprotección como extranjera, se me acababa el dinero, iba de compras, nadaba en caos, extendía los billetes sobre el escaparate, no tenía noción de su valor, el dinero era una ficción. Me sentía cada vez más cerca de la combinación que hace posible el cliché: extranjera, tipo exótico, posibilidad de venta.

en ese tiempo ignoro todo sobre mi familia. Leo las cartas sin prestar atención, apurada y con angustia, me aterra mi situación.

sabía que Sebastián se había separado, que tenía que dar una pensión a su familia, que estaba sin trabajo, sin haber terminado la universidad, que posiblemente no había encontrado otra salida sino esa oferta cruel de la vida que lo había dejado sin libertad. Tal vez un odio de clases se apoderó de él, pensé, quizás creyó que él, Sebastián de la Puente y Morada, no se merecía eso, que podía más que la sonrisa displicente de su amigo que lo miraba hecho una ruina, engordado y con ojeras, aquel joven radiante de ojos sombreados y tez de terciopelo, tal vez fue así, y podía imaginarlo prometiéndole proezas, hazañas prometeicas, imaginándose como actor de su historia, sin pensar en el peligro, completamente inconsciente.

—qué vergüenza, Sebastián, terminar en una cárcel de la isla de Margarita, contemplando la salida del sol, caer la noche, inmovilizado,

qué vergüenza para ti, tu madre, tus hijos, ¿cómo pudiste? y, peor, enseguida pensaba, ¿cómo pude abandonarte, no tener en cuenta que la partida de tu hermana mayor era interpretada por tus diecinueve años como una falta de valentía, o peor, como una traición al pacto de solidaridad que habíamos firmado una noche, sentados en las escalera, escupiendo en las palmas de nuestras manos, juntándolas, tan infantiles como para respetarlo o tomarlo en serio, yo, la mayor, la más fuerte, la que tenía que pensar?...

el desclasamiento había sido veloz, primero, los anaqueles de la cocina empezaron a vaciarse; los muebles, una mesa de madera y varias sillas se llenaron de manchas de grasa y de suciedad, objetos que una tarde decidimos cubrir con recortes de revistas haciendo un *collage* para disimular su pobreza. Yo me obsesionaba con la limpieza y por darle a esa casa que se convertía en el reflejo del desamparo, una atmósfera cálida y hospitalaria, colocaba cojines de tela, cubría los sillones con mantas que mi madre retiraba pensando que eran feas, me subía a una silla y rebuscaba en los rincones de los *closets* regalos que mi padre fue trayendo y que mi madre escondía pensando que sus hijos se merecían cosas mejores. Muchas veces he tratado de reproducir la escena en que mi padre va a comprarlos, entra a la tienda, elige en función de las representaciones que tiene de nosotras, las mujeres. De alguna forma trató de ofrecernos juguetes que no eran lo que se dice “femeninos”, juegos de squash, o de ping pong, raquetas de tenis, ajedrez. Pero ese había sido todo el esfuerzo por comprendernos y darnos afecto. A veces, con esos mismos juegos, me enfrentaba a Sebastián en un duelo que duraba poco, agotada, secando las palmas de mis manos sobre un vestido de algodón, sintiendo la suavidad de la tela pegarse a la piel, dándome una sensación agradable de contienda, valiente y segura. Él me seguía con paciencia, seguro de su superioridad en el juego, sin imprecaciones...

Me quedé dormida con la imagen de mi hermano jugando conmigo en la sala de nuestra casa, su rostro se me aparecía por intermitencias, unas veces solar, otras, triste y ausente, viajaba en sueños y había cuerpos, roce de cuerpos, manos, brazos, voces, sudores, luego me desperté y descubrí que había sudado, las cigarras entonaban un ruido

coral que rodaba a través de la montaña. Miré por la ventana y vi que varias nubes estaban inmóviles, flotando en las puntas de los cerros que dejaban ver su lomo pelado, como un animal milenario y silencioso que asistiría a mi final, sin importarle mi vida. ¿Pero, y cuál era mi vida, mi amor por mis hermanos, por mis padres, la fortaleza moral que recuperaba al saberme necesaria, saber que sin mí, Sebastián no sabría cómo hacer para quedar libre? Era orgullosa y banal, creía en mí más que en nadie y eso me hacía temeraria, a lo mejor, cruel.

Podía verme, me veo en esos instantes en que no me parezco a nadie, en que siento que voy a ser un simulacro de persona si no logro salir de esa trampa de la precariedad, en que sé que debo inscribirme en la “Fac”, como decían en París, aprender a hablar correctamente el francés, cuando comprendo que no quiero ser como mis amigas, soñar con un matrimonio, unos hijos, una casa, con esa “libertad bajo palabra” que toda mujer debe asumir una vez en su vida. Juramento que no logro pronunciar ese día de agosto en la Municipalidad del XVI, mientras me buscaba en cada rostro de mujer, en cada modelo, sin poder construir el mío. Si había llegado a Venezuela era porque había logrado trascender un destino que me señalaba el camino directo a la abdicación ¿y no habían sido todas esas mañanas blancas mirando la torre Eiffel, con el pecho congelado, muriendo de miedo, un preámbulo, un anuncio de que debía conquistar mi libertad? En medio de la desconfianza, aferrada a libros que paseaba por el Boulevard Saint-Germain, con entradas y salidas al restaurante universitario Mabillon, acompañada de aquella amiga que me mostraba cómo conquistar a algún francés con dinero, exageración de rasgos exóticos, y vestimenta osada, lo que veía era una ruta llena de obstáculos para lograr que esos libros de derecho me protegiesen del desarraigo, la precariedad y de una existencia desencarnada. Era entonces ese estado “sin alma” el que me hizo sobreponerme, avanzar y caminar en dirección de lo que entonces había visto como modelo de vida para una mujer que estaba decidida a existir no solo a vivir, y cada discusión con Ernes, cada huída (y encierro en un Square una vez casada) para pensar qué haría con mi vida, era parte de ese movimiento, de esa lucha, algo me decía: busca, busca, encontrarás la salida...

La primera vez que le dije a mi padre que quería estudiar me miró con desconfianza, ¿qué, una mujer estudiar, y cómo, no le costaba ya suficiente dinero pagar los estudios de mi hermano?, además, recuerda pequeña, tú no tienes rostro, solo eres un proyecto de persona... “ese proyecto” quería estudiar periodismo, aunque la escuela fuese pésima, aunque se aprendiese lo mínimo, incluso así, levantada cada día a la madrugada para tomar el carro, un microbús destartalado que se sacudía, saturado de ruidos, en el más infame desorden, para llegar a la Escuela de Periodismo en una casa donde se improvisaba la educación, se improvisaba todo. ¿Cuántas clases interesantes? Poquísimas, flotantes entre frases McLuhan y Louis Althusser que entonces no descifraba, no comprendía por ese analfabetismo al que me había condenado una educación pobre. No me imaginaba que la desconfianza en todo lo que se me había señalado como un Valor, empezaba a germinar como una planta trepadora y desconfiada que se subía hasta lo alto de la cabeza envolviendo todo mi cuerpo. Tres años de estudios acelerados, *a trompicones*, como me dijo mi abuela, con noches de sueño corto para alcanzar el microbús que alguna vez podía pasar más temprano, entonces, esa joven que era yo, correría con el corazón saltándole en el pecho, con la culpa y la cólera de faltar a clases, perder un tiempo reservado al estudio, perder la vida, correría primero sobre la vereda, esperando que el conductor frenase cerca de ella, pero sabiendo que lo haría en medio del asfalto, con esa expresión displicente que la ofendía, obligándola a levantar la pierna y dar un salto, como si ella fuese un animal, un cargamento sin nombre, un objeto y, casi sin respirar pagar el pasaje, sacando primero el carnet universitario con una foto donde tampoco se reconocía, esa chica que bajaba la mirada, entornando los párpados para no mirar al lente, para no mirarse, y, con las manos húmedas, y el pecho todavía latiendo, pagar el pasaje, dejando caer las monedas en la mano rígida del chofer que adivinaba una pobreza inherente en su gesto, no la pobreza material (que también compartirá con él) sino el de la desgracia de saber que un destino le estaba reservado sin falta en alguna parte: la exclusión, el desarraigo y la marginalidad... Luego, ir a refundirse al último asiento, rebotando en cada bache, sin poder pensar, imaginar, ni mirar el paisaje, a veces,

por un azar, el autobús recuperaba un ritmo menos alterado y dejaba mirar las cimas de los cerros, sentir el polvo llenando los pulmones, pensar que un día subiría a esa cima como un lama tibetano, que la sabiduría no se le escaparía.

Había entonces decidido quedarme a estudiar a París, abandonar definitivamente mi casa soleada, la incandescencia de mis dieciocho años, y aceptar el frío y la soledad, los rostros cerrados de la gente del metro, perderme en sus pasillos subterráneos, o tratar de llamar desde una cabina averiada a mi mamá, imaginando su apuro para descolgar el teléfono, su noción de distancia, sin poder imaginar cómo era París, o cómo son las casas en París, los bloques de cemento con techos grises, *pignonniers*, decía un amigo mío que era de provincia y me invitaba a tomar el té, congelados, los dos, con unos mitones que se deshilachaban y que aumentaba mi sensación de precariedad, sí, aceptaba el frío glacial de ese invierno, y las calles solitarias, el ascensor con su ruido de fierro, su reja atravesándome el rostro, la respiración entrecortada antes de apretar el botón del sexto piso, donde la buhardilla convertida en estudio esperaba con su olor rancio, su calor desmesurado de la calefacción que me hacía arrojar el abrigo sobre la cama al nivel del suelo, mirar la torre que se erguía delante, mirar los barcos con turistas como si fuese la imagen pétrea de una existencia sin sentido, su carta postal congelada y su estereotipo. Y acepté también ir todos los días al comedor universitario para no perderme el almuerzo, coger mi fuente laminada, acomodar la ensalada, el plato principal, observar el rostro de extranjera de ella o él que me servía, agradecerle, ir a sentarme a un rincón, contemplar los techos de París, más techos, a veces Susana me acompaña, otras, es una estudiante como yo. Nado en la sintaxis opaca del francés, cada palabra es un misterio pero me aferro a su musicalidad y pienso, que, si escucho con atención, terminaré por descifrar, dejar entrar todo ese mundo en mi interior, perderme en él, las agujas pelean por tejer y, luego, de pronto, una frase: la claridad de la sintaxis empieza a emerger.

Tampoco dejaba de soñar con esa niña que se aparecería en una esquina bailando bajo la lluvia, mientras recorría las vitrinas de las Galerías Lafayette, llenas de objetos que brillaban en todo su esplendor, o pensaba que en algún café, en alguna plaza o Square, vería al hombre alto como una nube correr a mi encuentro, envolverme en un abrazo suave y cálido y ya no sentiría tanto frío.

No apareció el hombre alto como una nube sino Ernes en esa fiesta de gente joven, con el brillo de la edad, prometiendo una seguridad instantánea, la de su idioma que conectaba, dialogaba con el exterior y me hacía seguirlo por calles a comprar libros a la librería La Hune, a la plaza Víctor Hugo, libros que acomodaba bajo su brazo firme, fumando y dejando ver un perfil suavemente labrado, entregado al frío y con gotitas de sudor en la punta de la nariz, libros que yo no podía leer ni comprar por no estar en mi idioma pero que eran promesas, esperas que un día se cumplirían en una residencia de escritores donde tengo una habitación propia, donde escribiré. Primero empiezan los garabateos sin sentido, algo que no entiendo, un texto impreciso, torpe, de quien desea entonar una canción y solo sabe balbucear, entonces lo miro a él, a Ernes, reclinado sobre su escritorio en la casa burguesa de sus padres, estirando el brazo para hacerse sitio y tomar notas en una libreta y más tarde, yo, en mi buhardilla escribiré las infaltables cartas a mi madre, cartas interminables que, con el tiempo son cartas a los lectores y lectoras, una búsqueda de compañía, otro puente, como los cientos de puentes en París. A veces nos vamos al puente Mirabeau a ver pasar el Sena, en medio del frío, los dos agarrados de la mano, caminamos entre transeúntes, el impermeable de Ernes se levanta con el viento y admiro su elegancia, erguida sobre mis talones, siento frío, siempre frío, y ando mal vestida para soportarlo. Nos deteníamos ante un escaparate, yo adoraba el de Sonya Rikyel en el Boulevard Saint-Germain, me gustaba descubrir un libro en medio de los vestidos y las pieles, pensar que un día podría ser el mío, o comer un *croissant* comprado en Le Bon Pain, frente a la vitrina. ¿Cuántas veces Ernes habría pensado en cómo costear un vestido, cómo soportar la humillación de tener una familia rica y en realidad no poseer nada sino esa promesa que un día “algo le tocará”, cómo

sobrellevar esa otra vergüenza, esa marca de espera impaciente que hace sudar su frente y llenar de gotas de sudor frío la nariz, que fijaba su quijada y endurecía su mirada azul? Con el tiempo no nos importó la ropa, ni la casa, sino cómo mirarnos sin querer echarnos a llorar sobre nosotros, tan jóvenes y tan incapaces para soportar la frustración, la incertidumbre que vivíamos aun estando casados, ocupando la misma habitación de adolescente de Ernes, con el mismo póster de Freud en la pared, los juegos de infancia empilados en un estante y donde se podían leer los nombres, Scrabble, o Trivial Pursuit. Cuando llego a París pensando en casarnos, siguiendo la promesa hecha en Lima de que no nos íbamos a separar, sin pensar en cómo haríamos para estar juntos, un insulto para quienes se aferraban a una idea de amor estoica y romántica, entonces ahí estuvo Ernes, en la Gare d'Austerlitz, los zapatos desgastados, el mismo aire aristocrático, pero con los zapatos viejos, abrazos, besos, una mirada que se humedeció y brilló bajo la luz oscura del metro de París por donde caminamos abrazados y sin futuro, ignorando que luego no podríamos enfrentar el día a día, no podríamos tomar el metro, pasear, comer, visitar museos, ir a librerías si no teníamos un trabajo alimenticio, y nos mirábamos sin saber qué hacer mientras esperaba en una esquina que regrese de una tienda chic en Odeón adonde entraba a pedir un trabajo de vendedora que no conseguía cuando decía la palabra “vendeuse” con acento, o no sé, tal vez por esa desconfianza que siempre había estado en mí y que se convertía en una barrera, un sabotaje y una marca de origen.

muchas veces, para borrar esa marca, sobre una calle donde varias colonias de cuervos se plantaban sobre las ramas, hacía sonar tan fuerte mis botas contra el pavimento, que aquellos pájaros se ahuyentaban rozando con la punta de un ala la cabeza redonda de Ernes, como vengándose de nosotros, y dejando, después de su sombra oscura, un espacio claro y luminoso. Pero esa confianza no duraba mucho, mostraba su lado indiferente y hostil, como una cachetada en plena mejilla: ¿sabe que está encinta?

Era imposible, tomábamos precauciones, preservativos, lavados minuciosos después del coito que no impidieron que un azar produjese una embrión de vida y que, sorprendiera mi vida, la necesidad de un

futuro, la promesa de libertad de los estudios, azar que me llevó a la oficina de la asistente social que me obligaría a pensar en la responsabilidad de decidir sobre una posible vida, le dije, contrariada, al borde de la neurosis, una posible vida no es una vida...

ella me miró desde un rostro plano en el que flotaban unos ojos muy aguados y brillantes, llevaba el pelo recogido y sus hombros eran redondos y carnosos, temblaban cada vez que inclinaba a escribir la hoja donde debían figurar las señas de la entrevistada, ¿se imagina?, usted está casada, la familia de su esposo es adinerada...

seguía temblando como si su piel estuviese húmeda y calurosa, ardiendo por otorgarse ese poder de decidir sobre la vida de los demás, sin comprender que la familia de Ernes tenía dinero, pero él, el ciudadano que quería ser libre, no tenía un centavo, que se hundía en el desapego quedándose horas en la cama, leyendo o mirando cualquier programa de entretenimiento que lograrse abstraerlo y hacerle olvidar la situación que vivíamos, sin saber cómo íbamos a escapar de ella, que su nuca se hacía rígida cuando dormía a mi lado, su expresión cada vez más ausente, más separada de su alma, que yo sentía, día a día ese hielo, esa miseria, instalarse entre los dos como una gran mampara de vidrio por la que desfilaban mis textos, casi rezos... entonces fue primero el médico que dio órdenes con una frialdad de carnicero haciendo que me desplace de un rincón al otro de la sala, y en puntillas, y, cuando intento cubrirme con una sábana, un cansancio enorme me invade (los senos me parecen pesados y con leche), no porque estuviese verdaderamente cansada sino porque la anestesia ha hecho efecto y, poco a poco, siento que alguien estira una cortina para impedirme ver, entre el sueño y el aturdimiento, hasta que solo percibo imágenes confusas, voces murmuradas, ruidos de metales y el rostro de Ernes flotando en medio de esa vaporosa sensación mientras mi cuerpo me parece un extraño hasta el instante en que abro los ojos y descubro a su madre, la frente abombada y la nariz y la boca pequeñísimas como las de una muñeca de porcelana, las manos puestas sobre la sábana, el brillo de una piedra preciosa sobre uno de sus dedos, nuevamente su rostro de diosa griega, y nuevamente el sueño. Luego, otra vez, la frialdad del metro, desesperada y sola, aferrada a

cualquier cosa, cualquier objeto, una mirada, incluso aquella llena de la belleza distante de su madre, Bernardette.

tenía que estar a la altura de las circunstancias, levantarme, pisar firmemente el suelo y caminar, no mirar el rostro marcado del médico ni intuir la irritación de su mirada, una extranjera más que se decidía a abortar, que se iría luego a su cuarto, en aquella casa oscura del barrio dieciséis a llorar en silencio con el cuerpo pegado al muro, preparándose a no reconocerse, así, vacío, castigado y adolorido y no listo para salir al jardín a tomar el sol en plena primavera. Sin embargo, la madre de Ernes empezó a prepararme platos delicados y ligeros, con un gesto casi maternal y empecé a sentirme bien arrullada en esos gestos, a ignorar las salidas de Ernes, los ojos enmurrados tras de las pestañas, el temblor de sus músculos inquietos y exasperados, los silencios, las noches sola. Poco a poco la primavera se instaló definitivamente, llovió mucho ese setiembre, obligándonos a andar siempre con un paraguas, librar una lucha de objetos que se atraían como imanes, no sabiendo cómo evitar a alguien sobre una acera, saltando sobre charcos de agua, pasó entonces la primavera y partimos para Lima.

Cuando desperté sentí la trusa húmeda, introduje el dedo y salió manchado de rojo. No había traído tãmpax por lo que tuve que salir a preguntar en la recepción dónde había una farmacia abierta. En la entrada había un hombre con el rostro marcado por la viruela, hablaba con el joven de la recepción de unos pasajeros, su mirada era desconfiada y me siguió mientras me fui aproximando a preguntar fijándose en la ropa que llevaba, la bata sobre unos *shorts* y sin sostén, lo que me obligó a hacer la pregunta rápidamente y regresar a mi habitación para cambiarme. Al salir, ya no estaba allí, me indicaron unas tres cuadras y de ahí continuar por una avenida hasta encontrar un Farmatodo, salí y caminé por la acera llena de huecos y moles de cemento levantados por raíces de árboles que hacían estallar el suelo en bloques y rompían canalizaciones de agua, dejando ver unas venas negras que despedían un olor intenso a humedad, cuando escuché una voz que me decía, *vaya con cuidado, por ahí, no pasa nadie*. Esa voz provenía de un auto negro con la ventana baja donde la cara del hombre con viruela se inclinaba bajo la ventanilla sonriendo y tratando de parecer amable, como podían parecerme amables las llamadas gestuales de los chicos de mi edad durante la infancia que eran una invitación a la humillación, atrincherada en el miedo, porque nunca tuve clan, ni siquiera el escolar, nunca tuve grupo donde protegerme. Sentí algo de temor y caminé con la boca abierta, respirando fuerte, observando por el extremo del ojo cómo el auto me fue siguiendo lentamente, y la respiración se me fue haciendo más acelerada, la boca seca, un ardor en las axilas, el cuello y los senos, titubeando al andar como si me jalasen por un hilo y no supiera caminar sola, hasta detenerme de golpe, como si retara a un enemigo a mirar el auto. La luna se veía alta y era oscura, el motor sonó varias veces, de un ruido sordo, seco y repetitivo, el sonido retumbó sobre las copas de los árboles, perdiéndose en el calor de esa mañana, evaporándose con él, cuando volvió a arrancar dejando una línea de humo y olor a gasolina, entonces, solo entonces, respiré con más serenidad y corrí a la farmacia. Regresé observando mis pasos durante el camino, extasiada con la exuberancia de las plantas que exhalaban un perfume intenso y salvaje, una vez llegada al hotel, me anunciaron que había recibido una llamada de la prisión, con indicaciones concretas de la hora de visita, el lugar donde Sebastián

me esperaba, un número de teléfono y las cosas que podía llevar: medicamentos, objetos para su aseo, camisetas y libros. Antes de partir a verlo, mi hermano me llamó, me explicó que en el interior se dividían en módulos dirigidos por un Capo, el suyo era el de un español, el Pran, le decían, y su tono de voz me pareció fiero, como si ese hombre, su temeridad, su poder viril, seguramente prepotente, lograsen seducirlo. ¿Era ese el hermano que se recostaba conmigo en las tardes sobre la hamaca de un jardín a cantar canciones de Al Stewart o Joan Manuel Serrat? Me confió que dormía mal, tosía toda la noche y no podía respirar, jalaba su silla hasta una ventana y se quedaba sentado durante horas mirando el cielo latiendo, adivinando el mar y la arena, mientras removía los pies de uñas redondas, casi sin marcas, dentro de sus sandalias en las que se desplazaría hasta el baño (inmundo) para orinar, produciendo un sonoro clac, clac. A veces me decía: no duermo en toda la noche, tengo miedo que alguien venga, que me apunte con un pistola o una kalashnikov, porque todo el mundo andaba armado en el interior y la policía no se atrevía a entrar, era terreno de nadie.

María siente que todo su cuerpo se contrae en un espasmo, una sensación de empatía que la sumerge en un estado casi de parálisis, ¿cómo podía seguir viviendo mientras su hermano pasaba cosas tan atroces? sus manos, sus piernas, su cabeza, asumían sus límites, le decían que no eran nada del otro mundo, a lo mejor un acomodamiento exitoso de átomos que solo la fortaleza podría dar una gramática distinta y personal: lograr esa unidad, entre el mundo exterior y su interior, su mayor reto. Cuando sonó el teléfono, se oyó la voz de su madre, sonaba autoritaria y a la vez serena, preguntaba por su hermano, si ya lo había visto, y, por unos segundos, sintió que no era ella, que la identidad de su madre y la suya se confundían, que muchas veces su madre se creía ella, y que en esos instantes, en ese momento en que iba a levantarse para ir a visitar a su hermano, ella era la madre.

En la entrada la revisaron de pies a cabeza, primero, vestida, luego la hicieron pasar a una habitación de unos escasos metros, le pidieron que se desvistiera con una delicadeza que se distanciaba de los gestos firmes y militares de la mujer enfundada en uniforme, los pantalones marcando una rotundez en las formas, músculos firmes, facciones decididas,

y ella María de la Puente y Morada sintió por una vez que no era sino ese nombre: María, y que toda la mitología familiar que alguna vez despreció, había marcado de alguna forma esos gestos aristocráticos que en ese instante eran como una columna vertebral, que más allá de la identidad que ella se había construido según un modelo, estaba aquella familiar, la de una historia familiar de tintes neocoloniales, y, aunque eso la golpeaba y la hacía sufrir, sabía que marcaba la distancia entre ella y la mujer militar que bajaba suavemente una barra magnética por todo su cuerpo, acariciándola con temor, ella, María sabía qué tipo de mujer era, qué deseaba y por qué estaba allí, y esa podía ser su superioridad sobre la mujer que la revisaba con gestos autónomos, pasando su rostro muy cerca de ella, mirándola fijamente, despidiendo un perfume suave, casi dulce, ella sabía qué modelo de mujer se había impuesto, la mujer de estudios, la mujer libre que piensa y decide, pero ¿qué sabía ella de ese orgullo fatuo que le venía de su familia, de ese sentimiento de superioridad con el que se quitaba la ropa, la lanzaba sobre una silla y se dejaba tocar por esa mujer desconocida?

En unos instantes, la dejó salir con su paquete de ropa, libros, y medicamentos bajo el brazo. Las había metido en una caja comprada en un almacén para guardar documentos, y apenas había llamado la atención de la mujer policía, que le lanzó una mirada veloz y dijo, agitando una mano en el aire para que se fuera, pase, más nada.

atravesó un corredor, escoltada por un policía, luego una sala llena de muebles abandonados, sillas desvencijadas, colchones rotos, tarimas de alambre apoyadas sobre muros, mesas volteadas sobre las que había ladrillos, fierros, tubos, un paisaje de guerra que se abrió a un enorme galpón semejante a un microcosmos autista, caótico y desenfundado por el que desfilaban hombres de torsos desnudos, otros, sobre sillas de ruedas, amputados, o paralizados, en medio del cual reconoció el rostro pálido y delgadísimo de Sebastián. Se vio avanzando hacia él, aproximándose a un fantasma, el cuerpo erguido parecía más pequeño, el cráneo redondo tenía menos pelo y su mandíbula mantenía una fijeza severa, casi consternada, los ojos eran lo único que reconoció en ese personaje que se fue haciendo de carne y hueso, palpable, sudando entre sus brazos cuando sintió el beso en la frente, luego en las mejillas,

oliéndolo como cuando era un niño y le gustaba hundir la nariz en sus cabellos antes de dormirse abrazados, dejó la vergüenza de lado, las miradas de los otros presos no le importaban, ni los silbidos, ni que el vestido de flores se levantase con el viento y mientras ese patio se fue llenando de caritas de niños, mujeres que cargaban bebés, no importó que su hermano no respondiera con la misma intensidad a sus caricias y abrazos, sino que se mantuviese rígido, como si estuviese clavado al suelo, le dijese, nos están viendo, hermanita, nos están mirando. Sí, estaba la mirada del Capo, ese hombre reclinado sobre una columna de un pasado de esplendor, en lo que parecía un remedo de gran hotel, y que daba grandes sorbos de un cigarrillo, el pelo con gomina, la mandíbula firme, marcada de barba, el cuerpo atlético, la boca cerrada con fuerza como si contuviese algo, una carcajada, casi de protesta. Esa mirada la llevaba a un instante de su infancia, a una escena inicial que no podía recordar sino de manera imprecisa, en medio de una serie de imágenes transparentes y borrosas que la representaban parada frente a un hombre que la tocaba sin que ella deseara, consumiéndose en la contradicción, licuándose interiormente, una escena en que la mirada dominante de ese hombre de más edad la somete y le hace intuir la promesa de una violación si un día no se cuida (sin saber dónde está el deseo, sometiéndose a punto de prostituirse), si un día no le escupe en pleno rostro, que tal vez fue lo que hizo, y que no recuerda, mientras sentía que el corazón le brincaba en el pecho de miedo, apretándose contra el cuerpo de Sebastián que se alejaba perturbado, entonces vio a una mujer delgadísima, de rostro redondo y asimétrico, al que marcaban unas cejas negras y redondas. La miró con curiosidad, como si conociese muy bien a Sebastián, pero sin decir nada, mientras él la tiró por el brazo hasta una cabaña prefabricada medio deslabrada, la que era “su casa”, y por la que pagaba un alquiler mensual al Capo, un espacio rectangular con un colchón en el suelo, una mesa, una silla, algunas revistas, ningún objeto que pudiese identificar que ahí dentro vivía su hermano, dormía y existía. Sebastián le ofreció un vaso con agua y una cerveza Polar, erguido sobre sus sandalias, un pantalón que le resbalaba por las caderas, dejando libre una delgada carne tierna que se sacudía con cada movimiento, el polo tenía marcas de sudor,

hacía un calor insoportable pero no dijo nada, secó sus manos sobre su vestido, se limpió el cerquillo de la frente, lo miraba y él mostraba esa sonrisa elegante y espléndida que conocía, tenue, retenida, que antes le producía una enorme ternura, y que ahora le hacía sentir un nudo en la garganta, una sonrisa que se mantenía impregnada de un brillo infantil aunque escondiera la historia de una miseria humana, de un drama que él mismo había provocado y bañaba su cuerpo de una cierta oscuridad, una tensión que parecía amenazar con estallar, pensó que si ella sonreía, si se mostraba entusiasta y feliz, podría bañar esas articulaciones delgadas, de nudillos redondos, de una luz suave, que su mirada se abriría para ella, que le contaría todo y las cosas encontrarían una explicación y un sentido en ese rostro duro que se había apoderado de él, dibujándole un rictus sarcástico en la boca.

Entonces, como si no hubiese pasado nada, siempre hacía como si no importase cuando le dolía, podía fingir, adelantar el torso hacia la mesa, y sonreír, ser como su madre, alegre, jovial, afirmativa, como si nada fuese verdad y solo se tratase de una travesura, preguntó a ese hermano de mirada febril, como flotando cerca de su cuerpo, de manera casi inmaterial, qué había pasado. Estaba ahora sentado frente a ella, delicado, recobrando esa inocencia que ella conocía, haciendo paralizar el tiempo y devolviéndole algo de ser con sus movimientos lentos, casi murmurando en voz baja, nada, nada, me dejé tentar, eso es todo... María se reprochaba haberle preguntado tan directamente cuando sabía que ese hermano había perdido para siempre la inocencia, que la mirada del Capo, de la mujer delgadísima, le habían anunciado, que ya no volverían a verse ni a hablar igual, que la soledad, la noche, el miedo, y el hartazgo encubaban en el cuerpo y la mente de Sebastián. No dijo nada, preguntó dónde dormiría, y desapareció de su lado por un largo instante dejando una sombra, un olor ácido a su paso, la puerta estaba abierta. De pronto descubrió que la mujer delgadísima la miraba apoyada sobre el marco de la puerta, fumaba un cigarrillo que absorbía con su cuerpo esquelético que alguna vez podía haber sido el de otra mujer, de formas plenas y rasgos delicados y que alguna vez un hombre habría deseado. Era un cuerpo con manchas que bailaban sobre su piel cubierta con una camiseta de algodón que dejaba ver el nacimiento de

los senos, marcados por esa constelación que parecía caída del cielo. Sin decir nada, empezó a hablar moviendo los ojos bajo las cejas redondas, marcadas de lápiz, los labios inferiores colgaban con desencanto, tal vez fue bella, pensó, pero ella habló:

Oye chica, ¿qué has venido tú a hacer aquí, no ves que este lugar es peligroso?, ¿qué vas a hacer con tu hermano, a dónde lo vas a llevar, allá, con los escuálidos? Pues yo te voy a contar lo que es esto, esto, chica, es el infierno, aquí te roban, te matan, te violan, este coño te puede cantar todo lo que ha vivido, y ha gozado (soltó una carcajada y María pensó en la Justine del *Cuarteto* de Durell, pese a su vulgaridad...), pues, aquí si no te cubres la retaguardia, te dan por el culito, todo el tiempo, en cada visita a tus panitas, que no sabes hasta cuándo se van a pudrir... Tu hermano, no está hecho para eso, por eso no debería estar aquí, se lo he dicho, lo van a joder, se lo va a llevar el diablo, chica... María pasaba las manos sobre sus piernas húmedas, sentía que todo el cuerpo le temblaba, miraba un grupo de moscas danzar sobre sus cabezas, unas partículas de polvo flotando, sentía que iba a resbalar de su silla, aunque seguía erguida, muda, como si la invitasen a un sueño ligero y triste, sin angustia, las frases de la mujer acariciaban sus oídos, como si no decodificase el contenido aunque comprendía todo y el cuerpo se fuese desahogando en ese drama, descargando su aliento en ese cuerpo que seguía frenético el ritmo de una narración desenfundada, casi loca. No sabía cómo salir de ese tono monótono, cómo usurparle esa desesperación por hablar, no tenía las agallas, cuando Sebastián regresó con una cama plegable entre los brazos, recorriendo el espacio hasta dar con el rostro entumecido por el alcohol y la fatiga de la mujer, Dora, ¿qué haces aquí? Nada chico, dijo ella levantándose y azotando el aire con un movimiento de caderas firme y acompasado, transformando su cuerpo en una danza plástica, ataviada de desdén, ya me iba, que tenga cuidado la niña, no es un lugar para ella.

yo sé que estoy ahí para ser la madre de mi hermano, para cuidar de él y ser también el padre que no ha estado, sé que tengo la fortaleza y llevo una distinción en la frente, como una elegida o la protectora, y tal vez asumo este rol desde muy pequeña, cuando me empino sobre una silla y decido que cocinaré para mis hermanos mientras mi

madre está ausente y no llega, sé que debo rebuscar profundamente en este sentimiento que me ha hecho responsable, y, cuando Sebastián despliega la cama, cuando me dice, debes dormir, insisto en hablarle, no de mí, nunca he sentido que merecía su atención, tenía un pudor, una vergüenza de hablar de mi casa en México, de la universidad o de los hombres que encontraba, quería existir para ellos y a través de ellos, sin dejar un espacio libre, saturándolo con sus presencias, quería hablar de él, mi hermano, de cómo vivía ese encierro. Sin decir nada, me estiré sobre la cama y sentí el peso de mis articulaciones hundirse en la espuma amarilla del colchón, la luz del sol hervía aún sobre la isla, sobre amarras de piedras y palmeras altas, el calor es tan fuerte que los ojos apenas podían percibir formas y colores que temblaban entre las gotas de sudor retenidas entre las pestañas y la respiración sofocante de la tierra; una voluptuosidad repentina empezaba a envolverme obligándome a aceptar con resignación el silencio, a la espera que un azar, un movimiento exterior, asumiera la responsabilidad del instante y me dejase hablar, empezar a existir para este hermano. Enseguida, me pregunté qué hacía allí, dividida entre mis ganas de ser la hermana y existir como persona, mi identidad sometida al latido sensible de aquel equilibrio apenas visible en medio de una división concreta: Venezuela era dos países en uno solo, las dos caras de Jano, una que mostraba un esfuerzo enorme por llegar a tener un sentido, o que lo buscaba desesperadamente, y otra que se rendía a la fuerza brutal del dinero, la ideología y el poderío y que podía intuir como una retirada en la risa sorda de Dora, o en el claqueo seco de una maquinaria pesada en medio del silencio, mientras nosotros, yo y Sebastián, creíamos adivinar el calor de las calles, de las piedras calientes aferradas a los cerros voluptuosos, o el lamento de un niño en una casa que lamía un viento húmedo, y sin embargo sabía que, de alguna forma ese mundo, ese movimiento, no nos pertenecía, que nuestro exilio se prolongaba más allá de nuestras voluntades, la de una familia, una marca de origen.

en medio de la exuberancia de ese paisaje, de voces rasgadas que cortaban el aire denso de la habitación hasta perderse en lo alto de los

cerros de un tono azul tenue, casi violeta, éramos devueltos a la justa medida de nuestra identidad, nuestra insignificancia y la relatividad de aquella tragedia familiar. Sacudí las piernas en lo alto para ahuyentar a los zancudos, Sebastián me dijo: has adelgazado y extendió su cuerpo de huesos finos y lechosos a mi lado, el mentón largo y hundido, la boca delicada, de labios húmedos, el pelo cayendo sobre una frente amplia, con una pequeña marca de viruela, que lo mantuvieron en cama casi veinte días mientras yo le llevaba hasta su habitación sopas de verduras, me echaba en la cama con él a ver películas o a escuchar música y soñaba con viajes, otras tierras, nuevos rostros... Me puse a leer un libro y Sebastián me preguntó qué estaba leyendo, le mostré la página y empujó el libro porque no debía ver bien y no quería que lo supiera, mientras se agachó descubriendo la ligera calvicie emblanquecida en medio de la maraña de cabellos oscuros. La ventana se abría hacia los cerros azulados, donde la claridad de verano se absorbía acompañada de ruidos chispeantes de cigarras, cuando un gallinazo pasó cerca de la ventana y con la punta de un ala, rozó el aire pétreo del interior, oscureciendo el rostro de Sebastián, como si le hubiese golpeado con esa misma ala negra. Recordé que era la noche en que el gobierno venezolano lanzaba su satélite llamado Bolívar al espacio, que, en esos instantes, ese aparato en forma de insecto, cargaba una parte de ilusión de este país donde había venido a proteger a mi hermano, perdiéndose en la oscura inmensidad del cielo hacia el que se orientaban seguramente cientos de rostros curiosos, a esas mismas horas en las que a lo mejor dos amantes pasearían cerca de la calma desesperada del mar, donde algunas luces reflejarían la luz del satélite perdido en la inmaterialidad infinita del espacio, mientras yo y mi hermano, como en un inicio de rito ancestral que debemos volver a celebrar juntos, nos abandonábamos al sueño sobre ese colchón amarillo que olía a humedad y a sudor, las cabezas apoyadas sobre las almohadas, sudando, las bocas suavemente abiertas, como si fuesen a decir algo en medio de leves suspiros. Durante un tiempo, el satélite transmitirá voces, música, al continente sur, será una pequeña caja de resonancia transportando su contenido humano, y su permanencia quieta en el universo, lo que me emocionó como a una niña que ve un

juguete brillar en medio de la noche, en forma de promesa luminosa. Y me dormí.

A medianoche sentí ganas de orinar, sin una idea clara de dónde se encontraba el baño, sin querer despertar a Sebastián, pensando que mi sentido común me guiaría hasta el lugar indicado, me aparté sigilosa del cuerpo de mi hermano. Con la piel húmeda y una sensación de serena espera, atravesé el aire con los brazos estirados para no tropezar con la mesa que estaba plantada en medio de ese espacio pequeño, logré ver el brillo del cobre de una cañería pegada al techo, y decidí seguirla a ver si encontraba el baño. Afuera se oía el cantar de sapos crepitando escondidos en los cerros de arcilla, pegados al musgo de rocas negras, en esa noche que chispeaba y parecía emitir un respiro lento y también húmedo, atravesé el patio medio aturdida sin reconocer nada que se pareciera a un baño, resuelta a regresar adonde mi hermano, cuando descubrí los ojos del Capo rodar en la noche y estrellarse contra mi rostro, preguntarme qué pasaba y contestarle que nada, que quería un baño, mientras alisaba el camisón y me echaba el pelo hacia atrás, conteniendo la respiración y luchando contra los latidos del corazón que se apretaban en la pequeña caja torácica, entre los huesos y los músculos, con una sensación extraña entre el miedo y la exuberancia, y, pensaba, con orgullo, que no podía, yo, María de la Puente y Morada demostrarle miedo a un hombre cuyo rostro se tallaba en la noche más fiero, de músculos sólidos y temblorosos: le dije que me señalase el baño, y el Capo me siguió, llevaba sandalias y pisaba despacio, como si el suelo fuese de algodón, sus rasgos me parecieron entonces más delicados, la nariz recta, la boca grande, algo desdeñosa, de labios llenos y rosados, cerrados, que descubrieron una sonrisa suave; todo él olía un poco a tierra, a planta, y a noche, que contrastaba con el olor a pescado que flotaba en el aire. Sus gestos eran lentos y se acompañaban de una mirada intensa, viva, a veces, se adelantaba unos pasos y me dejaba percibir su espalda, luego me abrió una puerta de madera blanca con inscripciones, y me señaló el baño, “ahí donde solo podía ir una mujer como yo”, estaba limpio, y me indicó entrar pasando por debajo de su brazo que despedía un olor agrio, a fruta, con una marca de sueño profundo, de cuerpo tibio recién salido de la cama. Entré y traté de orinar sin

hacer ruido, no sabía si el Capo estaba afuera cuidando la entrada, no sabía nada y no veía bien en la oscuridad quieta de la noche y ese sopor tumefacto, con olor a pescado que desapareció solo unos instantes ante la proximidad del cuerpo del Capo, entonces salí, y estaba allí, erguido, como esperando que le dé las gracias, sin comprender por qué me mostraba amable con él, mientras metía una mano en el bolsillo y yo daba un salto hacia atrás como si fuese a participar en la escena fulgurante de una película de acción y un pedazo de metal terminaría encengueciéndome, cortándome el rostro, cayendo luego sobre el suelo herida. Descubrí que me mostraba la portada de *El extranjero*, de Camus, y me dijo suavemente, ¿has leído esto?, seguro que lo conoces, yo pensé inmediatamente que Sebastián se lo había regalado. Le dije que sí, y tomé el libro entre mis manos, sentía su cuerpo próximo, mientras imaginaba el satélite Bolívar viajando en el infinito, sentía que la presencia del Capo ya no me inspiraba miedo y era incapaz de juzgarlo, ni siquiera sentirme mejor que él por tener estudios, ser una mujer que decidía su destino, no podía sentir ninguna superioridad moral sobre ese mundo que se inventaba en los márgenes de la vida, día a día, con sus propias reglas, sus propios códigos, sus solidaridades, sus epifanías humanas y toda la poesía de la que un ser humano es capaz. Una sonrisa debió iluminar mi rostro que se acercó al suyo mientras pasaba las páginas, sin que supiese por qué sentí de pronto que estaba ahí para darle afecto, seguir el derrotero ciego del deseo, sin preguntas, sin explicaciones, en plena caída libre, con una mano que acariciaba su rostro mientras él mordía mis dedos, me jalaba de un brazo y me llevaba hacia un muro ciego, blanco, mientras en el fondo de la noche un niño lloraba y, como si fuese una situación desesperante de la que no se puede escapar, un edicto de muerte y al mismo tiempo un encuentro con la vida, sentí que una pierna mía se alzaba pegándose contra la pared fría y lisa, que su mano sólida y pesada hurgaba en el interior de mi cuerpo, encontraba lo que deseaba, lo acariciaba y luego su cuerpo sólido se pegaba a mi espalda recorrida por lejanas estrellas frías, plegándose a su vientre en una danza lenta, casi monótona, que nos podía alejar de ese mundo helado e interminable de la indigencia y del olvido que era la prisión, que podía ser, en esos pocos segundos, el nacimiento a otro mundo,

otra vida, en la que la solidaridad, los cuerpos, y los sentimientos no sufrirían la separación del día. La noche nos unía en un tiempo refractario, en tanto que nuestros cuerpos mezclaban sus sudores, ignorando cualquier separación social, la historia, el pasado, solos, en ese presente inmediato que corrió en oro negro entre mis piernas, mientras me murmuraba cosas ininteligibles en el oído, con su aliento agrio y seco sobre el rostro, y sus pestañas cargadas de noche que buscaron con urgencia una mirada de mujer cercana, familiar, en medio de esa naciente luz del día anunciándose en una ventana, diciéndonos quiénes éramos y por qué no podríamos compartir nuestra historia, nuestro futuro, ni nuestros días, una luz casi desesperada que parecía girar en torno a nuestros cuerpos como ese satélite lanzado al espacio, sin eje, cargando toda su humanidad, solitario y tan pleno.

cuando desperté, no sabía, no sabía si había soñado o era verdad, pero llevaba el vestido de noche sin ropa interior, que empezaba a impregnarse del olor agrio del lugar.

Durante varios días nuestras noches con Sebastián transcurrieron en medio de una realidad fija y hostil, desesperante e inmóvil como el aire cargado del interior que me hacían pensar que podíamos morir juntos mientras dormíamos, hasta que la tercera noche, el Capo (en realidad se llamaba Manuel) iluminó el umbral de la puerta de entrada, llevaba una camisa blanca sobre unos jeans y su mirada tenía el brillo heráldico de los sueños, una luz densa, que no había visto el primer día de mi llegada, en una de sus muñecas relampagueaba un reloj de marca que lo hacía verse altivo, celebrando una arcaica supremacía viril, quería impresionarme y ese gesto me enternecía, sin dejar de inspirarme un poco de vergüenza. El Capo no se separó de nosotros durante varios días en que nos mimetizamos en un trío que encendía fogatas en las noches en el patio, observaba estrellas imaginando el satélite Bolívar dibujar figuras en el cielo, abrigados por las montañas de arcilla que se volvían azules por las tardes, como en un vals lento, sin goce durable, aunque certero.

Otras veces nos quedábamos sentados los tres en ese mismo patio, las piernas cruzadas, rozándonos las rodillas, mientras el cielo parecía temblar sobre nuestras cabezas y la mano de Manuel se atrevía a apretar la mía, una noche, con tanta fuerza que pensé que la iba a aplastar, te quiero, me dijo, te quiero... Sebastián hacía como si no oyese nada, las orejas y los pómulos se le enrojecían, temblaban un poco, la mirada se abría y se hacía atenta, en espera de una explicación de mi parte que nunca llegó. Por las noches nos íbamos a dar vueltas por las entradas de las habitaciones de otros presos, aproximándonos del olor a mar, llenando nuestras bocas de sal que limpiábamos con un beso, ante la mirada desconfiada de Sebastián. El lenguaje del Capo se fue cargando de expresiones de afecto que no tenían resonancia con la brutalidad de la realidad, sin resignarse a ser un sobreviviente, sus mensajes reclamaban la vida arrancándola a la muerte para plantarla definitivamente en la vida. No pude penetrar el silencio de ese hermano que escondía la verdad detrás de una mirada dura, separada de su rostro y de sus gestos, que, si bien a mi llegada, se había enternecido, recuperaba en esos días la superficie lisa de un metal por el cual todo resbalaba hacia un abismo, sin embargo, mi corazón se volteaba hacia ese hermano extendido sobre su cama que coleccionaba pelotas de fútbol de distintos equipos y golpeaba por las tardes esas pelotas contra el muro del jardín de nuestra casa, los cabellos revueltos danzando al viento.

de mañana evitábamos mirarnos de frente sin hablar del pasado, como temiendo destruirlo al nombrarlo, al final, ¿cuánto tiempo había pasado de mi partida y de mi regreso de Francia?, ¿de ese instante en que llego al aeropuerto y no reconozco a mi madre mientras avanzamos dentro del taxi y logro mirarla con atención, las dos, como dos perfectas desconocidas, sin poder quitar la mirada de su barbilla envuelta en una carne blanda, llena de manchas de sol, el rictus del labio inferior fijo con una expresión de cansancio o de hartazgo? Y, cuando traté de mirarla directamente, ese rostro fino que tanto quería, su rostro se mantuvo de perfil, concentrado en los bloques de casas que el auto fue devorando en secuencia maquina, captando toda su atención que no se desvió de la ventana para mirarme

a mí, su hija. Sebastián estuvo esperándome en la puerta de la casa con diez kilos de más y el cabello todavía espeso, frotando su imagen contra mis ojos que se abrían y cerraban lavando esa visión, incrédulos, ante una escena que prometía otra verdadera que esperé con un nudo en la garganta. Comprendí, cuando fui conociendo los años difíciles que le había tocado vivir, la expulsión de la casa, mis dos hermanas casadas en medio del apuro y el caos sentimental, sin saber si elegían o se sometían, entregándose a un hombre para escapar de la inseguridad y el miedo a un desarraigo social más violento, más radical. Ambas habían tomado por esposos a hombres muy jóvenes e inquietos, uno de ellos, el de Beatriz, la mayor, tenía debilidad por el alcohol, la golpeaba y desaparecía durante días. Nunca llegué a conocerlo porque cuando regresé de Francia, ya se habían separado, pero conocí al resultado de esa unión, Vial, un niño frágil, de piel morena y brillante, de una inteligencia creativa y de una necesidad enorme de afecto y reconocimiento. Reconocimiento que su madre nunca le dio, pactando de manera inconsciente con los prejuicios de clase, racistas y crueles. Vial era un niño que siempre se sentía culpable de las cosas que pasaban a su alrededor, de la tristeza de su madre, de su caos y de su soledad. Muchas veces me he preguntado qué hubiese sucedido si mi hermana hubiera renunciado a tenerlo sin culpabilidad, aunque Vial se convirtió en el sol de nuestra madre que vería crecer a un príncipe de enormes ojos negros y talle estirado. Mi otra hermana, la menor, Julia, con toda la fragilidad de la que he hablado antes, se las arreglaba para proteger a sus cuatro hijos después de que su esposo golpeó la puerta por última vez. Esas hermanas abandonadas a su suerte, han sido las eternas hijas de mi madre, una cadena de responsabilidades y de culpas, incapaz de responsabilizar a la sociedad o de encontrar alguna compensación moral en el mismo esfuerzo que les entregaba, actuando con amor y entrega, con esa confianza que siempre la caracterizó y que yo creí petrificado en el gesto inmóvil de la barbilla, y que, más tarde, interpreté a la luz del esfuerzo que hacía para protegerlas, a ellas, las dos, a mis sobrinas y a Vial, el sentimiento más frágil, el de la vergüenza y de la agresión de su medio social, tanto como el de su marginalidad. Yo llegaba entonces con la noticia de mi matrimonio con el

muchacho francés (Ernes) que todo el mundo, sobre todo mi abuela paterna, encontraban idílico, cinematográfico, capaz de imponerse a esa realidad descolorida y sin futuro. Ernes era un hombre muy bello, adinerado, engreído, brillante y sombrío en el interior, un hombre que, mientras estaba en París haciendo de *babysitter* me escribía largas cartas con fotos suyas vestido de *lieutenant* en el servicio militar y que me hacían soñar con la película *Indochina* y *El amante* de Marguerite Duras, cartas que abría en el vestíbulo, de un gesto rápido y hábil para descubrir su escritura baja, nerviosa, grabadas sobre el papel blanco, cartas que me quitaban la angustia en el estómago que me inspiraban el desarraigo y la vida solitaria que llevaba, iluminando la sala sombría de una casa en los suburbios de París.

al “lieutenant” empiezo a conocerlo tarde, casi cuando se marchó del Perú, hasta entonces solo había conocido a ese hombre vanidoso, casi obsesivo con su físico, erguido siempre en medio de la gente como una especie de bastión clásico de la belleza, su rostro agudo, de rasgos redondeados, cabello castaño y esos ojos azules enormes que se escondían detrás de espesas pestañas sobre las cuales podría brillar una gota de sudor clara y transparente. Su nerviosismo me conmovía, tanto como su cuerpo, tenso y duro, de piel dorada y mediterránea. Un día es un matrimonio de un amigo, poco después de que nos hemos casado, yo no quería asistir, sentía mucha vergüenza de mi ropa pasada de moda, de mis rasgos indefinidos, me escondía, me sentía perdida en la noche de París, flotando en la sofisticación de un paisaje que me parecía de hielo.

las casas son heladas, las ventanas, las manijas de las puertas, el suelo del baño donde me empino para meterme en la bañera. Las mañanas son blancas y las veo pasar a través de la ventana de la calle Ribera, las hojas de árboles nublan la visión, el cielo es vasto e inhospitalario, inmenso, casi eterno, el aburrimiento también es eterno, no disfruto la belleza, no existo, no tengo rostro.

durante esa fiesta Ernes bebió sin parar, se recostaba en las espaldas de sus amigos, convertido en un ser lejano e inaccesible, con códigos que me llenaron de desconfianza y de miedo hacia el futuro, me pesaba, incapaz de mantenerme erguida, simplemente erguida, tal

vez porque esa indefensión más profunda, un malestar social arraigado, me exigía un diálogo constante conmigo misma y no me dejaba en reposo. La noche se llenó de brillos de una luz azul, los platos y los acompañamientos pasaban de mesa en mesa, de boca en boca, Ernes tenía sentada a una mujer sobre sus rodillas, sin darse cuenta ella colocaba el rostro sobre su cuello, se juntaban, parecían una pareja, yo observaba esa imagen como si fuese una estatua romana. De pronto era la música y un grito se hundió en la noche como un ruego hacia ese cielo alto y negro, entonces, creo, no recuerdo, que salí al jardín, quise ir a caminar entre los árboles, mientras el ruido de la fiesta se fue debilitando, convertido en un murmullo compacto y sordo que me dejaba oír riachuelos, lechuzas, grillos, y que, pensé me anunciaban mi duelo, que lo peor que había podido hacer era casarme, que era una sentencia de muerte civil. El cuerpo me temblaba de frío, detestaba mis zapatos de tacón, me sentía terriblemente mal. No recuerdo tampoco cuándo fue la primera vez que vi su cuerpo desnudo, ya casada, esa piel suntuosa que transpiraba lustrosa, de potro, tal vez en la sala del departamento de la avenue Mozart, donde Dola, su abuela. Ernes sobre un mueble de terciopelo verde, mientras pasaba una música brasileña... Dola nos recibió unas horas antes, apoyada sobre su bastón, con el pelo de plata, la nariz húmeda, con una mirada casi transparente: *elle a un tres beau regard*, dijo cuando Ernes me presentó, esa ha sido una de las pocas frases afectuosas de ese periodo del nudo en el estómago, del miedo de mí, María, incapaz de mirarse en un espejo y reconocerse, aceptar sin culpa que dejaba a su familia para recorrer otra tierra y ofrecerle una parte de su vida a este hombre, a esas calles, a esa ventana abierta sobre una vereda donde resonaban otros tacones de mujer decidida, y la música sonando constante, luego la lluvia, el cuerpo de Ernes dormido, la espalda larga, extendida, de huesos delicados enlazados en nudos redondos...

Luego, salir a la calle. Camino por el borde del Sena, atravieso el puente Saint-Michel, subo por la rue Racine hasta el boulevard Saint-Germain, todavía siento el nudo en el estómago, pero Ernes duerme en

casa de su abuela y puedo regresar a abrazarlo... Me pierdo entre esas calles laberínticas como me pierdo en mis sensaciones, tratando de permanecer presente ante mí misma, siguiendo el tambor interno, música de guerra, de batalla... En un café suena la canción de Eros Ramazotti, *Una storia importante*, creo que la mía también es importante, fundamental, que nunca he amado ni amaré así, que lo amo de amor verdadero, que tal vez él reemplace a mi familia, que tal vez desaparecerá ese nudo en el estómago. En ese encuentro con su rostro de relieve suave y calor de sangre latiendo en las sienes, el miedo debía hacerse más tenue y cada vez más imperceptible.

durante ese tiempo creo haber observado mucho mi cuerpo desnudo, el vientre ligeramente abombado, las piernas de músculos fuertes, el cuello largo con los senos redondos de una piel casi transparente.

Pero, Sebastián, el cuerpo de mi hermano me parecía casi irreconocible, el tiempo había logrado alejarnos y él parecía haberse mimetizado con la inmensa naturaleza, con su indiferencia, su abandono, y toda su grandeza mineral y sin sangre que fijaba ese rostro en un rictus casi perplejo. ¿Dónde había quedado el Sebastián que conocía? Por las mañanas lo contemplo arreglarse frente al pedazo de espejo roto que ha pegado sobre un muro, enviarse señales a sí mismo, recorrer sus expresiones con un gesto rápido, casi desesperado por encontrarse con el verdadero. Sí, era él, y si me aproximaba más de la imagen de infancia era porque en la comparación intentaba recuperar un poco la mía, llenar ese espacio de tiempo que nos separaba y amenazaba con petrificarnos por dentro. En tres días, no había logrado arrancarle nada a ese hermano, había perdido mi batalla de hermana salvadora, no podía hacer que su rostro sonriese sin estar ausente, golpeaba en el vacío. La última noche, Dora, llegó con comida, invitó a Manuel y nos sentamos a comer sonrientes ante la mesa, bajo la sombra de esas montañas. Habíamos abandonado toda esperanza de que Sebastián quedase libre inmediatamente. La embajada nos había dicho que la petición estaba hecha, pero, aunque hubiese una amnistía, mi hermano no podría quedar libre antes de cumplir los años mínimos de encierro. Había que encontrar una familia anfitriona,

para que pudiese visitarlo durante ese tiempo de encierro, la garganta se me cerraba. Ese hermano que se miraba en el espejo como un extraño y que yo había sentido, durante mi adolescencia, tan pendiente de mí, girando como un satélite alrededor de mi eje, se quedaría en ese lugar, sin libertad. Las peleas de jóvenes eran terribles, escenas de celos, reproches por salir tanto con jóvenes de mi edad, fumar marihuana, beber como un hombre. En esas crisis él se lanzaba sobre mí, se aferraba a mi ropa y jalaba de ella mientras insultaba, decía que su hermana era una chica de “mal vivir”, que mi madre debía dejarme afuera o me encerraba con llave, mientras yo gritaba para que me escuche la ciudad entera que no era mi hermano, que odiaba a ese hermano tirano. Mi madre lloraba, diciendo no entender a esos hijos tan violentos, irreconocibles, Sebastián me gritaba que ningún hombre querría juntarse conmigo, que me quedaría sola, como un perro, en la calle.

Después encontraba a mi madre leyendo, sola, sumergida en una tristeza fija y sorda, la abrazaba, le decía que no era nada, que Sebastián sentía miedo porque se creía el padre, que se sentía presionado, ella me preguntaba si era verdad todo lo que él decía de mí, le contestaba que no, que solo fumaba de vez en cuando, pero nunca bebía tanto como él decía, mentía. Solo yo sé que sí bebo mucho para no estallar en quejas, que esos años bebía para no pensar en ellos, en nuestro futuro, en mi viaje a París, bebía y, luego, me dormía. Me quedaba dormida en medio del olor a jabón fresco de la casa, de las sábanas lavadas por mi madre, secadas al sol, olor a limpieza y armonía, significados de seguridad y de ternura en los movimientos de mi madre: venir a arreglarme el cerquillo o alisarme el cabello largo para colocarlos sobre los hombros.

No existe otra forma de escapar a la miseria si no era con los estudios superiores que no me podía pagar y buscaba la aprobación de hombres un poco mayores, con dinero, folletinescos como los personajes de las telenovelas o de Corín Tellado. Por mucho tiempo soporto la humillación de ese hombre alto como una nube que me dice que ando mal vestida, que siente vergüenza de mí y que mira a todas las mujeres que pasan por la calle. En las casas familiares se habla constantemente de los concursos de belleza, de las actrices norteamericanas, se estigmatiza la belleza de las mujeres blancas como ideal de belleza femenina. Hay gente

que dice que si viniesen más europeos, mejoraríamos la raza. Vergüenza de mí, por tolerar las humillaciones de ese hombre adinerado que un día me pide que me baje de su camioneta porque le avergüenza ir a una fiesta conmigo, vergüenza de vivir en un lugar donde la humillación, denigrar a través del lenguaje, es la única forma de hacerse respetar. No sé qué rostro tengo, ni cómo actuar, no sé a quién parecerme y estoy al borde de la neurosis. Mi modelo de mujer no existe, tengo que inventarlo desde la literatura, buscarlo en París, más tarde.

durante la cena, la mirada de Manuel buscó la mía, la retenía, intentaba saber cuánto tiempo le quedaba de caricias y de frases afectuosas, de ese amor de corazón nuevo y generoso que la vida le había regalado, y yo no quería saber, no podía saber de él dejando a ese hermano en encierro, sin estar segura de que iba a salir de allí, qué le diría a mi madre, y cuándo podría regresar a México, y asumir mi fracaso delante de Diego que aparecía como una puntadita en el pecho, suave, leve, no podía imaginármelo, la realidad instantánea era demasiado pesada, demasiado ansiosa e imponente. Dora habló de sus hijos, uno de ellos, muerto en un asalto para robarle un auto, su esposo se había ido de la casa, no sabía cuánto tiempo podía esperar a que ella regrese, su pelo parecía inflado con el viento o el mal sueño, fumaba tabaco negro con una boca seca y amarga, ponía sus manos nerviosas sobre la mesa después de comer, y nos miraba con ojos vivos, ustedes, decía, no pertenecen a este lugar. Sentí a Manuel deslizar una mano sobre la tela de su pantalón buscando algo bajo la mesa, su talle se mantenía erguido, el rostro de nariz larga cerrado, jugaba con los cubiertos, empezó a hablar de marcas de automóviles, tenía mucho dinero, tal vez traficaba con armas, vendía drogas. Sebastián parecía horrorizado, todo su ser, humillado por esa realidad tan inhumana y tan vulgar. El esposo de Dora había caído en una pobreza extrema, enfermo de gota en una pierna que debía arrastrar por las calles aguantando el dolor, sin poder comprar medicinas. Si Dora no le mandaba dinero para los medicamentos y la comida, él se quedaba sin nada, llamaba a las puertas de sus vecinos que se habían cansado de él, trasladaba su cuerpo pesado, agobiado por el calor, sobre una sola pierna, apoyado en un bastón hasta la casa de quien pudiese compadecerse y regalarle un plato de frejoles, plátanos,

arroz, lo que fuese. Dora comía sin gusto, tal vez pensando en él, sin poder sobreponerse a la imagen de su esposo recorriendo calles, con la pierna herida y sin comer, su único hijo se había ido a los Estados Unidos, olvidándose de ellos, sin dar noticias, desde hace muchos años, no recordaba. Terminamos de comer en silencio, la noche era clara y el tiempo parecía detenerse por instantes, dilatarse, acompañar los ruidos de grillos y motores electrógenos que ronroneaban feroces rompiendo el silencio. Manuel no me preguntó nada antes de acercarse a la puerta y mirarme por última vez, su rostro sonreía mientras su pecho vibraba abatido, recorrido por sangre caliente y orgullosa. Iba a decir algo, y salió dejando una sensación de ausencia en el espacio, una estrella lejana y fugaz que flotó por unos instantes en el aire. Mi corazón parecía endurecido, sólido e invulnerable, nunca lo había sentido así. Dora me tomaba por la mano, me llevaba hasta la puerta y ahí se despidió de los dos. No sabía si se podía estar al mismo tiempo en la tierra y en el cielo, en lo concreto y en lo mágico o lo impredecible, pero, sabía, que estaba allí y tendría que hablar con mi hermano.

cuando su hermano le dice que lo único que espera de ella es que no se complique la vida con él, no sabe qué memoria emplear, si aquella de las fiestas en el jardín de su casa, en medio de largas ramas de árboles y luces de neón, los pelos largos, las camisetas de algodón, las zapatillas de *skateboard*, las gorras, los *rock* lentos con la música de Chicago, la mirada atenta de Sebastián, su guardia eterna como el representante del padre que se fue o la del hombre padre, con dos hijas que casi no veía bajo prohibición de la madre que se había separado hace varios años de él, o la de ese Sebastián venido de la selva al mundo de la ciudad, irreconocible, el que le dice que no se preocupe por él, y ella promete que sí lo hará, que es su obligación como hermana, en Lima tomará un buen abogado, lo declararán farmacodependiente y la pena se reducirá al máximo, además, el gobierno de Chávez pensaba en una amnistía y él tenía buena conducta. Iba diciendo todo esto sin tono en la voz, casi rota, la voz. Sabía que su hermano no sería el mismo y estaba despidiéndose en silencio del joven que llegaba a la adultez. Firmó papeles, acarició la cabeza de su hermano mientras hablaron reclinados sobre la mesa, Manuel en la puerta, esperando para despedirse de ella, diciendo

con una sonrisa cargada de angustia: me prometes que me escribirás. Sebastián mudo con ese rostro amado que debía aceptar no ver por mucho tiempo más, abandonado a ese lugar, entre esas montañas que oirían su voz, y harían brillar un poco sus ojos a la luz del atardecer.

Cuando regreso para navidades, Sebastián también ha vuelto. Mi madre ha cambiado los muebles y dice estar contenta con su casa renovada. Mis hermanas vienen más seguidas a verla, se le ve recuperada, dispuesta a seguir la vida y a respirarla tranquila. Sé que sin decirle nada corrí hasta la habitación de Sebastián con el corazón saltando de alegría, donde había abandonado varias maletas, la huella de una separación, el abandono de una hija que había dejado con la madre, en la selva. Llegó por la noche, cuando dormía, sentí su silueta temblar en la entrada de la habitación de mi madre, donde dormía en una cama que ella había acomodado como la primera vez que la visité, al lado de la suya. No hablamos sino al día siguiente, casi cuando se iba, apurado, le dije que había regresado a París hace unos meses.

He dejado México y Diego ya no está. Cuando llego de Caracas, no encuentro ninguna carta ni mensajes en el celular. Corro a su taller a ver si hay alguien, sin suerte. Cada tarde es una espera del sonido del celular, en el trabajo, en mi departamento de la calle Ámsterdam. Decido llamar a la madre y me contesta Panceta, me dice que vaya a verla.

Es urgente.

Una noche Diego sale corriendo a buscar a un amigo que lo ha llamado diciéndole que se ha metido en problemas, que lo han acusado de soplón. En la madrugada suena el teléfono de Vera, es la policía que dice haber encontrado los cuerpos de Diego y su amigo con varias balas en la cabeza. No se sabe qué sucedió. Los padres de su amigo se presentan desesperados en el lugar. Nadie explica qué ha sucedido. Vera dice estar convencida de que alguien de la policía ha ordenado matarlos, a Diego lo han confundido con alguien de la mafia. En medio de la narración desesperada de Panceta, logré ver un instante de ese drama, la cabeza de Diego cayendo hacia un lado, detenida, estigmatizada como un poema en pleno movimiento de la vida. Estetizaba para no desesperar. Estaba en caída libre y no sabía de dónde agarrarme. Salí a respirar a la calle, a caminar durante horas, hasta encontrar un lugar donde llorar sin que nadie me viera. La relación con Diego había sido tan escondida, tan silenciosa, y con tanta vergüenza, que su muerte parecía la justificación de esa vida que nunca sale a la luz. Se hacía oscura y mi vida con él desaparecía en ese instante. Francia, por la distancia, debía adormecer

el dolor. Me veo avanzando hacia el avión, el anonimato del espacio encerrado, las calles de París, otra vez la rue Beaubourg, la buhardilla. Nada se ha movido, la vida sigue indiferente. Es.

A veces, sobre su cama, no sabe dónde está, no reconoce los ruidos, no sabe en qué ciudad está. Hay una penumbra que cubre los objetos, los arranca a la realidad. Piensa que está en México, y es París, parece Lima y no es, se mantiene flotante entre esa penumbra y el día, como si fuese a dar un paso al vacío y, de pronto, desconocerse para siempre. Tiene una canción de los Prisioneros en la cabeza, *Tren al Sur*, no está permitido que les digan pobres a los verdaderos pobres, que los miren con compasión. Merodea las discotecas *underground* de Lima, devora libros de Althusser y José Carlos Mariátegui, se encuentra en plena revolución interior, cree que existe, que hace una revolución desde el lenguaje de una mujer. Quiere escapar de la cárcel de ser mujer, de la pobreza y del miedo, y esta canción le parece emblemática, la hace soñar con otra vida, el mundo parece épico y sabe que la novela será su mundo. Transpirará el mundo.

Otras veces siente que su cuerpo cae en el vacío, después de una persecución. Es un sueño recurrente, todas las noches, sobre todo en verano. Cuando siente que su cuerpo no deja de caer, solo ella sabe que la voz que grita su nombre es la de Diego: María nunca te dejes hacer, no te abandones. Y ella cae y cae.

Cae.

Cuando estoy levantada, pienso que hablaré con mi madre y mis hermanos, que buscaré a mi padre también, pero estoy erguida, no logro hablar, las palabras no salen. Solo un día alguien me dirá, más tarde, que tengo el rostro de una amazona, que no he dejado de existir.

Barranco, setiembre del 2012.

La reescritura del pasado o un epílogo por CLAUDIA APABLAZA

En *Vergüenza*, la escritora peruana Patricia de Souza (Ayacucho, 1964 – Pau, 2019) se ha sumergido muy en el fondo de su propio desarraigo, desde donde escribe y reescribe su obra una vez más, alcanzando no solo un libro hermoso y preciso, sino que dibuja con nitidez este mapa interno brutal y desgarrante de las ciudades que ha habitado: México, Perú, Francia y Venezuela.

Al igual que en otros textos —como *El último cuerpo de Úrsula*, *Electra en la ciudad*, *Ellos dos* y *Eva no tiene paraíso*—, la propuesta es clara: el trabajo con los géneros híbridos, la autoficción y el cruce con otras disciplinas como el psicoanálisis y la filosofía. Textos altamente discursivos y reflexivos, con críticas agudas del papel de la mujer en nuestras sociedades occidentales, el aporte a la importancia simbólica de la maternidad, y la crítica al poder económico y político que atraviesa a nuestros pueblos; temas de los que ella se hace cargo con esa evocación obsesiva y repetitiva de su escritura, mostrándonos no solo un mundo de ficción, sino un entramado entre el pensamiento y el estado de las cosas de lo contemporáneo.

La infancia en este texto cobra relevancia inmediata en esa repetición, al igual que en libros anteriores. La narradora se fija una vez más en su relación con el Perú, la pobreza, la precariedad de algunas ciudades latinoamericanas, las relaciones tortuosas con la familia y cómo es que esas huellas forman parte de un recuerdo colectivo, puntos clave del mapa de una memoria que se arma

a partir de los otros y de esas pertenencias. Memoria, al fin, de Latinoamérica.

Por otro lado aparece —como en otros textos de la autora— el cómo se hace y deshace la frontera de “¿Quién soy, aferrada a mi computadora, a mi escritura, a mis instantes de plenitud, a esos sueños de pureza, a mis lecturas, a mis sentimientos? ¿Quién me fragmentó y cuándo? No quiero abandonar a nadie a la horrible fragmentación, quiero dar un discurso, quiero ser un canto”. Un vuelo y un viaje amoroso que aspira a ser un solo canto, una voz plena que no esté fragmentada por el dolor.

Escucho y huelo en la lectura de este libro varios tipos de vergüenza: la vergüenza de la pobreza, la vergüenza de ser mujer, la vergüenza de su propia historia, la vergüenza de no reconocerse... Pero bien, la vergüenza, recordemos, como dijo Freud, esconde el placer. Pero ¿placer de qué? De ser escritora y tener una voz propia, al fin.

ÍNDICE

María llena de gracia / 7

Escuela de mujeres / 67

Sebastián / 93

La hermana / 101

Reunirse / 121

La reescritura del pasado

o un epílogo por CLAUDIA APABLAZA / 163

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Paginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Vergüenza
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas – Venezuela





Vergüenza

Esta obra reconstruye la vida de varias mujeres: la madre, las hermanas, Beatriz, Julia; también la de Sebastián, el hermano menor, a quien María trata de proteger de las humillaciones y la degradación moral que produce la pobreza. Diego, el amigo y acompañante, es la relación vergonzosa, como la que María mantiene con la historia de su país y la de su condición como mujer. El arte de la autoficción de Patricia de Souza aparece con toda la claridad e intensidad en la frase, a veces veloz, y otras lenta, para poder envolver la complejidad de la realidad. Una vez más, el estilo incisivo de su mirada nos entrega este libro violento y hermoso.

PATRICIA DE SOUZA (Perú, 1964 - Francia, 2019)

Narradora, ensayista, traductora y profesora. Cursó estudios de literatura y ciencias políticas, periodismo y filosofía. En Francia obtuvo un doctorado en Literatura Comparada en La Sorbona. Su obra es extensa y refleja una constante preocupación que va desde la soledad de la mujer, sus temores y alegrías, hasta las críticas que realiza al sistema contemporáneo y rapaz de la sociedad que se fagocita sin medir sus propias consecuencias. De sus títulos podemos mencionar: *El último cuerpo de Úrsula* (Seix Barral-2000), *Electra en la ciudad* (Alfaguara-2005), *Ellos dos* (Jus, México-2008), *Tristán* (Altazor, Perú-2010) y *Mujeres que trepan a los árboles*, (Trifaldi-2017). Dentro de su producción ensayística sobre la temática de género resaltan *Eva no tiene paraíso* (Altazor-2013) y *Descolonizar el lenguaje* (Los libros de la mujer rota, Chile-2016).

